75 AÑOS DE PERIODISMO



S. M. el Rey Don Alfonso XIII.

LEÓN ROCH

75 AÑOS DE PERIODISMO

CON MOTIVO DE LAS BODAS
DE DIAMANTE DE «LA ÉPOCA»

APORTACIONES PARA LA HISTORIA
DEL PERIODISMO MADRILEÑO



MADRID
RAMONA VELASCO, VIUDA DE P. PÉREZ
Calle de la Libertad, 31.
1923

BODAS DE DIAMANTE DE “LA ÉPOCA„



S. M. la Reina Doña Victoria Eugenia.

BODAS DE DIAMANTE

DE «LA ÉPOCA»

Acaba de entrar *La Época*, decano de los periódicos de Madrid, en el año 75 de su publicación, y en el pasado mes de abril celebró sus «Bodas de diamante». Edad tan dilatada, que pocos periódicos han logrado alcanzar en España, constituye una ejecutoria honrosa, sobre todo cuando a ella se unió una limpia historia de consecuencia política, una lealtad acrisolada en la defensa de los ideales de Patria y Monarquía, y una línea inalterable de conducta en el procedimiento, que jamás traspasó los linderos de la corrección, la imparcialidad y el respeto a la verdad y al adversario, aun en los días de más recias y enconadas luchas.

A ello debió, sin duda, *La Época*, dentro de su modestia periodística, la suma de consideraciones que logró obtener en la política y en la Prensa, dentro y fuera de nuestro país, y que ha estimado siempre como su más grata recompensa.

Los anales de esos setenta y cinco años de trabajo y de lucha van íntimamente unidos a una gran

parte de la historia contemporánea de España, desde los días del reinado de Doña Isabel II a los actuales, pasando por la revolución, el reinado relámpago de Don Amadeo de Saboya, la República, la Monarquia restaurada de Don Alfonso XII, la Regencia de Doña María Cristina y el reinado de Don Alfonso XIII. En toda esa época, pero más principalmente de 1840 a las últimas décadas del siglo, la política y el periodismo caminan íntimamente ligados para escribir la historia, y aun para hacerla, entre airadas turbulencias. Con gran frecuencia, los periodistas abandonan las plumas batalladoras, para ascender a los altos puestos del Gobierno; con frecuencia también, aunque menor, sin duda, los políticos abandonan las poltronas ministeriales para volver a reñir batalla en las hojas periodísticas. Cánovas, Sagasta, Rivero, González Brabo, San Luis, Ríos Rosas, Alvarez Bugallal, los Silvela y otros ilustres políticos tuvieron sus más eficaces auxiliares en los periódicos que ellos mismos redactaban y en los periodistas que les secundaron...

Desgraciadamente, los tiempos y las circunstancias han cambiado mucho, y rara vez en nuestra época los periodistas alcanzan en la política el reconocimiento de sus méritos y el premio que a ellos se debe. Si alguna vez se les hace justicia, es realmente por excepción, que viene a confirmar la regla general. ¡Cuántos casos de crueles injusticias y de punibles desatenciones y olvidos pudiéramos citar de los días pretéritos y de los tiempos presentes!...

DOMINGO 1.° DE ABRIL.

LA ÉPOCA.

AÑO 1.°—NÚM. 1.°

CÓRTES

SENADO

PRESIDENCIA DEL SEÑOR MARQUÉS DE MIRAFLORES

Sesion del dia 31 de marzo de 1849.

Se abre á las dos y cuarto.

Se lee y aprueba el acta de la anterior.

Se da cuenta de los nombramientos hechos por las secciones en su última reunion.

Sin discusion se aprueban varios dictámenes de la comision de peticiones.

ÓRDEN DEL DIA.

Dictámen de la comision mixta sobre travesías por los pueblos de los caminos principales.

Leido dicho dictámen, es aprobado sin discusion.

Jura y toma asiento el Sr. D. José Lopez Pedrajas.

Dictámen del proyecto de ley sobre dotacion de los derechos de caminos vecinales.

Se lee dicho dictámen, y es aprobado en su totalidad.

Pasándose á la discusion por artículos, y leido el primero, dice en contra de él

El Sr. MIGUEL POLO: Señores: por este artículo no se halla bien explicado cuáles son los caminos vecinales y cuáles los que interesan á toda la provincia...

El Sr. PRESIDENTE (marqués de Miraflores): Se suspende esta discusion para procederse á la votacion definitiva por bolas del proyecto de ley sobre travesías por los pueblos de los caminos principales, que el senado acaba de aprobar.

Verificado el escrutinio, dió el resultado siguiente:

Número de votantes.	66
Bolas blancas.	60
Id. negras	6

El Sr. PRESIDENTE (marqués de Miraflores): El senado aprueba. Continúa la discusion pendiente...

Se levanta la sesion.

Eran las cinco y media.

CONGRESO.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR MAYANS.

Sesion del dia 31 de marzo de 1849.

Se abre á las dos y media, y leida el acta de la anterior, es aprobada.

REVISTA DE LA ...

FOLLETIN DE LA ÉPOCA.

TEATROS

Fin del año cómico.—Porvenir del inmediato.

REPRODUCCIÓN DEL NÚMERO PRIMERO DE «LA ÉPOCA».

(FORMATO DE 0,41 × 0,28.)

Cierto que hay mucho de satisfactorio, honroso y enorgullecedor en los anales de una publicación que alcanza la longevidad, teniendo esa limpia ejecutoria de lealtad y de decoro. Mas también palpitan entre ellos hondas decepciones y desalentadores desengaños. A lo largo de esos cinco lustros de trabajo y de lucha, ¡cuántas desesperanzas e ingratitudes no pueden registrarse...! ¡Cuántas fechas inolvidables, que sangran en nuestras almas cuando el recuerdo las aviva, no escribió el dolor...! ¡Cuántas cruces no levantó el Destino en la dilatada carrera...!

Para los periódicos políticos, órganos de partido, la vida pública ofrece pocas compensaciones, así en el orden de lo espiritual como en la esfera de lo práctico. No es ocasión la presente de exhumar los viejos clisés de la ingratitud de los políticos y de que la política no tiene entrañas. Mas siempre es momento oportuno para decir que los partidos no corresponden en justa medida al esfuerzo y al sacrificio que realizan sus órganos de opinión. Exigen mucho, exigen siempre y corresponden con ejemplar cicatería. Así, entre nosotros, el periódico de partido no puede aspirar más que a vivir, a mal vivir, y es en vano que pretenda llamar a las puertas de sus más encumbrados y opulentos magnates.

En cambio, dentro de su *áurea mediócritas*, los periódicos de partido tienen una ventaja sobre los de empresa: la de no sufrir los graves perjuicios, los trágicos efectos de los grandes desvíos de la opinión, cuando ésta se siente lastimada o engaña-

da. Los órganos de agrupaciones viven modestamente, difícilmente, pero no corren los riegos ruinosos de esos vendavales de la vida pública. Y el que no se consuela...

*

En enero de 1898, cuando *La Época* entraba en el año 50 de su publicación, quiso conmemorar sus bodas de oro y editó un número extraordinario ilustrado, como homenaje y obsequio para sus lectores y amigos; plumas ilustres trazaron en aquellas páginas la historia del diario fundado por don Diego Coello, íntimamente unida a la del periodismo madrileño. Como ilustraciones, aparecían en ellas los retratos de los Reyes Doña Isabel II y Don Alfonso XII, cuyos reinados se comprendían en aquel período cincuentenario, y los retratos de un puñado de eminentes políticos y escritores, cuyos nombres quedaron incorporados a nuestra historia política y a la historia de las letras españolas. Constituía, pues, aquel número un verdadero e interesante documento histórico, útil para la consulta.

La continuación de esos anales periodísticos ha sido hecha recientemente por *La Época* en un nuevo y notable número extraordinario, conmemorativo de sus «Bodas de diamante» con el público, aparecido en mayo de 1923. Otras plumas evocan los recuerdos de los veinticinco años transcurridos desde la celebración del cincuentenario, no solamente de la vida íntima del periódico, sino de su

acción en la historia de la literatura; del partido liberal-conservador, fundado por el insigne Cánovas del Castillo, y de la Monarquía española. Ilustraciones de esas páginas son los retratos del Rey Don Alfonso XIII, de su augusta esposa la Reina Doña Victoria y de la Reina madre Doña María Cristina, representativos de la difícil época de la Regencia y del reinado actual; únense a ellos los retratos de los cinco jefes del partido conservador, y con el grupo de la redacción actual los de algunas de las personalidades que dieron lustre al periódico decano de la Prensa madrileña. ¿Puede dudarse de que ese número extraordinario constituye otro interesante documento para nuestra historia política y periodística contemporánea?

Estimándolo así nosotros, hemos querido reunir y publicar en un sólo cuerpo, por nuestra cuenta, riesgo y absoluta responsabilidad, esas sencillas páginas de historia, aun estando desprovistas en buena parte de galas retóricas, como trabajos que se escribieron rápidamente, destinados a una hoja volandera y efímera, fruto de actualidad, en unión de algunas otras. Antes de hacerlo, hemos vacilado un poco, temerosos de que algún espíritu severo juzgue esos recuerdos como demasiado íntimos, demasiado familiares. Pero creemos que hay en ellos aportaciones muy interesantes para la historia del periodismo madrileño y español, y no hemos vacilado en reunir aquellas páginas, agrupándolas de modo conveniente, para que tengan en la monografía forma más duradera que la de la deleznable hoja periodística, y adicionándolas con algunos ar-

tículos más, recuerdos, citas y retratos. De todos modos, séanos perdonada por el público esta pueril debilidad, en la que solamente nosotros, los autores de estas líneas, tenemos arte, parte y culpabilidad.

Pocas veces suelen los periódicos y los periodistas molestar al público, limitándole el más leve espacio en sus hojas, para hablar de ellos mismos, de sus glorias, de sus anhelos y de los austeros artífices que en sus páginas laboran. Cronistas y periodistas están consagrados de por vida al servicio del público, dueño y señor de todos, que nos esclaviza y nos consume; sus plumas están siempre dispuestas para halagar y ensalzar a los extraños, y para favorecer y servir a todas las empresas, desde las más altas a las más humildes; acrecen y bruñen las reputaciones de personalidades nacionales, y crean y consolidan muchas que, de otra suerte, hubieran permanecido en la oscuridad, de donde acaso no debieron salir... Sobre las columnas de la Prensa, tan débiles y deleznables en la apariencia, tan firmes en la realidad, y sobre los hombros de los periodistas se encumbraron, merced al esfuerzo y a la eficacia de las plumas, muchas grandezas, innumerables medianías, infinitas nulidades también,., ¡Qué inmensa trascendencia no tiene en todas las manifestaciones de la vida esta labor persistente, diaria, tenaz de la Prensa, por débil y humilde que parezca!...

En cambio, ellos, los periódicos y los periodistas, permanecen austeramente en la penumbra, los más en la sombra del anónimo, callados y modes-

tos, sin aprovecharse en beneficio propio de la enorme fuerza que representan, recibiendo una recompensa mezquina en relación con el esfuerzo rendido, sean los que fueren sus méritos. Por cada mil figurones que se encumbran, merced a los periódicos, subirá un periodista a las alturas, por justos títulos y merecimientos, pero llevado casi a la fuerza, como si aun temiera usurpar el puesto honrosamente ganado... ¡Y aun hablan mal de ellos hasta los mismos que les debieran su encumbramiento y fama, envolviéndoles en injustas acusaciones, al generalizar excepciones lamentables!... ¡Pero esos periodistas!... ¡Oh, Humanidad calculadora y egoísta! Eres tan injusta como ambiciosa, y tan ingrata como necia...

Por esta vez, puesto que en ello no hay daño ni lesión para nadie, séanos permitido y perdonado el dedicar estas páginas a periodismo, periódicos y periodistas.

LEÓN ROCH.

LA FUNDACIÓN DE "LA ÉPOCA,,



S. M. la Reina Doña María Cristina.

LA FUNDACIÓN DE «LA ÉPOCA»

Y SU PRIMER DIRECTOR

I

De los viejos luchadores que colaboraron en *La Época* en sus primeros tiempos, sólo queda ya con vida el ilustre escritor D. Juan Pérez de Guzmán, secretario perpetuo de la Real Academia de la Historia, para quien la fortuna no se mostró propicia en la política, ya que hasta estos últimos años ha tenido que trabajar el anciano historiador y periodista para ganar su vida. Una peligrosa dolencia, que pudo vencer su naturaleza vigorosa y admirable, obligóle últimamente a abandonar todo trabajo intelectual. Pero fué solamente como medida de precaución, porque, a pesar de sus ochenta y tres años, su inteligencia se mantiene clara y firme, y despejada y prodigiosa su memoria. En los notables estudios histórico-políticos del maestro, en las nutridas carpetas de su archivo, y más aún en el archivo inagotable y siempre fácil de sus recuerdos, hemos encontrado muchas veces lecciones valiosas de historia política de aquel tiempo y no-

ticias muy curiosas de la vida periodística. Al ilustre escritor debemos algunos interesantes papeles que hemos de exhumar en este artículo.

Desde los días de D. Diego Coello siguió Pérez de Guzmán con interés la vida de *La Época*, con su constante intervención en la política; laboró en ella con asiduidad, como redactor, en los tiempos de D. Ignacio José Escobar, y fué, a la muerte de éste, director durante algún tiempo. Luego continuó muchos años de colaborador, y en las colecciones quedaron no pocos de sus notables estudios. Nadie, pues, con mayor conocimiento, ni con tanta autoridad, hubiera podido escribir la monografía histórica de aquel periódico en sus «Bodas de diamante», como la esbozó al celebrarse las de oro.

II

Apareció *La Época* en la escena política y periodística el 1.° de abril de 1849, siendo su fundador, como es sabido, D. Diego Coello de Portugal y Quesada, que luego fué conde de Coello y embajador de España en Roma, ciudad donde estableció su residencia y murió en 1897. Anteriormente, en 1841, había existido con el mismo título otro periódico, que fué bisemanal primero y luego diario. Pero éste no tuvo nada que ver con la empresa de Coello.

Este había publicado poco antes *El Faro*, que apareció el 16 de abril del 47 y publicó su último número el 30 de igual mes del año siguiente. Lo



Excmo. Sr. D. Diego Coello y Quesada,

conde de Coello de Portugal, fundador y director de «La Época»
desde 1849 a 1866.

dirigió el poeta García Tassara, y en su Redacción figuraron D. Luis González Brabo, D. Francisco de Paula Madrazo, D. Alejandro Mon y D. Pedro José Pidal, primer marqués de Pidal. Al morir *El Faro*, se encargó de servir sus suscripciones *El Heraldo*, el periódico que dirigía o inspiraba el conde de San Luis, fundado el 16 de junio del 42, y cuyos principales redactores eran Ríos Rosas, Pastor Díaz, Tassara, Cos Gayón, D. Antonio Zaragoza y D. Ignacio J. Escobar.

El Heraldo dejó de publicarse el 16 de julio de 1854, y en este año pasó Escobar a *La Época*, pues ya le unían antiguos lazos de amistad y compañerismo con Coello. Ambos habían trabajado antes juntos en *El Español*, y en *El Corresponsal* luego. El primero de estos periódicos comenzó a publicarse el 1.º de noviembre de 1835 y desapareció el 1.º de febrero del 38, encargándose del servicio de sus suscripciones *La España*. Tuvo una segunda época desde el 45 al 16 de abril del 48, y lo dirigieron D. Andrés Borrego, D. Joaquín Francisco Pacheco y D. José García Villalta, figurando, además, entre sus redactores González Brabo, el insigne Larra y un joven y desconocido periodista, que poco después se había de revelar como excelso poeta ante la tumba de *Fígaro*. Era, en efecto, don José Zorrilla.

Pacheco pasó a la Redacción de *La España* y luego a la de *El Correo*, con el gran orador don Antonio Alcalá Galiano, Bravo Murillo, Donoso Cortés, Ríos Rosas, Borrego, Sartorius y D. Antonio María Segovia.

Con el mismo título de *El Español* se publicó, el 5 de septiembre del 41, una revista que, en su segundo número, cambió su título por el de *El Conservador*. La redactaron D. Francisco de Cárdenas, Pastor Díaz, y los antes citados Pacheco y Ríos Rosas.

El Corresponsal tuvo también vida efímera, como la inmensa mayoría de los periódicos de su tiempo, creados únicamente para las enconadas luchas del momento. Se publicó desde el 1.° de julio de 1839 al 14 de mayo del 44. Con Escobar y Coello fueron redactores Aribau, que lo dirigió; Camús, don Luís María Pastor y Estébanez Calderón, el famoso *Solitario*, a quien tan magnífico homenaje rindiera su sobrino, el insigne Cánovas del Castillo, en su libro *El Solitario y su tiempo*.

III

Tuvo *La Época* su verdadero antecedente en *El Faro*, del cual vino a ser continuación. Inspiraban y auxiliaban a este periódico, y casi constantemente publicaban en él sus artículos el marqués de Pidal y D. Alejandro Mon. Esto llegó a excitar celos y rivalidades durante el Gobierno del general Narváez, duque de Valencia, en plena dictadura, especialmente por parte del conde de San Luis, ministro de la Gobernación, inspirador y propietario de *El Heraldo*. Del Gabinete formaban también parte el propio Pidal, en Estado; Arrazola, en Gracia y Justicia; Bravo Murillo, en Hacienda; D. Manuel de Seijas, en Comercio, Instrucción y Obras

públicas; el teniente general D. Francisco de Paula Figueras, marqués de la Constancia, en Guerra, y el marqués de Molíns, en Marina. Presidentes de las Cámaras eran: el marqués de Miraflores, del Senado, y D. Luis Mayans, del Congreso. Y en vista de aquellos recelos y desconfianzas, se acordó suspender la publicación de *El Faro*, para reanudarla en momento oportuno.

Disgustado Coello porque no se le cumplieran las promesas que se le hicieron, decidió volver a publicar su periódico, y así lo hizo; pero cambiándole el título. Para ello se efectuó una pequeña suscripción de acciones, figurando entre los accionistas, además de Coello y otros, el conde de Castilleja de Guzmán, D. Alejandro Oliván y el cubano D. Andrés Arango. El día 1.° de abril del 49 se publicó el primer número de *La Época*, consagrándose a la defensa del gran partido de Unión constitucional, que mereció siempre el respeto por su honrada y patriótica labor, y a la completa devoción del ilustre general O'Donnell.

Se estableció la Redacción de *La Época* en la calle de las Huertas, 14, de donde se trasladó más adelante a la del Príncipe, y después a la de las Torres. Allí estaba también la imprenta, que era la misma de *El Faro*, a cargo de D. Agustín Aguirre, que fué administrador de los dos periódicos y, al propio tiempo, redactor de gacetillas. En los últimos cuarenta años, la Redación estuvo en la calle de la Libertad, en el núm. 16, casa del antiguo teatro de la Alhambra, o en el 18, de donde se trasladó a su domicilio actual.

El formato de *La Época* era distinto de *El Faro*, teniendo un tamaño de doble folio, con cuatro columnas y composición de los cuerpos 7 y 8. Los primeros redactores fueron, con Coello, D. Ramón de Navarrete, D. Diego Bravo y Destouet, D. Antonio Flores, D. Jacobo Rebollo, y el antes mentado Aguirre. Entre los colaboradores figuraban don Cipriano del Mazo, que luego fué muchos años embajador; D. Antonio Mantilla de los Ríos, luego marqués de Villamantilla y ministro de España en Wáshington, que casó con doña Pilar de León, más tarde marquesa de Squilache; D. Heriberto García de Quevedo y D. Federico y D. Fermin Gonzalo Morón.

El primer número apareció en domingo y llevaba en primera plana, en forma de folletón, una crónica literaria de Navarrete, firmada con el seudónimo de *Leporello*, que usó muchos años, y en segunda, en folletón también, comenzaba a publicar la novela *Paulina*, de Alejandro Dumas. Toda la parte superior de la primera plana, según era costumbre en la mayoría de los periódicos de aquel tiempo, estaba consagrada a las sesiones de Cortes. Por cierto que en la del Congreso se discutía aquel triste y ruidoso asunto del quebrado Montepío, que había suspendido el pago de sus pensiones a las viudas y huérfanos.

IV

Acerca de la fundación de *La Época* publicóse en el número conmemorativo del cincuentenario una carta, con curiosas noticias, de D. Rafael Coello de Portugal, sobrino del fundador y luego heredero de su título, que lleva actualmente. El señor Coello, culto militar, fué también distinguido escritor y autor dramático, y ha sido recientemente ministro de la Gobernación, en el último Gobierno del Sr. Maura. En la expresada carta decía el Sr. Coello, entre otras cosas.

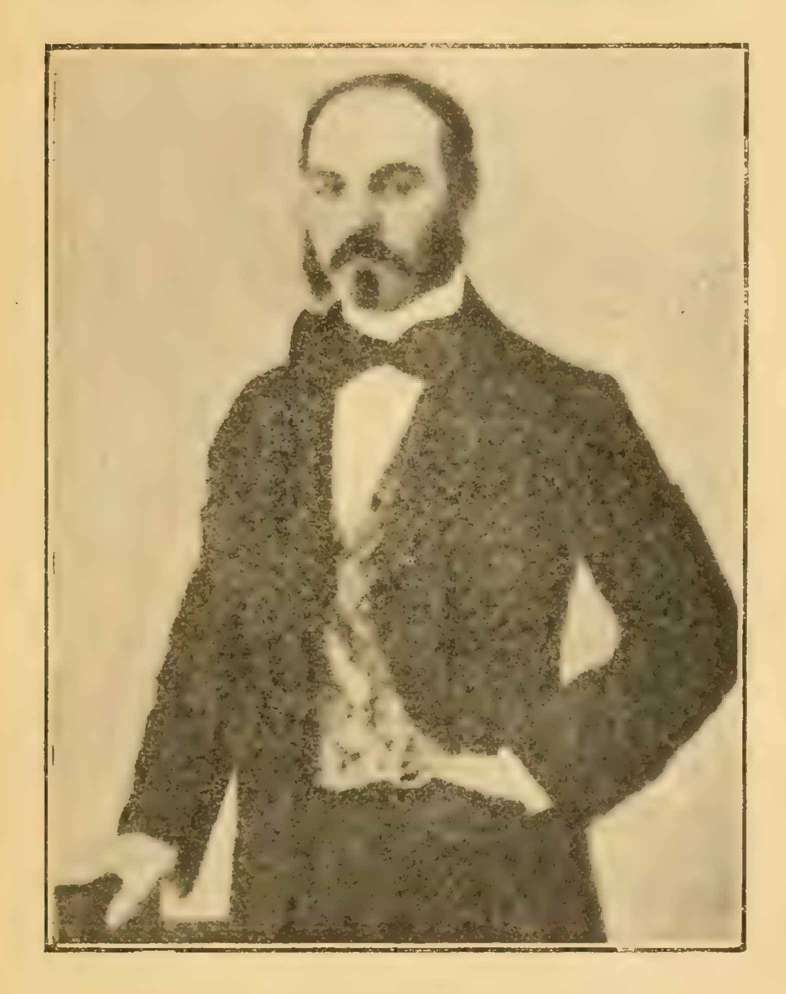
«Claro está que siendo yo, por mi fortuna, bastante más joven que el periódico, las noticias que yo puedo dar lo son, tan sólo, de referencia y recogidas de personas de mi familia y de amigos íntimos del conde de Coello.

Por los años de 45 y 46, es decir, antes de que mi tío, D. Diego Coello, fundase este periódico, dirigió en Madrid otro, el primitivo *Heraldo*, que se publicaba, según parece, en combinación con una biblioteca de novelas, la cual tomaba el nombre de aquel diario.

Al dejar D. Diego Coello la dirección del *Heraldo*, para fundar *El Faro*, conservó, no obstante, la de la biblioteca de novelas, que cambió solamente de nombre para llamarse *Biblioteca del Siglo*. Poco después, al año, dejó también de publicarse *El Faro*.

Encontrándose, de este modo, mi tío con una

abundantísima existencia de novelas—todas las no vendidas de aquella biblioteca—, comenzó a acari-



D. RAMÓN DE NAVARRETE,

PRIMER DIRECTOR DE «LA ÉPOCA» Y REDACTOR DESDE 1849 A 1888.

ciar la idea de fundar otro periódico, y de asegurar para éste, desde sus comienzos, una suscripción respetable, brindando a sus lectores con el regalo

trimestral de uno de aquellos tomos que se hacinaban en los sótanos de una imprenta, situada en la calle del Ave María.

El fundador de *La Época*, con efecto, no se engañaba; el aliciente ofrecido a los suscriptores hizo que el número de éstos aumentase rápidamente. A los pocos meses de fundarse, contaba ya el periódico con 2.000 suscripciones.

No quiere esto decir que antes de llegar a aquel número—que con los ingresos que producían los anuncios, muy especialmente los extranjeros, aseguraban a *La Época* una existencia desahogada e independiente,—no pasase su fundador apuros, y no chicos. Que fué valor, rayano en temeridad, acometer aquella empresa con los escasos elementos pecuniarios con que contaba por entonces el fundador de *La Época*.

Poco tiempo después, asegurada ya la vida del periódico, y al intentar darle un desarrollo en que al principio no se pensó, ni mucho menos, emitiéronse algunas pequeñas acciones de a 500 pesetas, bien pronto colocadas entre amigos y parientes del fundador, entre otros, D. Fernando Rodríguez de Rivas, después conde de Castilleja de Guzmán, don Andrés Arango—el capitalista cubano, dueño de *La Chilena*—y D. Alejandro Oliván, el ilustre patricio a quien tanto deben en España la agricultura y la instrucción pública, También adquirieron acciones algunos personajes del partido moderado.»

V

Para la dirección de *La Epoca* designó Coello, por ser el escritor y periodista más autorizado, al ilustre D. Ramón de Navarrete, que a la sazón era redactor principal de la *Gaceta.* Pero el popular escritor no se mantuvo en su honroso cargo de director más que un día, el de la aparición del primer número. Ello fué consecuencia del gran disgusto que produjo en el conde de San Luis, ministro de la Gobernación, la publicación del periódico, a poco de suspendido *El Faro*, acaso por desconfianzas y rivalidades.

Era Navarrete uno de los periodistas y escritores más ingeniosos y fecundos de su tiempo. Nacido en Madrid en 1818, contaba entonces treinta y un años, y era ya considerado como una autoridad. Su vida se dilató hasta el 25 de abril de 1897, y en los últimos días de esos fecundos setenta y nueve años seguía trabajando y escribiendo con su ingenio y su gracia de siempre, aunque ya cansado de la ruda y larga lucha. En el periodismo tocó con acierto todos los géneros, siendo un excelente articulista político, crítico de teatros, cronista de arte y revistero de salones, para lo cual empleaba distintos seudónimos. Los más famosos entre éstos fueron los de *Leporello* y *Asmodeo*; muy conocidos eran también los de *Pedro Fernández* y *El marqués del Valle Alegre.* Él fué quien implantó el género de la crónica de salones, siendo antecesor

del también ilustre *Kasabal*, D. José Gutiérrez Abascal, y precursor de nuestros *Monte-Cristo*, *Mascarilla* y *León Boyd*.

Colaboró asiduamente Navarrete en muchos periódicos de su tiempo. Además de *El Faro* y su continuador *La Época*, honráronse con sus trabajos *El Heraldo*, *El siglo XIX*, *El Diario Español*, *El Tiempo*, *El Día*, *La Correspondencia*, *El Correo*, *El Semanario Pintoresco* y *La Ilustración Española y Americana*.

Novelista de fértil imaginación y de limpio y castizo estilo, publicó buen número de interesantes novelas, amén de otros volúmenes de cuentos y artículos. Sus biógrafos citan las tituladas *Creencias y desengaños*, *Madrid y nuestro siglo*, *El crimen de Villaviciosa*, *El duque de Alcira*, *Misterios del corazón*, *Verdades y ficciones*, *Sueños y realidades* y *Cartas madrileñas*. También quiso buscar en el teatro, como la mayoría de los escritores, aplausos y provechos, y a la escena consagró sus afanes y la mayor parte de su actividad intelectual. Así produjo más de 80 obras teatrales, entre originales y adaptadas o traducidas del francés. Una de ellas fué la comedia *Caprichos de la fortuna*, que escribió a instancia de la Reina Isabel II, para ser representada en el teatro del Real Palacio. Luego se representó también en el teatro del Príncipe. Entre sus obras originales figuran el drama *Don Rodrigo Calderón*, que se tradujo al francés; *Emilia*, *La Reina por fuerza*, *La perla de Barcelona*, *Las gracias de Gedeón*, *El fénix de los maridos*, *El primer hijo* y *La pena del Talión*.

El ingenio un poco cáustico de Navarrete y su gracia exuberante, se reflejaban de continuo en la conversación. Era, como decimos ahora, un verdadero *causeur*.

VI

Días antes de la aparición de *La Época*, el 28 de marzo, escribía D. Diego Coello al conde de San Luis, ministro de la Gobernación, una atenta carta, en la que le expresaba lo siguiente:

«Creo cumplir un deber de consecuencia y de delicadeza, dándole cuenta, antes de que vea la luz, de la publicación de un periódico político, *La Época*, en el cual tengo una parte importante.

Usted sabe que mientras no he visto salir a luz otros periódicos moderados, me he abstenido de todo paso que tocase este objeto; pero después de la publicación de *El País*, y necesitando salir de la situación en que me encuentro, no podía tener el menor escrúpulo de delicadeza. Aun así he procurado publicar un periódico, que por sus modestas y humildes proporciones, por la línea periodística que se propone seguir, por su circunstancia de ser de la tarde, en nada puede lastimar los intereses de *El Heraldo*, con el que tantos lazos me han unido.

Méndez Alvaro, que va a dirigir *La Época*, y yo, que soy uno de sus propietarios, tenemos dadas demasiadas garantías a nuestro partido para que usted pueda dudar de lo que seremos. Pero usted

mejor que nadie conoce que un periódico sin pretensiones, sin un gran partido que lo apoye o un Gabinete que lo proteja, no tiene más elementos de vida que una gran imparcialidad y una independencia decorosa. Si alguna vez *La Época*, al juzgarle, se apartase de esta línea, esté usted seguro que será para elogiarlo, más que para censurarlo.»

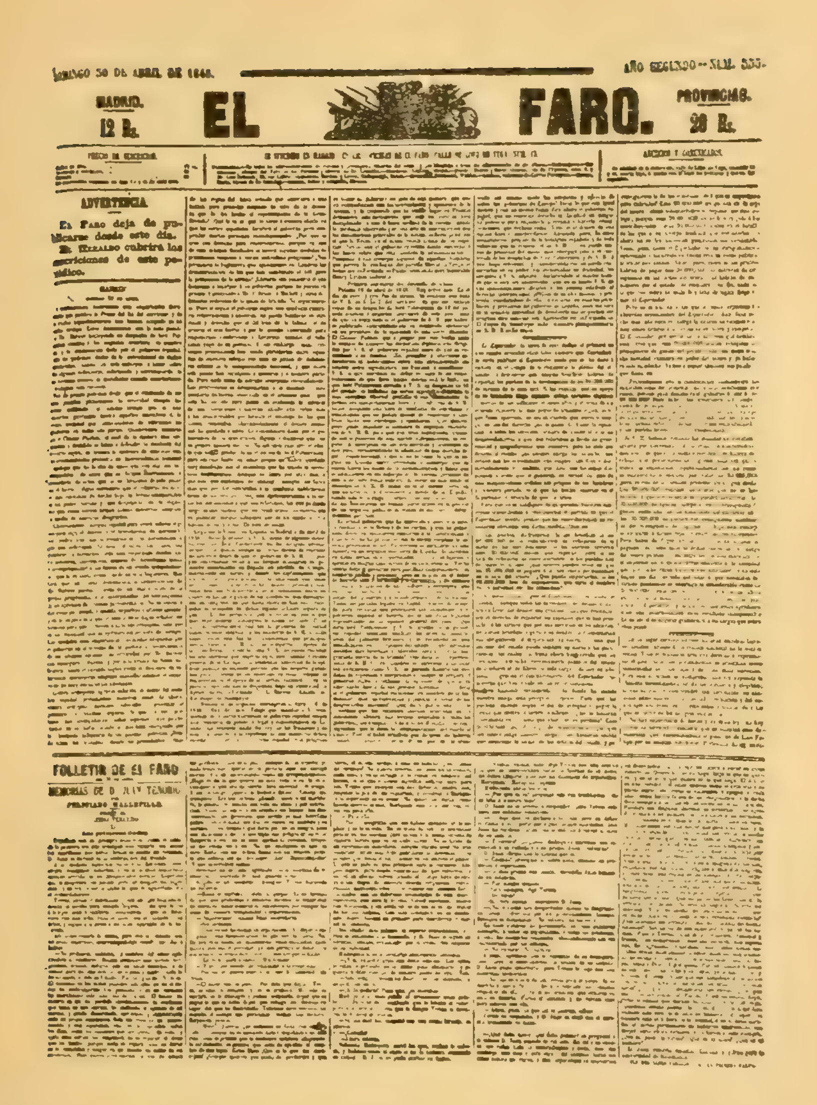
Después le decía que *el diputado*, no *el amigo*, estaba quejoso del Conde, por la conducta que con él se observaba en Jaén, y termina:

«De todas maneras, mi amistad y mi afecto hacia usted datan de muy antiguo, para que *injusticias ni disfavores* puedan alterarla.

P. D.—He creído sería petulancia en mí o un deseo de darme valor, ofrecer personalmente al duque de Valencia protestas de lealtad, cuando tanto las acredité en los días de su infortunio; pero si usted no lo cree innecesario, dígale al general Narváez que jamás olvido los lazos que nos han unido, y más que esto, los grandes servicios que ha prestado a su país.»

Como se ve por la carta de Coello, parecía indicado Méndez Alvaro para la dirección del periódico, y no sabemos por qué causa no llegó a serlo. ¿Influyeron acaso las mismas razones que obligaron a retirarse a Navarrete? Posiblemente, y ello prueba el gran disgusto que a Sartorius produjo la publicación de *La Época*.

El mismo día 1.° de abril en que ésta salió a luz, D. Ramón de Navarrete escribió una larga carta a San Luis, diciéndole que, aunque había solicitado verle, por medio de su secretario Gaya, no habien-



DOMINGO 30 DE ABRIL DE 1848. AÑO SEGUNDO — NUM. 553.

MADRID. 12 Rs. — **EL FARO.** — PROVINCIAS. 20 Rs.

ADVERTENCIA

El Faro deja de publicarse desde este dia.

El Heraldo cubrirá las suscriciones de este periódico.

FOLLETIN DE EL FARO

MEMORIAS DE D. JUAN TENORIO

Reproducción del último número de «El Faro», periódico fundado y dirigido por D. Diego Coello y Quesada.

do podido conseguirlo, se dirigía a él por escrito, para darle cuenta de haber dejado la crítica dramática que por espacio de seis años había desempeñado en *El Heraldo* y la plaza de redactor del mismo.

Esta última resolución la motivó una cuestión de queja del Liceo, de cuya Junta gubernativa era miembro Navarrete, por haber sido duramente tratada la misma en el diario «donde escribía aún».

Navarrete había tenido una grande amistad con el Conde *desde nuestra primera juventud* —escribía. Y consideraba que para expulsarle de esta amistad y del *Heraldo* otros amigos, a quienes llamaba ingratos, pero de los que rodeaban y veían al Conde a diario, le habían calumniado cerca de él.

El otro motivo porque había querido verle era el que se le había ofrecido la dirección de *La Época*, «persuadido de que dicho periódico será moderado, de que no combatirá al Ministerio actual, y sabedor de que Coello, su propietario, se lo había escrito, deseaba saber si habría alguna inconsecuencia entre el destino que desempeñaba en la *Gaceta* y la dirección que se le brindaba».

«Ignoro si todavía—agregaba—conserva usted un concepto bastante favorable de mí para suponer que al entrar en la política no llevo bajas ni bastardas miras, y que jamás me plegaré a ser instrumento de ambiciones ni de pasiones miserables. El día en que *La Época* se separe de la línea de conducta que se me ha ofrecido, ese día me retiraría de ella, aun cuando mi familia pereciese de hambre. Lo que he hecho en la literatura haré en la po-

lítica, y esta es la palabra de un hombre de honor que jamás ha faltado a ella.»

No tenemos la respuesta que el conde de San Luis diera a la carta de Navarrete. Pero las razones aducidas por éste debieron de ser de gran fuerza, por cuanto dos días después, el 3 de abril, el ilustre periodista escribía de nuevo al famoso político, diciéndole lo siguiente:

«Mi querido amigo: En cuanto recibí su carta, resolví abandonar la dirección de *La Época*. Confieso a usted, con franqueza, que necesitaba de ese recurso; pero al ver que usted me dice que le colocaba en una situación falsa, no he vacilado ni un solo momento. No estoy quejoso de usted y le agradezco los favores que me ha dispensado, con toda mi alma. Al decir que mi posición no ha variado desde que se halla usted en el Poder, quise más que nada lamentarme de mi mala estrella. Además, usted conoce muy bien que una cruz no varía en nada las circunstancias del individuo...»

En efecto, al publicarse el segundo número de *La Época*, Navarrete no era ya su director. En vista de lo ocurrido, Coello decidió encargarse de la dirección, y en ella continuó hasta que le sustituyó definitivamente, en 1866, D. Ignacio José Escobar, luego marqués de Valdeiglesias. El ingreso de éste en el periódico, como redactor o colaborador, fué en el 54, cuando se separó de *El Heraldo*. Por entonces ingresaron también D. Fernando Cos-Gayón, D. Carlos Navarro Rodrigo y D. Saturnino Alvarez Bugallal, elevados luego a los Consejos de la Corona; y, poco más tarde, el insigne novelista

D. Pedro Antonio de Alarcón, D. Joaquín Maldonado Macanaz y D. Diego Bravo y Destouet.

Escobar desempeñó la dirección hasta su muerte, en febrero de 1887. Interina o temporalmente la habían desempeñado los citados D. Francisco de Paula Madrazo y Bravo y Destouet, D. Gabriel Estrella y el ilustre periodista Mañé y Flaquer, que luego fué director del *Diario de Barcelona.* Al morir D. Ignacio José, como antes se ha dicho, fué director Pérez de Guzmán, y luego se encargó de la dirección de aquél D. Alfredo Escobar, segundo marqués de Valdeiglesias, que sigue dcsempeñándola en la actualidad.

El 4 de mayo de 1852 interrumpió *La Época* su publicación, víctima de las persecuciones políticas, y la reanudó el 18 de junio, con el título de *La Época Actual* y sin ocuparse de política. Dejó de publicarse el 27 de junio de 1854, y reapareció el 4 de julio, con el nombre que honrosamente lleva.

VII

En la Prensa madrileña es *La Época* el más antiguo de los periódicos que se publican con verdadero carácter de diario, y el segundo de los de España. El primero de éstos es el *Diario de Barcelona*, el popular y venerable *Brusí*, que ya ha cumplido ciento cuarenta años. Fué fundado el 1.° de octubre de 1792, y aun conserva toda su importancia y prestigio, bajo la dirección del ilustre marqués de Casa Brusí. Recientemente se hicieron

en él importantes reformas, que le remozaron y modernizaron, pero conservando la forma con que adquirió su gran personalidad en la Prensa española.

En la Prensa madrileña no quedan más que dos estimados colegas contemporáneos de *La Época*. Uno de ellos es *El Diario Español*, fundado el 1.° de junio de 1852, y que dirigió el diplomático D. Manuel Rancés y Villanueva, luego marqués de Casa Laiglesia, cuyo hijo y sucesor, el ingenioso Guillermo Rancés, fué también redactor del periódico de Coello y Escobar. Luego dirigieron *El Diario Español* D. Mauricio y D. Dionisio López Roberts, y entre sus redactores figuraron Alvarez Bugallal, Lorenzana, Estanislao Suárez Inclán, Federico Villalba, Autrán, Maldonado Macanaz y el novelista Julio Nombela, que asimismo fué redactor de *La Época*.

El otro periódico contemporáneo de ésta es *La Correspondencia de España*, fundado por D. Manuel María de Santa Ana, primer marqués de San ta Ana, amigo y compañero que fué de Ignacio Escobar. Aquel ilustre periodista daba antes a la estampa las *Hojas autógrafas*, que aparecieron en octubre de 1847, «redactadas, escritas y litografiadas por su fundador». Estas hojas eran semejantes a las que ahora publican las Agencias *Fabra* y *Radio*, y se servían a los periódicos suscriptos para que utilizasen sus noticias, Tomaron verdadero carácter de periódico en 1851, en el que cambiaron su título por el de *La Correspondencia autógrafa confidencial*, y así siguió publicándose hasta 1858.

Entonces apareció impreso y con el nombre de *La Correspondencia autógrafa*, aunque ya no lo era, que poco más tarde volvió a cambiar por el de *La Correspondencia de España*, «diario universal de noticias».

En 1859 fué director y gerente del popular diario D. Ignacio José Escobar, mediante un contrato de participación de beneficios que le hizo D. Manuel de Santa Ana. Pero comenzó entonces la guerra de África, cuyas noticias publicaba *La Correspondencia;* empezó a extenderse enormemente el periódico, y fueron tales las ganacias, que D. Manuel rescindió el contrato y se encargó de la dirección y gerencia. Entre ambos ilustres periodistas, como entre sus periódicos luego y siempre, siguió reinando el más leal sentimiento de confraternidad.

PÁGINAS DEL CINCUENTENARIO DE "LA ÉPOCA,,



S. M. la Reina Doña Isabel II (1830-1904).

LAS «BODAS DE ORO» DE

«LA ÉPOCA»

El número extraordinario que *La Época* consagró, en enero de 1898, a conmemorar el cincuentenario de su fundación, iba encabezado con el siguiente artículo, que llevaba el título arriba apuntado y la firma de D. Alfredo Escobar, director del periódico desde 1887, en el que murió su ilustre padre:

«Si a menudo es origen de vivas emociones fijar la vista en los tiempos que fueron, y en los cuales está comprendida una parte de nuestra existencia, este movimiento de concentraciones es más fecundo cuando al continuo pasar de los acontecimientos públicos van unidas intimidades del corazón, memorias privadas, insignificantes tal vez para los demás, pero muy significativas para los que las conservan y las guardan como sagradas reliquias.

No tiene el que escribe estas líneas necesidad de encarecer tales sentimientos y recuerdos, y si los menciona, es tan sólo para disculpar a los ojos de

los indiferentes lo que en ellos pudiera ser tachado de vanagloria.

En tres grandes períodos puede divirse la historia de *La Época*, cuyas bodas de oro con el público solemniza el suplemento que a los lectores ofrecemos hoy.

Rasgo saliente en el primero fué la brillante campaña hecha en defensa del partido de Unión liberal. Fuera ocioso recordar la importancia que en nuestra historia política tuvo aquel partido, que por su honradez, por su patriotismo y por su amor a la libertad, merecerá siempre el respeto de las generaciones presentes y futuras. Durante ese período apoyó *La Época* al vencedor de Africa, al ilustre general O'Donnell. Dirigía entonces el periódico su ilustre fundador D. Diego Coello y Quesada, uno de los más expertos periodistas de la anterior generación, muerto en Roma aun no hace un año.

El segundo período comprende la revolución del 68 y los trabajos preparatorios de la Restauración. Fué aquélla una de las épocas más interesantes y trascendentales del siglo. Derrocada la Monarquía secular, proscrita la Real familia, muertos O'Donnell y Narváez, enemistados con la Reina los unionistas, triunfante la revolución, corrieron tiempos difíciles para los defensores de la dinastía en el destierro, del orden perturbado, de la administración desorganizada, de la Patria en peligro. *La Época* fué en aquellos años el defensor constante y entusiasta de las clases conservadoras, así como de la Monarquía caída, y el instrumento más



Excmo. Sr. D. Ignacio José Escobar,

primer marqués de Valdeiglesias, director de «La Época»
desde 1866 a 1887.

activo de propaganda de la Restauración. El director de *La Época* en tan azaroso y triste periodo se llamaba D. Ignacio J. Escobar.

No era entonces empresa llana ni cómoda la de dirigir un periódico de oposición al orden de cosas establecido. Los hechos demostraron lo espinoso de aquel cargo. Vencedora la revolución en Alcolea, un adversario en contiendas electorales, al frente de un grupo de descamisados, allanó la casa de Escobar y prendió al director de *La Época*, llevándole ante un improvisado Tribunal revolucionario que se reunía en el Circo de Price: que así entendían la libertad aquellos mal llamados liberales. Infatigable con la pluma en la defensa de la Restauración, no le hicieron desfallecer en su empresa los vejámenes de que en diferentes ocasiones fué víctima. Sus trabajos en pro de la causa alfonsina le acarrearon nuevos quebrantos, tales como el ser detenido por los carlistas al regresar de Francia con papeles de la Reina Isabel. Y más tarde, ante la noticia de que iba a proclamarse la Monarquía en Sagunto, se vió conducido al Saladero y después al Gobierno civil, en unión de Cánovas, de Oñate, de Cadórniga, de López Roberts y de otros caracterizados alfonsinos.

Período fué aquél en que sólo ayudado por su fe, por su ingenio y por su laboriosidad, pudo salir adelante el hábil periodista en su noble empresa.

Permitido le sea a un hijo estampar aquí estos recuerdos que constituyen su más preciada ejecutoria y el más poderoso estímulo para no desmayar en la ardua tarea periodística, labor de todos los

momentos, que no consiente ni desfallecimientos ni descanso.

La tercera época refiérese al período orgánico de la Restauración, y también fué el alma de *La Época*, en aquellos años, ya más bonancibles, el primer marqués de Valdeiglesias.

Estos tres períodos han consolidado las instituciones representativas en España, han reconciliado la Monarquía con la democracia y han contribuído al desarrollo de nuestra prosperidad material.

La muerte del insigne D. Antonio Cánovas del Castillo, a cuyo lado estuvo este periódico desde los tiempos de la Unión liberal, tal vez inaugure un cuarto período, no exento de dificultades para la Patria. Si así fuera, lo que no quiera Dios, la actual redacción de *La Época*, fiel a sus tradiciones de medio siglo, sabrá inspirarse en las enseñanzas de su propia historia para vencerlas y en ejemplos que les legaron los ilustres inspiradores y escritores, que ya no existen, para imitarlos.

ALFREDO ESCOBAR.



S. M. el Rey Don Alfonso XII de Borbón.

(Noviembre de 1857—Noviembre de 1885.)

UN ARTÍCULO DE COS-GAYÓN

Página muy interesante y digna de ser recordada del número conmemorativo del cincuentenario de *La Época* es un artículo del ilustre y honradísimo político D. Fernando Cos-Gayón, el leal amigo de Cánovas del Castillo, varias veces ministro de la Corona, que algunos meses después moría en la pobreza, dejando por toda fortuna un nombre inmaculado. Atendiendo al requerimiento del marqués de Valdeiglesias, el bondadoso D. Fernando, que había comenzado su carrera política como periodista en *El Heraldo* y en *La Epoca*, envióle una bella carta, evocando interesantes recuerdos de la vida pasada en las luchas periodísticas.

He aquí el artículo del Sr. Cos-Gayón:

RECUERDOS PERIODÍSTICOS DE HACE CINCUENTA AÑOS

Me invita usted a tomar parte en la solemnidad periodística de conmemorar el comienzo del quinquagésimo año del acreditado periódico que dirige usted en la actualidad. Acudo a su invitación con

doble complacencia, por cumplir con mi deber de antiguo redactor de *La Epoca* y por recordar mis relaciones de compañerismo con el periodista ilustre de quien usted ha heredado, el honrado nombre, la laboriosidad y la dirección de ese periódico.

Cuando, hace cerca de cincuenta años vió por primera vez la luz pública *La Epoca*, D. Ignacio José Escobar y yo escribíamos en la misma sección de *El Heraldo*.

Estaba él encargado del correo extranjero al estallar las revoluciones de 1848, que exigieron aumento extraordinario de trabajo. Cediendo al influjo irresistible de las rebeliones, que por todas partes surgían, abdicó Luis Felipe, Rey de los franceses, en su nieto; el Rey de Baviera en su hijo; el Emperador de Austria en su sobrino; fué proclamada la república en Francia y en Florencia y en Venecia y en Roma; fueron expulsados de los territorios en que reinaban los duques de Parma y de Módena y el gran duque de Toscana; huyó de la capital pontificia Pío IX; se sublevó Milán contra los austriacos y Palermo y Mesina contra el Rey de Nápoles; hubo Asambleas constituyentes en París, en Viena, en Florencia, en Roma, en Francfort; se disolvió la Dieta germánica, renunciando sus poderes en el Archiduque Juan, proclamado vicario del Imperio; otorgaron nuevas Constituciones políticas a sus respectivos Estados los Reyes de Prusia y de Dinamarca; se agitaron tumultuosamente los cartistas en Londres y renovaron sus protestas los irlandeses contra Inglaterra; declaró la guerra Carlos Alberto al Emperador; se levantó

en armas la Hungría contra el Austria a la voz de Kossuth y la Croacia contra la Hungría a la voz de Jellachic. Para poder dar cuenta diaria de tantas novedades, Escobar, a pesar de lo extraordinariamente laborioso que era, tuvo que pedir auxilio, y yo entré a compartir con él aquella ruda tarea.

Un periódico, entonces, era cosa muy distinta de lo que usted hoy conoce y dirige, sobre todo en lo que a las noticias de provincias y del extranjero atañe. Han variado mucho los medios de información y también el gusto y las exigencias de los lectores. No había telégrafo eléctrico, ni caminos de hierro. No se tenía comunicación con otros países sino por medio del correo traído por las sillas de posta, que la mayor parte de los días del año, en vez de llegar en el momento reglamentario, llegaban dos horas o cuatro, o diez, o veinte más tarde. Los esfuerzos de la Administración pública no podían impedir que las lluvias y las nieves del invierno y las tempestades del verano hicieran necesariamente menos ligeros los viajes de aquellos coches, ni que fueran motivo de retraso los deterioros de los caminos y otras causas.

El criado de la administración del periódico se pasaba con frecuencia todo el día haciendo viajes a la casa de Correos, y los redactores encargados de reseñar las noticias extranjeras teníamos que acudir muchas veces inútilmente a las oficinas de la Redacción. Recuerdo que algunas noches, después de haber aprovechado todos los entreactos de una función de teatro para ir a enterarnos de si habían llegado los periódicos y las cartas del ex-

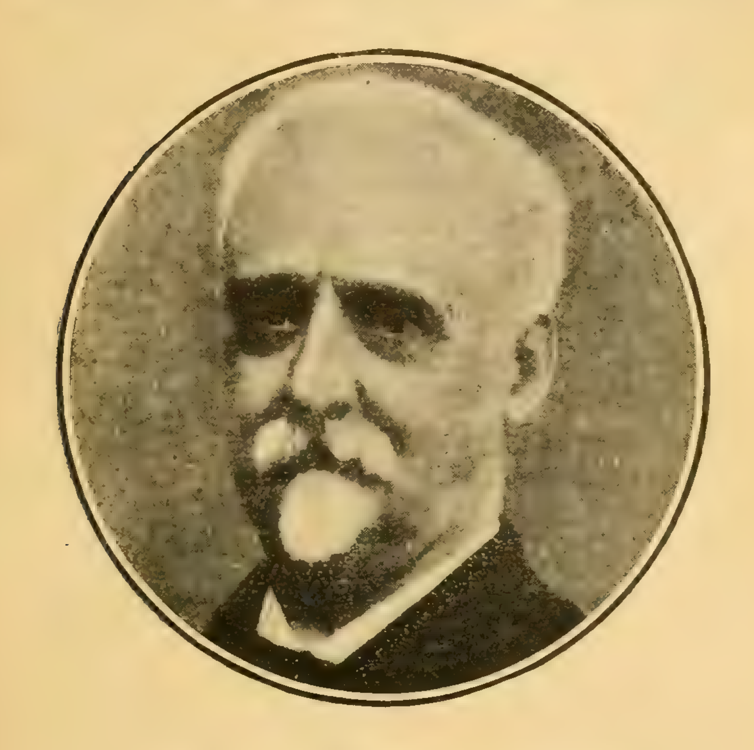
tranjero, teníamos que aguardar hasta que era preciso cerrar la edición de la mañana.

Aprovechábamos principalmente para nuestra labor las hojas litográficas de la Agencia Havas, cuyas noticias eran más adelantadas, más completas y más esmeradamente buscadas que las de los periódicos impresos del extranjero. Y eran el elemento más útil de información en aquellos tiempos, así para el periodista como para todo hombre político, las *Hojas autógrafas*, redactadas por D. Manuel María Santana, futuro fundador de *La Correspondencia de España*, con las últimas noticias de cada día que personalmente recogía en los Ministerios y en los Centros de negocios. Se estampaban pocos ejemplares de aquellas hojas, que no contenían mucha lectura, eran relativamente muy caras y se despachaban para el correo en forma de cartas cerradas. El numeroso personal que hoy se ocupa en buscar noticias para los periódicos estaba entonces exclusivamente reducido a Santana, que había conseguido, con su actividad extraordinaria y su notoria habilidad, un verdadero y privilegiado monopolio de entrada en las oficinas públicas y de explotación de las noticias.

(Estas manifestaciones del ilustre Cos-Gayón confirman que las *Hojas autógrafas* de Santana, como en otro lugar decimos, no eran un periódico, sino un servicio de noticias, igual que el de la *Agencia Fabra*, destinado únicamente a periódicos, Ministerios, Sociedades y Círculos.)

En el suministro de las extranjeras nos daban mayor ocupación a Escobar y a mí las cartas de

los periódicos. Tenía grande reputación *El Heraldo* por la diaria y copiosa correspondencia que recibía y publicaba, con minuciosos informes sobre todos los asuntos de importancia que ocurrían y



EXCMO. SR. D. FERNANDO COS-GAYÓN,

REDACTOR DE «LA ÉPOCA» (1868-1875), MINISTRO DE HACIENDA, GRACIA Y JUSTICIA Y GOBERNACIÓN († DICIEMBRE DE 1898).

sobre los actos y proyectos de la diplomacia. De París, de Viena, de Londres, de Berlín, de todas partes le referían constantemente todo lo que sucedía en los secretos de las Cancillerías y todo lo que probablemente sucedería, más o menos pronto, en adelante. Todo ello era producto de la tra-

vesura de un corresponsal francés, bien relacionado en las Embajadas y en los Ministerios de Negocios Extranjeros de varios países, que dentro de un mismo sobre, y a continuación unas de otras, nos remitía cartas fechadas en capitales distintas, en las que daba, cuando lo creía conveniente, noticias contradictorias y, por supuesto, exponía conjeturas y comentarios inspirados por los opuestos criterios que mejor correspondían a los diversos lugares en que suponía hecho cada uno de sus escritos. Todos ellos venían en francés y era preciso traducirlos.

Escobar se entregaba a su trabajo por completo, no distrayéndose de él, ni interrumpiéndolo un momento por nada ni por nadie. Bajo su dirección tuve que acostumbrarme, desde luego, a hacer lo mismo.

El conde de San Luis, que era propietario del periódico y ministro de la Gobernación, tuvo en 1850 el capricho de ensayar si se podía publicar en Madrid, traducido al español, un libro a las veinticuatro horas o, por lo menos, a las cuarenta y ocho de llegar por primera vez una edición francesa. Chenu, que había sido famoso revolucionario en 1848, escribió un libro con el título de *Los conspiradores*, en que hacía curiosas revelaciones en descrédito de los revoltosos de oficio. Se procuró que vinieran a Madrid sin pérdida de momento algunos ejemplares en cuanto fueron puestos a la venta en París; se utilizaron para la composición y la tirada los recursos de la Imprenta Nacional, entonces poderosos y muy superiores a todos los de-

más con que la tipografía contaba en España; se dividió en diez o doce fracciones el libro francés, repartiéndolas, para su traducción, entre todos los redactores de *El Heraldo* y los amigos íntimos del Conde, colocados a la sazón en altas posiciones oficiales. A Escobar y a mí se nos hizo la distinción de darnos en el reparto fracciones más grandes que a los demás, aunque nosotros no habíamos de dejar de atender a nuestros habituales quehaceres. Sin embargo de eso, fuímos los dos que concluímos antes la tarea que nos estuvo encomendada y prestamos a la mayor parte de los otros, el servicio de hacer también algo de las suyas respectivas, quedando, además, para nosotros el cuidado del arreglo de todo y de la corrección de las pruebas. Pero aquel día, como siempre, el trabajo de Escobar fué mayor que el mío, a pesar de mi buena voluntad, porque conservando él la dirección de nuestras comunes tareas, las repartía de modo que constantemente quedaba para él algo más de lo que me dejaba.

Veinte años después volvimos a trabajar juntos Escobar y yo, notablemente ascendidos en categoría dentro del orden jerárquico de la Prensa. Él había hecho del periodismo definitivamente la única ocupación de su laboriosidad incansable. Yo conservaba siempre mis hábitos de periodista, mezclados ya para toda mi vida con el ejercicio de otras profesiones. La revolución europea de 1848 nos había reunido en la redacción de *El Heraldo;* la revolución española de 1868 nos reunió en la de *La Epoca.*

Se ha dirigido usted hoy, preguntándole sus recuerdos, al ex redactor del segundo de esos dos periódicos, y le contesta a usted el ex colaborador del primero. Lo hago así, porque de la época rereciente pueden habiar otros que están todavía en la casa, y de la época antigua somos muy pocos ya los que podemos dar noticias propias; y tambien porque para usted, lo mismo que para mí, son dos ideas, inseparablemente unidas, la de *La Epoca* y la del primer marqués de Valdeiglesias.

Dios prospere al segundo como desea su afectísimo,

FERNANDO COS-GAYÓN.»

LOS ESCRITORES DE «LA ÉPOCA»

Caracterizóse desde que salió a luz el diario *La Epoca* por su aversión al personalismo y a la polémica, por su tolerancia, por la diligencia en la información política, por el buen sentido, y, por último, por el cuidado que han puesto desde 1849 sus directores en proporcionarse la colaboración de los escritores más brillantes (exceptuando, por supuesto, al que firma estas líneas) de la Prensa política madrileña.

¡Qué de nombres ilustres vamos a citar, al ocuparnos de los escritores de *La Epoca!* ¡Cuántos otros dignos de figurar al lado de los primeros habremos omitido, por falta de memoria!

La labor periodística ofrece el inconveniente de ser, por regla general, anónima, a diferencia de la colaboración, que con frecuencia ostenta la firma del escritor. Por eso hay necesidad de acudir a los recuerdos, tratándose de la redacción política; y siendo tan largo un período de medio siglo y faltando gran parte de los escritores que la desempeñaron, inevitables han de ser las omisiones. Pedimos perdón por ellas a los vivos, que son los me-

nos, y a los muertos que, desgraciadamente, son en gran número.

Consideraremos para aquel efecto dividida la historia de *La Epoca* en cinco períodos, a partir desde su fundación hasta el momento presente.

Primer período (1848 a 1856).—Figuró como director de *La Epoca*, al ver por primera vez la luz pública, D. Ramón de Navarrete, siéndolo en realidad, así como principal escritor político, don Diego Coello y Quesada, auxiliado por D. Francisco de Paula Madrazo, escritor diligente, muy hábil en la confección de un diario y redactor del *Diario de las Sesiones* del Congreso, y por el taquígrafo del Congreso D. Jacobo Rebollo, que se ocupó en la confección del periódico muchos años hasta su muerte.

Del extranjero se encargó entonces y continuó desempeñándolo hasta el fin de su vida también, D. Diego Bravo y Destouet, cuyo hermano D. José, que fué más adelante director de *La Correspondencia de España*, colaboraba en la parte política.

Administrador fué D. Agustín Aguirre, jefe superior de Hacienda en tiempos más cercanos y el único superviviente hoy de los fundadores.

En este primer período figuran también entre los escritores de *La Epoca* nombres tan notables como los de D. Antonio Mantilla y D. Cipriano del Mazo, y como colaboradores D. Antonio Flores, autor del precioso libro *Ayer*. Don B. de Federico, D. Fermin Gonzalo Morón, D. Heriberto García de Quevedo, poeta venezolano. La colaboración po-

lítica fué muy activa e importante, aunque no necesitaba mucho de ella D. Diego Coello, que improvisaba artículos y párrafos sueltos con gran facilidad.

—Del ocho, Rebollo (el taquígrafo)—, era la pri-



EXCMO. SR. D. CARLOS NAVARRO Y RODRIGO,

REDACTOR DE «LA ÉPOCA» (1856-1864), MINISTRO DE FOMENTO E INTERINO DE HACIENDA.

mera frase que pronunciaba el verdadero director de *La Epoca* al saltar de la cama; y seguía dictando y comunicando instrucciones por espacio de cinco horas sin fatigarse.

Durante este período, la crítica teatral corrió a cargo de D. Ramón Navarrete, con el seudónimo

de *Leporello*, y del ya mencionado García de Quevedo.

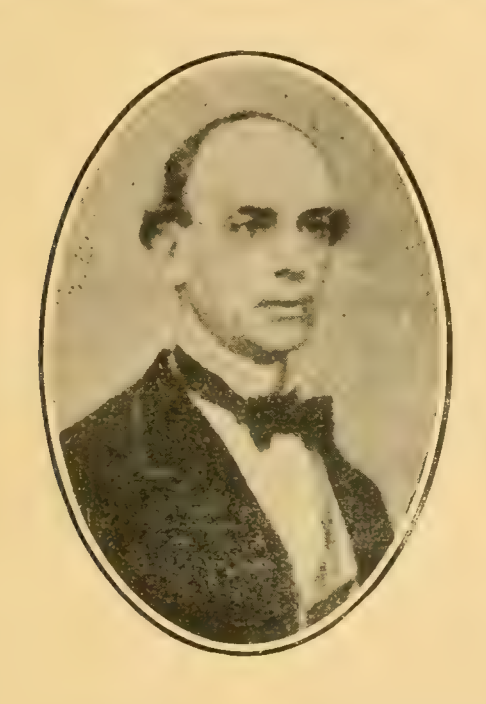
Segundo período (1856-1868).—A más de los escritores mencionados, figura ya al final de este período D. Ignacio José Escobar, amigo y compañero de Coello en *El Corresponsal* y *El Español*.

Los redactores políticos, más o menos constantes, son muy notables: Carlos Navarro y Rodrigo, Salvador López Guijarro, S. Alvarez Bugallal, don Andrés Borrego, M. Manrique, José Lorenzo Figueroa (académico de la de Ciencias Morales y Políticas), Pedro de Alarcón, el gran novelista; Fermín Figueras, Zacarías Casaval, Gabriel Enríquez Valdés, José Bisso, a cargo del cual corrieron los asuntos financieros durante doce años; Pedro Antonio Montes, Barrié y Agüero *(Pedro Recio)*, José Pérez Garchitorena, Pareja de Alarcón, Candalija, gobernador que fué de Zaragoza, y Joaquín Maldonado Macanaz.

La colaboración literaria ofrece, entre otros nombres, los de D. Manuel María Santana, D. Ramón de Navarrete (crítico de teatros y gran mundo, que en este período firmaba *Pedro Fernández*, y desde 1867 *Asmodeo)*, Julio Nombela, Mariano Z. Cazurro, Amós Escalante *(Juan García)*. En la crítica musical reemplaza a *Leporello* D. José María Goizueta.

Colaboraron también con frecuencia el ingeniero español Sr. Echevarría, el francés M. E. Malingre, así como D. Manuel Casado. Corresponsal en París era el conde de Sanafé *(Actéon)*.

Tercer período (1868-1875).—Al ocurrir la revolución de 1868 dirigía *La Epoca*, en ausencia de D. Diego Coello, D. Ignacio J. Escobar; eran redactores D. Joaquín Maldonado (desde 1864), don José Bisso, D. Julián Sabando y D. José Bravo. En



D. DIEGO BRAVO Y DESTOUET,

REDACTOR Y DIRECTOR DE «LA ÉPOCA» (1849-1890).

1869, esta redacción tuvo el importante refuerzo de D. Fernando Cos-Gayón.

Tomaron parte en los trabajos de *La Epoca* con frecuencia, en este agitado período, los políticos alfonsinos Sres. Bugallal, Silvela y Villaverde, entre otros muchos.

A este período corresponde asimismo la publi-

cación de la serie de artículos titulada: *La Novela del Egipto*, por D. José de Castro y Serrano, uno de los más asiduos y amenos de nuestros colaboradores literarios.

Entre los redactores y colaboradores figuraron igualmente los Sres. Vallejo Miranda *(Pico de la Mirandola)*, Alcalá Galiano, hijo, y D. José, de la carrera consular, y D. Juan Pérez de Guzmán. La crónica teatral y la literaria corrieron a cargo de D. Luis Alfonso, de los dos hermanos D. Ricardo y D. Enrique Sepúlveda, D. Carlos Frontaura, el ya citado D. Julio Nombela y otros varios.

Cuarto período (1875-1887).—Dirigió *La Epoca*, hasta su fallecimiento, el primer marqués de Valdeiglesias, figurando ya en este período como redactor literario su hijo D. Alfredo. Fueron importantes redactores, con algunos de los antes citados, D. Gabriel Estrella, D. José Fernández Bremón, D. Eleuterio Villalba, D. J. Salvador, don Mariano Guillén, D. Ramón Cárdenas, D. M. Alhama Montes, D. M. Fernández y González (ha poco fallecido), D. José Eugenio Flores, los dos hermanos D. Manuel y D. Joaquín Tello, D. F. López, D. Javier Betegón, D. Arcadio Roda.

La crítica de teatros corrió a cargo del ingenioso D. Pedro Bofill, y la musical al de D. Antonio Peña y Goñi. Figuran en la sección literaria los nombres de D. Eusebio Blasco y D. Carlos Ochoa.

Quinto período (1887-1897).—Una sola dirección ofrece realmente este período de la vida de *La Epoca:* la del segundo marqués de Valdeiglesias.

Los redactores políticos fueron D. Joaquín Maldonado (desde 1890), D. Eleuterio Villalba, don Leopoldo Calzado (encargado de la parte financiera), D. Julio Burell, Pérez de Guzmán, Botella (don Francisco), Botella (D. Cristóbal), D. Javier Betegón, D. Ernesto Rapela, D. José Alcázar, D. Guillermo Rancés, D. Mariano Guillén y la actual Redacción de *La Epoca.*

Colaborador político, asiduo e importante, fué el vizconde de Campo Grande, literarios D. Eduardo Cortázar *(Julio-Agosto),* Valero de Tornos (don Juan), el escritor que firma *El Otro,* el doctor García Alvarez y el que se firmó *El Pájaro Verde.*

La crítica ha sido o es desempeñada por don Eduardo Gómez de Baquero, D. Francisco Villegas *(Zeda),* Don C. Fernández Shaw, D. Rodrigo Soriano, D. Cecilio Roda y Don R. Mitjana.

Colaboradores militares en el trascurso de los cincuenta años que cuenta de vida *La Epoca* han sido los generales marqués del Duero, D. Crispín G. de Sandoval, Gómez de Arteche, Coello, Sánchez Bregua, D. Leopoldo Crestar, D. Antonio Goicorrotea, el marino S. Patero, y también en esta clase de asuntos D. E. de Salazar y Mazarredo y D. Pelayo Alcalá Galiano. De artes han escrito durante este período los Sres. Leguina (D. Enrique), conde de Morphy, Badía y otros muchos.

En 25 de diciembre de 1897 la Redacción de *La Epoca,* así política como dedicada a la información o literaria, ofrece el cuadro siguiente:

Director: D. Alfredo Escobar, marqués de Valdeiglesias.

Redactores: D, Eduardo Gómez de Baquero, D. Ramón de Cárdenas, D. Francisco Fernández Villegas *(Zeda)*, D. Javier Betegón, D. Carlos Fernández Shaw, D. Juan Lapoulide, D. Alfredo García López, D. Gabriel Briones, D. Angel Febrer, D. Carlos Palma, D. Augusto Barrado, D. Angel Pérez Magnín, D. Enriquez Gálvez, D. Eduardo Montesinos, D. Alberto Pérez Cossio, D. Juan Reza, D. Adolfo Fernández Brañas y el que firma este artículo.

Como colaboradores toman parte en las tareas del periódico D. Juan Pérez de Guzmán, D, Julio Burell, D. Rodrigo Soriano, D. Cecilio Roda y diversos reputados escritores.

JOAQUÍN MALDONADO MACANAZ.

LOS LECTORES DE PERIÓDICOS

(1849-1897)

Entre las páginas interesantes del número conmemorativo del cincuentenario de *La Epoca* aparece un notable artículo del ex ministro D. Carlos Navarro Rodrigo, redactor que fué también del periódico, evocando recuerdos de la campaña de Tetuán. Nada agrega ese bello trabajo a nuestra historia, ni a ella hace referencia, y lo omitimos en esta relación.

Al artículo de Maldonado Macanaz sigue una crónica del ilustre escritor *Kasabal*, que por su ingenio y su arte rivalizó como cronista de sociedad con el famoso *Asmodeo*. Al mismo tiempo fué don José Gutiérrez Abascal un buen periodista político y un literato de exquisito gusto y cáustica agudeza. Cuando murió, hace pocos años, era director del *Heraldo de Madrid*. He aquí la crónica del ilustre colaborador de *La Epoca*, que pudiera publicarse hoy en cualquier periódico como una interesante crónica de actualidad:

*

Cincuenta años, medio siglo nada menos ha transcurrido desde la fundación de *La Epoca*, y en ese tiempo, en que se han convertido en abuelas venerables muchas que eran niñas bonitas cuando sus papás llevaban a casa el primer número del periódico, y en que han ocurrido sucesos tan trascendentales para la vida del país, se han transformado de un modo notabilísimo las costumbres, como en otras muchas cosas, en lo que se relaciona con los periódicos y sus lectores.

Si entre el diario vivo, agitador, nervioso, de este fin de siglo, y el grave y sesudo que se publicaba al mediar la centuria hay una gran diferencia, no es menor la que existe entre el lector de hogaño y el de antaño, y aun se puede decir que lo uno es consecuencia de lo otro, o lo que es igual, que la transformación del lector ha traído la de la hoja impresa que llega a sus manos todos los días.

Hoy, más que leer un periódico, se recorre con la vista buscando la sección que más interesa o lo que constituye la novedad más saliente del día, y después se deja en el asiento del tranvía, en la banqueta del coche de alquiler, en la butaca del teatro, como flor cuyo perfume se ha aspirado y que ya no ofrece atractivos.

¡Qué diferencia entre este lector, siempre agitado y afanoso, y aquel otro de hace cincuenta años, para el que la lectura del diario de su predilección era una de las ocupaciones más serias e importantes del día! Dedicaba a ella una hora fija, siempre la misma, escogida entre las que eran para él de

más reposo, y como por culpa del repartidor o descuido de la administración del periódico éste faltase, se producía en la casa un verdadero trastorno, que sólo se sosegaba cuando la falta se había remediado.



EL ILUSTRE NOVELISTA D. PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN, REDACTOR DE «LA ÉPOCA» (1856-1859).

Pero una vez en poder del suscriptor su diario, ¡qué gratas emociones le proporcionaba! Recibíale como a un amigo predilecto y querido, le cogía con cariño y le contemplaba con amor, fijándose, antes de desdoblarle, en el título, tan simpático a sus ojos; en la fecha, que era su almanaque; en todos

los detalles de la cabeza, que constituían para él como los rasgos de una fisonomía de esas que predisponen a la amistad y a la benevolencia.

Después de este primer examen, se sentaba el lector lo más cómodamente que podía, al amor de la lumbre en invierno, al fresco en verano, con el cigarrillo recién encendido en la boca, si era fumador, o con la nariz repleta de aromático polvo, si constituía el rapé sus delicias, y teniendo siempre al alcance de la mano, con el pañuelo de seda de la India, la petaca o la tabaquera, para no tener que interrumpir la lectura para volver a encender un pitillo o para introducir el índice y el pulgar en la afiligranada o esmaltada cajita.

Y en esta disposición procedía a desdoblar el periódico lenta y solemnemente, a estirarle bien, a deshacerle las arrugas, a plancharle acariciándole con el brazo izquierdo mientras le sostenía con la mano derecha, y a cogerle luego con las dos para leer, con meditación y reposo, desde la primer línea del artículo de fondo hasta el pie de imprenta y el nombre ya conocido del editor responsable que exigía por entonces la ley.

Y el periódico no era sólo leído, sino comentado mentalmente por el atento lector, que creía en todo aquello que leía como en el Evangelio, y que no daba por cierta ninguna noticia hasta que la encontraba en aquellas columnas de su especial predilección.

Y después de la lectura, no arrojaba con desdén la hoja impresa que le había proporcionado tan gratas emociones, su amigo sincero, ni consentía que

las mujeres la cogiesen para cortar patrones o envolver líos, ni que fuese a la cocina a que la doméstica le recortase en picos para adornar el vasar, ni que los chicos la convirtiesen en pajaritas o co-



EXCMO. SR. D. SATURNINO ÁLVAREZ BUGALLAL,

REDACTOR DE «LA ÉPOCA» (1856-1864), MINISTRO DE GRACIA Y JUSTICIA Y MINISTRO DE ESPAÑA EN PORTUGAL.

metas. Volvía a doblar su periódico cuidadosamente por los mismos dobleces que tenía al llegar a sus manos, y le colocaba en el estante encima de los números que le habían precedido y esperando a los que le habían de suceder.

Así han leído y cuidado los carlistas a *La Espe-*

ranza, los conservadores a *La Epoca*, los liberales a *Las Novedades*, y todavía al deshacerse las antiguas casas, al separarse las familias agrupadas en un mismo hogar, se encuentran colecciones de esos diarios, que miran con cierta veneración los hijos y los nietos de los que se los vieron leer con tanto cariño a sus padres y a sus abuelos, y donde aprendieron a deletrear ellos mismos.

Estos periódicos estaban tan identificados con la familia, que aun muerto el jefe de ella, que era su lector constante, los herederos conservaban la suscripción en respeto a la memoria del muerto querido, y hubieran creído una profanación dejarla, cerrando la puerta a aquel amigo de todos los días.

A estos periódicos de la década del 40 al 50 sucedieron los más batalladores de la del 50 al 60, *La Iberia*, de Calvo Asensio y de Sagasta; *La Discusión*, de D. Nicolás María Rivero; *La Democracia*, de Castelar, periódicos de partido y de batalla, que se leían en la plaza pública, y de los que los lectores hacían una bandera, identificándose tanto con ella que la daban su dinero para costear gastos y pagar multas, y que no la negaron su sangre en memorables ocasiones.

La Epoca quedó siendo siempre el periódico del hogar, y del hogar respetable y bien acomodado, donde le acogía con predilección la señora mayor, que había hecho de este periódico su órgano predilecto. Pocos serán los que entre los recuerdos de su infancia no conserven el de alguna vieja parienta o venerable amiga de las que iban a visitar con sus madres, en días solemnes de santos o de Pas-

cua, y no la vean con los ojos de la imaginación bien acurrucada en el sillón de terciopelo, con las respetables canas cubiertas por la blonda y los lazos de la cofia, los hombros abrigados con la manteleta de volante, los pies colocados en el taburete de alfombra y en las manos, resguardadas con mitones, *La Epoca*, que dejaba sobre su falda para recibir la visita, volviendo a reanudar la lectura en cuanto se quedaba sola.

Y como las mamás, las hijas se aficionaron a la lectura de *La Epoca*, porque en ella encontraban noticias agradables de lo que pasaba por el mundo, y aquellas deliciosas crónicas de salones, suscritas por *Pedro Fernández* y por *Asmodeo*, y en las que se puede seguir la historia de la sociedad aristocrática de Madrid durante el reinado interesantísimo de Doña Isabel II.

Allí se hablaba de los que se casaban, y de los que nacían, se describían los bailes y las reuniones y se consagraba el debido tributo a los que abandonaban este mundo.

Las crónicas de *Pedro Fernández* y de *Asmodeo*, trasladadas desde las viejas columnas de *La Epoca* a un libro ilustrado con copias de los retratos pintados por Federico Madrazo, constituirían un volumen interesantísimo, cuyas páginas contendrían la melancólica, pero siempre encantadora música del tiempo pasado.

Leer *La Epoca* fué durante mucho tiempo un título de honor para las señoras, como tener por modista a Mad. Carolina y por zapatero a Reynaldo. Para los hombres era como una cédula que

daba fe del amor al orden, a los principios establecidos, a lo que servía de base a la buena organización social.

Y este carácter lo ha conservado a través de los tiempos y de la transformación del periodismo, siendo todavía periódico predilecto en los salones y el español que con más frecuencia se encuentra en los hoteles y en las casas aristocráticas del extranjero.

Vivir cincuenta años en estos tiempos, conservando el carácter propio, la fisonomía especial, sin haber dejado de seguir las corrientes modernas, constituye una empresa que sólo puede apreciarse bien viéndolo de cerca; es ir fundiendo en una sola tres generaciones: la de las abuelas, la de las madres y la de las nietas, y hacer que resulten armónicos los bucles de María Cristina, las cocas de Doña Isabel II y el peinado moderno de que dió norma en los tiempos del segundo Imperio la famosa princesa de Metternich.

En un periódico lo más esencial es el lector, y *La Epoca* ha tenido muy buenos lectores, y, sobre todo, lectoras, y a esto ha debido su larga vida y su crédito.

¡Que Dios se la prolongue y la aumente, haciéndola entrar con paso firme en el siglo en que ha de cumplir el centenario que celebrarán los que están próximos a venir al mundo a continuar la misión de los que hoy trabajan siguiendo el ejemplo de los que les precedieron!

KASABAL»

BIBLIOGRAFÍA DE «LA ÉPOCA» (*)

La colección de *La Epoca*, por todo extremo rara, pues no la poseen completa la Biblioteca Nacional, las de los Cuerpos Colegisladores, ni ninguna otra pública ni particular, desde el 1.° de abril de 1849, en que apareció su primer número, hasta el 1.° de enero de 1898, en que entra en el quincuagenario de su publicación, consta, prescindiendo de toda clase de apéndices y suplementos no numerados, de 17.092 números de dos y tres hojas, o sean cuatro y seis páginas, divididos en 98 volúmenes semestrales.

La cifra que aquí se señala es la correlativa que seguimos; pero hay que advertir que es mucho mayor, pues en el examen que acabamos de practicar hemos hallado muchos números repetidos por descuido de imprenta.

Las interrupciones que el periódico ha sufrido en 1852 (del 4 de mayo al 18 de junio) y en 1854 (del 5 al 15 de julio) son de escasa importancia,

(*) Con este extenso y detallado artículo cerraba sus páginas el número conmemorativo del cincuentenario.

pues sólo han durado algunos días y siempre han sido impuestas de orden de la autoridad.

Filiación del periódico.—Hasta 4 de mayo de 1852 *La Epoca* no usó de más apelativo que su título. Suspendida su publicación hasta habilitar editor responsable, en las condiciones impuestas por el Real decreto sobre imprenta, reapareció reducida a dos tercios de su tamaño, con el título de *La Epoca Actual*. Rehabilitada para recobrar su carácter político el 16 de noviembre, tomó su antiguo tamaño y añadió a su nombre de *La Epoca* el lema de «periódico político y liberal de la tarde». A los diez días, el 26, volvió a ser denunciada, y para continuar viviendo cambió este lema por el de «periódico administrativo de la tarde».

Desde 10 de diciembre, en que fué absuelta, se llamó «*La Epoca*, periódico del partido liberal», hasta 16 de febrero de 1854, en que volvió a publicarse sin apelativo alguno. El 20 del mismo mes adoptó el de «periódico constitucional de España», que usó hasta el 26 de noviembre. Abolido éste, quedó por mucho tiempo indefinida; pero el 29 de enero de 1866 tomó el de «periódico político diario», que conservó hasta 23 de noviembre de 1867. En 3 de diciembre lo cambió por «diario político y literario». Desde el 17 de diciembre de 1871 borró el adjetivo «literario», y después de volver desde el 31 de diciembre de 1885 hasta el 21 de septiembre de 1890 a quedar sin apelativo alguno, desde la última de estas fechas adoptó el de «*La Epoca*: últimos telegramas y noticias de la tarde», que es el nombre y lema que conserva.

Las letras titulares de su nombre también han sufrido algunas variantes; el tipo que la caracteriza hace muchos años se aceptó como definitivo desde el núm. 1.123, correspondiente al 10 de noviembre de 1853.



D. PEDRO BOFILL,

REDACTOR LITERARIO Y CRÍTICO TEATRAL DE «LA ÉPOCA» (1887-1894).

Las variantes de los epígrafes, relacionándolas con los sucesos políticos del tiempo, implican la historia de las vicisitudes políticas de *La Epoca.*

Directores.—Excmo. Sr. D. RAMÓN DE NAVARRETE, Gran Cruz de la Orden de Isabel la Católica, director de la Imprenta Nacional y de la *Gaceta*

de Madrid. Fué director de «La Epoca» sólo un día, el primero de su publicación.

Excmo. Sr. D. Diego Coello y Quesada, primer conde de Coello de Portugal, diputado a Cortes desde 1846, constituyente en las de 1854 a 56, senador electivo en 1876, vitalicio desde 1877, ministro de España en Copenhague en 1854, en Constantinopla en 1856 y 1884, en Turín, Parma y Toscana en 1858, en Lisboa en 1863 y en Italia en 1881. Gran Cruz de las Ordenes Españolas de Carlos III, Isabel la Católica y del Mérito Militar y de las de San Mauricio y San Lázaro y la Corona de Italia, Concepción de Villaviciosa de Portugal, Leopoldo de Bélgica, San Jorge de Parma, Francisco II de las Dos Sicilias, Nuestra Señora de Guadalupe de Méjico y Medjidié de Turquía, Gran oficial de la Legión de Honor y gentilhombre de Cámara de S. M.

Excmo. Sr. D. Juan Mañé y Flaquer, de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, director del *Diario de Barcelona*, y que ha renunciado cuantas posiciones políticas y títulos de honor se le han brindado.

Excmo. Sr. D. Ignacio José Escobar, primer marqués de Valdeiglesias, diputado a Cortes en 1857, 58, 59, 60, 61, 62, 62 a 63, 76, 77, 78 y 79; vicepresidente del Congrego de los Diputados, consejero de Estado, gentilhombre de Cámara de S. M., caballero de la ínclita Orden de San Juan de Jerusalén, Gran Cruz de la Concepción de Villaviciosa y de Cristo de Portugal, de la Orden de Medjidié de Turquía, del Nescham Yfthar de Túnez y del

Orden Real del Cambodje, y comendador de la Legión de Honor de Francia.

Sr. D. JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

Excmo. Sr. D. GABRIEL ESTRELLA, diputado a Cortes en 1857 y 1858, Gran Cruz de la Orden de Isabel la Católica, consejero de Ultramar, etc.

D. ALFREDO ESCOBAR Y RAMÍREZ, segundo marqués de Valdeiglesias, diputado a Cortes desde 1884 a 1898, senador vitalicio nombrado por S. M., su gentilhombre de Cámara con ejercicio, Gran Cruz de la Orden de Cristo de Portugal, comendador de la Corona de Italia y del Medjidié de Turquía, caballero de Carlos III, del Mérito Naval, del Aguila Roja de Prusia, ex secretario del Congreso de los Diputados y vicepresidente de la Asociación de la Prensa, etc., etc.

Primera redacción.—D. DIEGO COELLO Y QUESADA, fundador, director y propietario, llevaba tres secciones del periódico: la política, la económica y la internacional.

D. FRANCISCO DE PAULA MADRAZO, redactor político y literario, escribía fondos y sueltos y estaba, además, encargado del extracto de las sesiones de las Cortes.

D. DIEGO BRAVO Y DESTOUET traducía la novela para el folletín y extractaba los periódicos extranjeros.

D. RAMÓN DE NAVARRETE era el redactor literario y de las revistas de Madrid, de los salones y de los teatros.

D. JACOBO REBOLLO era taquígrafo al servicio del Sr. Coello y confeccionador.

D. Agustín Aguirre era administrador, gerente de la imprenta, editor responsable y colaborador en las noticias menudas de la capital.

Imprentas.—Desde la fundación de *La Epoca*, la imprenta, aunque a nombre de los administradores del periódico o de los regentes-ajustadores, siempre fué propia, hasta 1873. Establecida primeramente en la calle de las Huertas, núm. 14, principal, desde 1849 hasta 30 de marzo de 1851 estuvo a cargo de D. Agustín Aguirre y de D. Luis García.

Trasladada a la calle de las Infantas, núm. 36, principal, estuvo desde 1.° de junio de 1851 hasta 30 de agosto de 1854 a nombre de D. Manuel Vázquez de Ortiz y de D. Tomás Badía, uno y otro regentes de la misma.

En 31 de agosto de 1854 se puso de nuevo a cargo del administrador D. José Juanco, y se trasladó a la calle de las Torres, núm. 11, donde estaba establecida la Redacción, hasta que en 1.° de diciembre de 1873 se llevaron enseres, cajas y máquinas a la imprenta de D. Tomás Fortanet, cuyo nombre tomó y conservó hasta 31 de diciembre de 1885, domiciliándose en la calle de la Libertad, núm. 29.

Desde 1.° de enero de 1886 se hizo cargo de la imprenta de *La Epoca* D. Manuel Ginés Hernández, establecido con obrador tipográfico propio en la calle de la Libertad, núm. 16 duplicado. Hasta 27 de febrero de 1887 el pie de imprenta del periódico decia: «Imprenta de *La Epoca*, a cargo de D. Manuel G. Hernández»; desde esta fecha hasta

11 de mayo de 1888, se leía: «Imprenta de Manuel Ginés Hernández, impresor de *La Epoca*»; por último, desde 12 de mayo de 1888 hubo otra rectificación, leyéndose: «Imprenta de Manuel Ginés Hernández», la que han seguido hasta aquí los hijos y herederos de este excelente tipógrafo. A D. Manuel Ginés Hernández *La Epoca* le condecoró con la Gran Cruz de Isabel la Católica, así como el pueblo de Madrid le votó concejal de su Ayuntamiento, y el alcalde le nombró teniente de alcalde del distrito de Buenavista.

Casas que ha ocupado la Redacción.—*La Epoca* se instaló en 1.° de abril de 1849 en el cuarto principal de la casa de la calle de las Huertas, núm. 14. De aquí pasó en 14 de diciembre del mismo año a la calle del Príncipe, 40, principal, y desde esta casa, en 11 de agosto de 1851, a la calle de las Torres, núm. 11, esquina a las de la Reina y las Infantas, donde permaneció durante veintidós años.

Desde 1.° de diciembre de 1873 se trasladó a la calle de la Libertad, núm. 18, donde siguió otro largo período; estableciéndose últimamente, el 25 de noviembre de 1895, en el núm. 16 de la misma calle y casas de la *Alhambra*, donde ha tenido por algún tiempo su morada el *Círculo de Bellas Artes*.

Administradores.—D. Agustín Aguirre, hasta 24 de febrero de 1854.

D. José Juanco, hasta su muerte, en 1875.

D. Antonio Hernández Contreras, desde 1875 a 1885.

D. Francisco Boronat y Satorres, desde 1.° de julio de 1885.

Editores responsables.—D. Agustín Aguirre, hasta noviembre de 1852.

D. Agustín del Valle, de 21 de noviembre de 1852. Procesado y puesto en prisión el 26 del mismo, fué absuelto en 10 de diciembre, continuando en su cargo hasta 17 de enero de 1853.

D. Tomás Badía, hasta 18 de febrero de 1854.

D. José Juanco, hasta 1868.

Tamaño del periódico.—El tamaño inicial de *La Epoca* era de 0,397 × 0,276 metros, en el que se publicaron sus cuatro primeros volúmenes. Tuvo un aumento considerable en 1851; pero, en la suspensión que sufrió en 1852, se redujo en una tercera parte, y aunque al recobrar su carácter político volvió al tipo en que había sido suspendido, el inmenso crédito que de día en día alcanzaba y el estímulo del favor público, le hizo tomar las dimensiones que conserva desde el núm. 4.016, correspondiente al 17 de junio de 1861. Estas dimensiones son: 0,559 × 0,400 metros, en cinco columnas.

Primeros elementos característicos y constitutivos de la publicación.—Los primeros artículos políticos firmados por colaboradores extraños a la Redacción fueron los de D. Fermín Gonzalo Morón, titulados: *El partido moderado en el Gobierno desde 1843; lo que ha sido; lo que debe ser.* Se publicaron en los números 65, 67, 68 y 69 de *La Epoca*, correspondientes a los días 17, 19, 20 y 21 de junio de 1849.

Los primeros artículos políticos firmados por redactores del periódico fueron los de D. DIEGO COELLO Y QUESADA, su director, titulados: *Lo pasado y lo presente*, y publicados en los días 5, 6, 8, 10, 12, 16 y 17 de febrero de 1851.



D. LUIS ALFONSO,

CRONISTA Y CRÍTICO DE TEATROS Y DE ARTE DE «LA ÉPOCA» (1881-1892).

El primer artículo político de carácter científico e internacional fué el titulado *El catolicismo y la filosofía*, el cual, escrito desde Berlín en carta al conde de Montalembert por D. JUAN DONOSO CORTÉS, marqués de Valdegamas, simultáneamente se publicó en *L'Univers*, de París, y *La*

Epoca, de Madrid, el 28 de junio de 1849, número 75.

El primer telegrama de carácter oficial que publicó *La Epoca* fué recibido de París por el Gobierno el 3 de julio de 1849, a las tres y media de la tarde, anunciando que «un despacho de Civitavecchia del día 1.º comunicaba que la Asamblea constituyente romana había declarado que cesaba de hacer una defensa que juzgaba ya inútil, y que la municipalidad de Roma se había dirigido al general Oudinot para pedir la capitulación.»

El primer corresponsal que *La Epoca* mandó al extranjero fué D. José Gutiérrez de la Vega, a quien el general D. Fernando Fernández de Córdoba, general en jefe de la expedición que España envió a Roma en auxilio de Pío IX, en 1849, agregó a su Estado Mayor, y quien escribió el diario de aquel suceso, que publicado después en dos tomitos en octavo, se regaló a los suscriptores de *La Epoca*.

El primer corresponsal que *La Epoca* envió a ser testigo y a representarla en un movimiento político interior, fué su redactor D. Antonio Mantilla de los Ríos, que acompañó a Vicálvaro al general O'Donnell en 1854 cerca de su cuartel general, y con él hizo la entrada triunfal en Madrid.

El primer corresponsal a quien *La Epoca* hizo hacer un viaje imaginario y describir en varias correspondencias sucesos que no veía, fué D. José de Castro y Serrano, que desde Madrid escribió para *La Epoca* sus famosas jornadas de la apertura del canal de Suez, con que luego hizo el

libro de *La novela del Egipto*, que se publicó en 1870.

El primer artículo sobre mejoras materiales se publicó en *La Epoca* el 21 de mayo de 1849, número 43. Describía el ferrocarril de Barcelona a Mataró, primero que se construyó en España, y lo suscribía el ingeniero de las mismas obras D. RAMÓN DE ECHEVERRÍA.

El primer folletín que publicó *La Epoca* en su primer número y siguientes fué la novela *Paulina*, de Alejandro Dumas, y por mucho tiempo siguieron dominando esta parte del periódico las novelas que entonces hacían más furor de Dumas, Sué y otros escritores franceses. Sin embargo, en 24 de abril del mismo año de 1849 *La Epoca* comenzó a publicar en el folletín la novela española de don RAMÓN DE NAVARRETE, *Misterios del corazón*, honor que no volvió a alcanzar otro escritor castellano hasta 1856, en que *La Epoca* prohijó también la de D. ANTONIO HURTADO, *Lo que se ve y lo que no se ve*.

Las primeras poesías insertas en *La Epoca* con motivo de la Semana Santa de 1849 fueron la *Inspiración*, que D. JOSÉ ZORRILLA acababa de leer en una de las sesiones del famoso Liceo y unas estrofas *A Jesús sacrificado*, suscritas con las iniciales de D. DIEGO BRAVO DESTOUET.

La primera crítica literaria que se publicó en *La Epoca*, el 2 de mayo de 1849 (núm. 26), fué sobre la *Corona del Dos de Mayo* coleccionada por don Braulio Antón Ramírez. Estos trabajos no abundaron en el principio; pero el segundo artículo crítico

literario que *La Epoca* insertó el 10 de enero de 1852 (núm. 888) lleva la firma de D. Agustín Durán y se ocupa del *Cancionero del siglo XI de Juan Alfonso de Baena*, cuyo prólogo admirable escribió el marqués de Pidal, y las anotaciones don Eugenio de Ochoa y D. Pascual de Gayangos.

La primera recepción académica en la Española de que dió *La Epoca* extensa cuenta fué la de don Fermín de la Puente Apezechea, que ocupó la silla de D. Alberto Lista, y a quien contestó D. Joaquín Francisco Pacheco el domingo 22 de diciembre de 1850 (núm. 557).

La primera *revista de teatros* publicada en *La Época* por *Leporello* (seudónimo de Navarrete entonces), describió la inauguración del teatro Español, erigido por el conde de San Luis, el 11 de abril de 1849 (núm. 7). Se representó la comedia de Calderón de la Barca *Casa con dos puertas* y *La Casa de Tócame Roque*, de D. Ramón de la Cruz. En la primera tomaron parte Matilde Díez, la señora Palma, la señorita Noriega y Romea, Pizarroso y D. Antonio Guzmán, y en la segunda Matilde, Teodora Lamadrid, las señoras Córdoba y Chafino y los Sres. Romea, Sobrado, Guzmán, Caltañazor y Barroso. Asistió la Reina, con toda la corte, y Romea leyó unos versos suyos, que *La Epoca* reprodujo. A *Leporello* siguió en *La Epoca* en las *Críticas de teatros* D. Manuel María Santana.

El primer artículo de salones que publicó *La Epoca*, en su núm. 25, no lleva firma ni seudónimo, pero se comprende quién fué su autor. Apareció

el sábado 25 de abril de 1849 y reseñaba la inauguración del teatro *casero* que S. M. la Reina Doña Isabel II había dispuesto en Palacio. Hubo sinfonía de *La Muta di Portici*; himno cantado, letra de D. Juan Peral y música del maestro Hernando, y se



D. ANTONIO PEÑA Y GOÑI,

REDACTOR LITERARIO Y CRÍTICO MUSICAL DE «LA ÉPOCA» (1887-1896); ACADÉMICO DE BELLAS ARTES.

representaron la comedia original de D. Ramón de Navarrete *Caprichos de la fortuna* y por sainete *Un diablillo con faldas*, arreglado del francés por el mismo autor. Las hicieron los actores del Teatro Español y el aficionado D. Ramón García de Luna. Fué un acto solemne.

El primer crítico musical no lo tuvo *La Epoca* hasta 1852; se llamó D. Nicanor de Regoyos.

El primer artículo político que suscribió en *La Epoca* el autor de esta bibliografía, titulado *La Confederación germánica: Austria y Prusia*, se publicó en el núm. 5.679, correspondiente al 21 de julio de 1866. Fué una profecía de la transformación de Europa: del triunfo todavía problemático de la Prusia sobre el Austria en la guerra de Bohemia. Prusia venció; cinco años después vino la guerra franco-alemana y el vaticinio del novel periodista se vió cumplido.

Como se ve, *La Epoca* desde su génesis, y dentro de los medios materiales de que en aquel tiempo se disponía, imprimió la fisonomía total que ha conservado y conserva esta publicación.

Notas especiales.—Sólo nos contraeremos a dos, entre el número infinito de las que se pudieran sacar de la colección.

El número de *La Época* 920, del día 19 de febrero de 1852, está impreso en papel *verde*, sin haber otro alguno publicado en color.

Había nacido la Infanta Doña María Isabel Francisca el 20 de diciembre de 1851. Al cumplir la cuarentena y al salir la Reina Doña Isabel para hacer la presentación de la tierna Princesa ante el altar de Nuestra Señora de Atocha, la mano vil de un regicida atentó contra la vida de S. M., a quien dejó herida. El día 19 de febrero, al hacer de nuevo su presentación la Reina restablecida, el entusiasmo de Madrid rayaba en delirio. *La Epoca* se publicó en papel *verde*, símbolo de la esperanza;

decoró sus columnas con versos de Martínez de la Rosa, de Ventura de la Vega y de Rodríguez Rubí, entre los 200 poetas, la flor y nata de nuestro Parnaso, que hicieron la apoteosis del día, y describió de una manera magistral el *Alcázar de Segovia* que los artilleros levantaron delante del Salón del Prado; el *Castillo feudal* de los ingenieros en la calle de Alcalá; la *fachada* de Atocha de los Inválidos; el *Arco* de las Cortes, construído por el arquitecto D. Pascual Colomer; la *Pirámide* de la Puerta del Sol, delante de la Casa de Correos; el *Arco* de la Casa de la Villa; el *Monumento* del Prado; las *Columnas de Hércules* del Ministerio de Hacienda; los *Adornos* del Casino de Madrid y la *Iluminación* de los Jardines de Oriente. En cuanto a la parte política, todo reflejaba el amor a la Monarquía y a la dinastía, que ha sido siempre el sentimiento más vivo de *La Epoca* después del de la Patria.

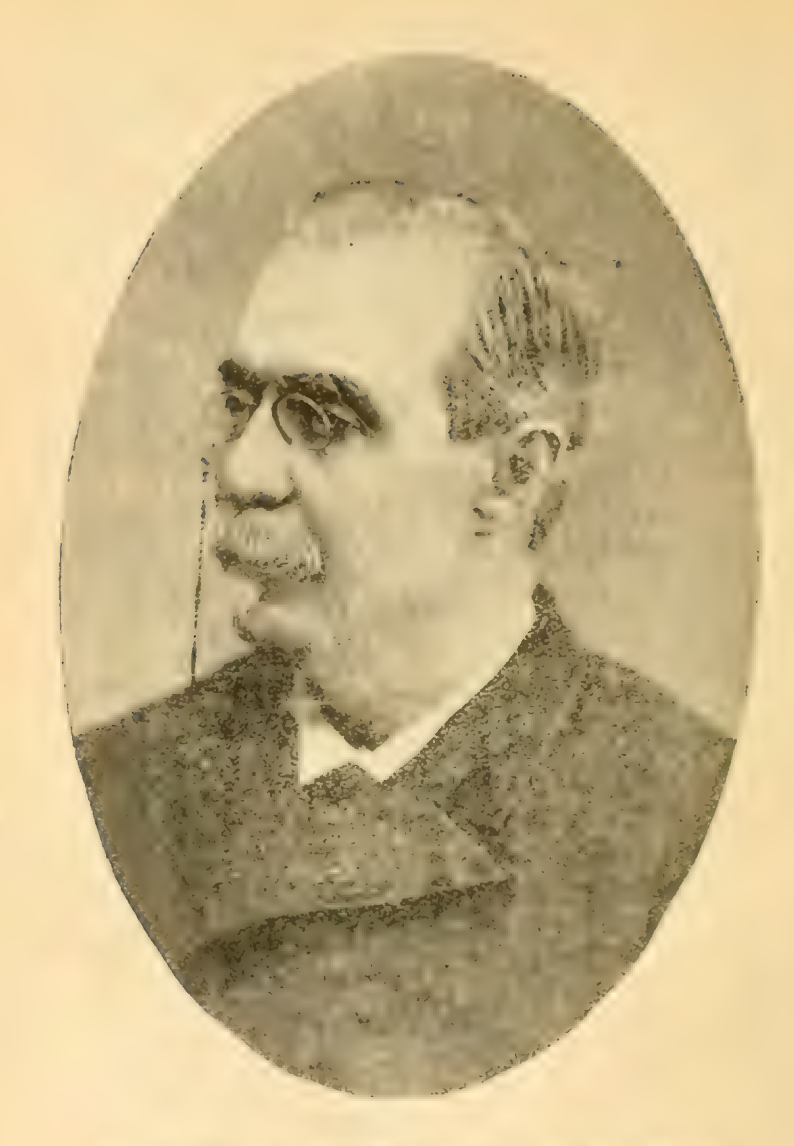
La última nota es de fecha más reciente. El primer suplemento extraordinario ilustrado de *La Epoca* fué el que se publicó el 31 de diciembre de 1890. Algunos de los que lo firmaron ya no existen. Los trabajos literarios fueron suscritos por D. Alfredo Escobar, D. Joaquín Maldonado Macanaz, D. Juan Pérez de Guzmán, D. Leopoldo Calzado, D. Carlos Fernández Shaw, D. Arturo Palma, don Antonio Peña y Goñi, D. Manuel del Palacio, don Gabriel Briones y *Job*. La parte artística representaba un bello cuadro titulado *Amor et labor, Lætitia et pax* y los retratos de S. M. el Rey Don Alfonso XIII y de los Sres. Cánovas del Castillo,

Silvela, Tetuán, Azcárraga, Fabié y marqués del Pazo de la Merced.

¿Cuántos de los que vean este suplemento quincuagenario verán el que *La Epoca* publique al cumplir su primer siglo de existencia?

Juan PÉREZ DE GUZMÁN.

EN EL LXXV ANIVERSARIO DE «LA ÉPOCA»



Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo,

ilustre fundador y jefe del partido liberal-conservador y varias veces presidente del Consejo de Ministros 8 de febrero de 1828-8 de agosto de 1897).

EL LXXV ANIVERSARIO DE «LA ÉPOCA»

En el mes de mayo de 1923, como ya se ha dicho, publicó *La Epoca* su número extraordinario ilustrado conmemorativo del LXXV Aniversario de su fundación, para el cual tuvo la Prensa madrileña amable acogida. Por el interés que pueda ofrecer su texto para los que algún día escriban nuestra historia política y contemporánea, hemos de reproducir aquí los artículos en él publicados, aunque en algunos aparezcan obligadas repeticiones de algo que anteriormente quedó consignado.

La parte gráfica del número conmemorativo estaba compuesta por las siguientes ilustraciones: Retratos de SS. MM. el Rey Don Alfonso XIII, Reina Doña Victoria, su augusta esposa, y Reina madre Doña María Cristina, que con tanta energía, prudencia y gloria para ella desempeñó la Regencia durante la minoridad del Soberano; retratos del fundador de *La Epoca*, D. Diego Coello y Quesada; del primer marqués de Valdeiglesias, D. Ignacio José Escobar, que sustituyó a aquél en la dirección, y del actual director, D. Alfredo Escobar, segundo marqués de Valdeiglesías. Retratos de los

cinco jefes que ha tenido el partido conservador: D. Antonio Cánovas del Castillo, D. Francisco Silvela, D. Antonio Maura, D. Eduardo Dato y el actual, D. José Sánchez Guerra; retrato del decano de los redactores y colaboradores de *La Epoca*, D. Juan Pérez de Guzmán; grupo de la Redacción en 1923 y vista de la casa en que se encuentran instalados las oficinas y talleres, y que es de propiedad del periódico.

La parte literaria aparecía encabezada con los afectuosos escritos que, como homenaje a *La Epoca*, enviaron el jefe del partido, Sr. Sánchez Guerra, y los entonces presidentes de las Cámaras conservadoras, Sres. Sánchez de Toca y conde de Bugallal. A continuación los insertamos, así como los demás trabajos publicados en el número, en algunos de los cuales se han hecho diversas correcciones y adiciones de importancia, y otros artículos nuevos, que complementan los anales de tan larga vida periodística.

TRES HOMENAJES

Del jefe del partido liberal-conservador don José Sánchez Guerra.

La Epoca celebra sus bodas de diamante con la opinión. Sólo quienes tengan exacta idea de las internas dificultades, acrecentadas cada día, de una Empresa periodística, podrán apreciar y medir el esfuerzo meritorio que esa larga y honrada existencia supone como labor perseverante y abnegada.

A través de los tiempos, con vida incorporada a la historia de nuestra Patria, *La Epoca* ha visto desaparecer y cambiar hombres e instituciones, orientando siempre sus propagandas y trabajos al servicio de convicciones y en defensa de las ideas fundamentales que hoy mismo le sirven de bandera. En este periódico trabajaron y se desenvolvieron grandes inteligencias y plumas brillantísimas. Los nombres de los Escobar, Maldonado Macanaz, Coello, Cos-Gayón, Fabié, Alvarez Bugallal y tantos otros son al par en estas columnas lección y ejemplo, y estamos seguros de que si nuevamente llegaran días de peligro y de combate para las ideas y doctrinas que *La Epoca* defendió siempre,

los que ahora forman su brillante y culta Redacción podrían repetir la frase sublime del sargento francés en una de las trincheras del frente atacada furiosamente por los alemanes: *debout les morts!*, e inspirados en el glorioso ejemplo de sus predecesores, sacarían a salvo los principios esenciales que son credo y razón de existencia del partido liberal-conservador.

JOSÉ SÁNCHEZ GUERRA.

De D. Joaquín Sánchez de Toca, presidente del Senado.

Me identifico cordialísimamente en sentimientos y afectos con todo lo que significa este septuagésimoquinto aniversario del nacimiento de *La Epoca.*

Lo más expresivo en cuanto a mi modo de sentir, como lector asiduo de *La Epoca*, se sintetiza en expresar que, desde que tengo uso de razón, me queda memoria de que en nuestra casa fuímos suscriptores constantes de *La Epoca*, y que, por mi parte, de ningún periódico tengo recortados tantos artículos como de este diario, decano de los supervivientes de la Prensa de Madrid.

J. S. DE TOCA

Del conde de Bugallal, presidente del Congreso de los Diputados.

Nacido yo de familia conservadora y apasionado por los principios que informan este partido,

MADRID.— Lunes 2 de Abril de 1923

LA ÉPOCA

ÚLTIMOS TELEGRAMAS Y NOTICIAS DE LA TARDE

UNA REUNIÓN DE FAMILIA

EL DÍA POLÍTICO

EL PROGRAMA MARROQUÍ

La flota inglesa en Villagarcía

Asesinato de un diputado turco

NOTICIAS DE PALACIO

DESPACHOS TELEGRÁFICOS

INFORMACIONES

Capilla pública en Palacio

TEATRO REAL

EL COMERCIO ESPAÑOL EN ULTRAMAR

El Rey preside la inauguración del Congreso

NÚMERO DE «LA ÉPOCA» DEL 2 DE ABRIL DE 1923, AL ENTRAR EN EL AÑO 75 DE SU PUBLICACIÓN.

(FORMATO DE 57 × 40.)

casi desde el momento en que fueron expuestos por su ilustre fundador, no podrá extrañar a nadie mi devoción por *La Epoca*, donde, si no aprendí a leer, como el sargento García en la Constitución de 1812, empecé a adquirir el conocimiento de la política en sus desenvolvimientos prácticos y a admirar a los hombres que combatieron a nombre de la minoría liberal-conservadora en las Cortes Constituyentes de 1869.

Los mismos que discutían en las Cortes escribían frecuentemente en *La Epoca*, y en especial lo hacía muy asiduamente aquel ministro de Gracia y Justicia de 1879, 1880 y 1881, bajo la presidencia de Cánovas del Castillo, D. Saturnino Alvarez Bugallal, de buena memoria para todos, de memoria devotísima para quienes oímos en la intimidad sus juicios y consejos, y cuya firma puede leerse todavía en Códigos y leyes vigentes, que representaron en su día hondas reformas jurídicas.

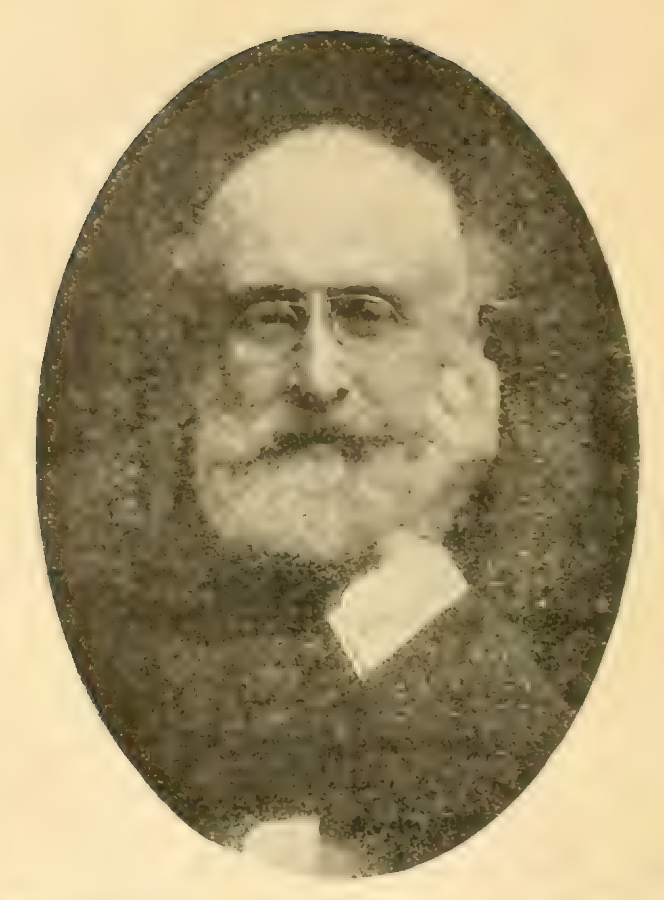
Era Alvarez Bugallal redactor de planta de *La Epoca* en 1858, cuando se disponia a convocar nuevo Parlamento el Gobierno de la Unión liberal; y sin más precedente que éste, sin amparos efectivos de ninguna clase ni gestión alguna de su parte, se vió llamado por el ministro de la Gobernación de aquel Gabinete, D. José de Posada Herrera, quien le comunicó su deseo de aprovechar las aptitudes que revelaban sus artículos de *La Epoca* en beneficio de aquel Gobierno, con cuyas ideas coincidían las que Alvarez Bugallal sustentaba, como las de casi todos los hombres que luego formaron el partido liberal-conservador.

Alvarez Bugallal perteneció por primera vez a aquellas Cortes, y siguió perteneciendo a las sucesivas, hasta su fallecimiento. Sabido es que entonces todos los periódicos respondían a una tendencia política muy significada y apoyaban o combatían resueltamente a los Gobiernos, formando los principales viveros de que se nutrían los partidos y los Parlamentos, y no era raro que las personas que se hallaban a su frente alternasen el ejercicio de la palabra y el de la pluma.

Cuando yo vine a Madrid traía como ilusiones la de oír y admirar de cerca a Cánovas y la de escribir en *La Epoca*. Tuve ocasión de realizar la primera, pero apenas pasé de tímidos tanteos en cuanto a la segunda, por haber tomado mi vida otras direcciones que me apartaron de tal camino; pero aun recuerdo la emoción con que llevé algunos escritos al primer marqués de Valdeiglesias y la bondad con que los acogía.

Ahora, al celebrar *La Epoca* el LXXV aniversario de su fundación, viene inevitablemente a mi memoria el culto que en mi casa ha recibido siempre este periódico, unido a los nombres de quienes con él desenvolvieron su vida pública y luego obtuvieron mi devoción fervorosa: Cánovas, Silvela, Alvarez Bugallal...

GABINO BUGALLAL.



EXCMO. SR. D. FRANCISCO SILVELA Y DE LE VIELLEUZE,

PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS Y JEFE DEL PARTIDO LIBERAL-CONSERVADOR (DICIEMBRE DE 1843-MAYO DE 1905).

EL PARTIDO LIBERAL-CONSERVADOR

Otros compañeros hablan, en diversos artículos, de la historia interna de *La Epoca;* yo voy a hacerlo de la externa, que equivale a hablar de la del partido liberal-conservador. Cierto que éste, con su denominación de tal, es de nacimiento bastante posterior al de nuestro periódico; pero tuvo un antecedente histórico indudable en la historia de España, que fué la *Unión liberal*, y a ese antecedente aparece adscrita e incorporada la vida de *La Epoca*, habiendo recibido su verdadero primer director, D. Diego Coello (ya que el Sr. Navarrete lo fué de modo efímero), inspiraciones directas y constantes del general O'Donnell, fundador de la Unión liberal.

El germen de ésta, su exteriorización doctrinal, se halla en el Manifiesto de Manzanares, y el redactor del mismo fué D. Antonio Cánovas del Castillo, el genial restaurador del orden en España, que, para consolidarlo y hermanarlo con el progreso, dijo que era el continuador de la historia patria. Y de tal modo ese espíritu de ponderación y armonía entró en las columnas de *La Epoca*, de-

fensoras un día de O'Donnell, después de Cánovas, que dijérase es algo consustancial a ellas, que ha dominado a cuantos las escribieron, que se ha impuesto a quienes desempeñaron algún papel directivo en la casa, en estos tres cuartos de siglo de vida.

La constancia en la doctrina, la prudencia en el juicio, la consideración a las personas, han sido ejecutorias del periódico desde el primero de sus números. ¡Valor inmenso, si se tiene en cuenta la época tormentosa en que apareció! El propio don Antonio Cánovas, en la Introducción que escribió al libro de Pérez Díaz, *Los problemas del socialismo*, la ha descrito con trazos inimitables de su vigorosa pluma.

Levantamientos populares en Berlín y Viena; discusión de los derechos eslavos en Praga y de los germanos en Francfort; el Soberano Pontífice obligado a marchar, solo y disfrazado, de sus señoríos del Tíber; el socialismo, adueñándose de las conciencias y estimulando las ambiciones... Y en medio de ese ambiente, de inquietud mundial, España, sosteniendo aún luchas civiles, con colonias distantes, con Hacienda averiada... ¡Así nació *La Epoca* para vivir en lucha perpetua por el ideal, pero en alianza ininterrumpida con la serenidad de juicio!

«Queremos—decía, entre otras cosas, el Manifiesto de Manzanares—la práctica rigurosa de las leyes fundamentales, mejorándolas...; queremos la rebaja de los impuestos, fundada en una estricta economía; queremos que se respeten en los em-

pleos militares y civiles la antigüedad y los merecimientos; queremos arrancar los pueblos a la centralización que los devora, dándoles la independen-



ILMO. SR. D. MARIANO MARFIL,

REDACTOR-JEFE DE «LA ÉPOCA» Y EX SUBSECRETARIO DE LA PRESIDENCIA DEL CONSEJO.

cia local necesaria para que conserven y aumenten sus intereses propios.» Y seguía una apelación a la voluntad nacional, que sería acatada y respetada.

Y nosotros, que hemos repasado las amarillentas hojas de la colección de *La Epoca*, no hemos visto nunca nada que se contradiga con ese programa de 1854; y en los años que llevamos contribuyendo a su Redacción, tampoco recordamos nada que se separe de esas ideas cardinales, que por ser de orden, de justicia y de derecho, permanecen inmutables.

*

No fué bastante la labor de O'Donnell para evitar la revolución, pero apenas efectuada ésta, se comprendió la necesidad de cerrar ese paréntesis, en el que amenazaba extinguirse la vida de España. La Unión liberal, fundada por O'Donnell, había sido un movimiento natural de opinión, en el que como ha dicho un historiador, convergieron dos corrientes opuestas: la de los progresistas que querían Gobiernos fuertes y estables, que consolidasen la paz interior, y la de los que se sentían conservadores, pero no reaccionarios. Fué algo así como un partido central que repudiaba a la derecha el despotismo, y a la izquierda la anarquía.

Era tan sano el propósito que el éxito fué indudable, y así en torno a O'Donnell y Posada Herrera se congregaron hombres de tan distintas procedencias como Martínez de la Rosa e Istúriz, desgajados de los moderados, y Lafuente, Cortina, Prim y D. Cirilo Alvarez, separados del progresismo.

En este propósito perseveró al hacerse la restauración Cánovas del Castillo, y por eso al parti-

do se le dió el título de liberal-conservador, etiqueta que cuidadosa e intencionadamente renovó don Eduardo Dato. «La revolución de 1868—dijo el Sr. Cánovas en un discurso memorable que pronunció en el Congreso el 11 de julio de 1879—fué ocasionada por la división del partido monárquico: los unos se quedaron del lado de acá de Alcolea; los otros pasaron del lado de allá. Por eso todos mis esfuerzos se dirigieron a conciliar a todos los monárquicos, y cuando lo conseguí no llamé *Restauración* a la contrarrevolución, sino *Conciliación.*» ¡Pues bien puede decirse en verdad que este concepto no estuvo ausente un solo instante de la mente de Cánovas!

*

Relatar la historia del partido liberal-conservador a partir de Cánovas sería incurrir en repetición de lo que está en la memoria de todos. Si restauró con la Monarquía la paz y el orden, bien puede asegurarse que ese caudal jamás ha sido malbaratado. Al morir Don Alfonso XII, el señor Cánovas entregó el Poder, y no volvió a significar impaciencia para recobrarlo; al perderse el imperio ultramarino, el Sr. Silvela cuidó mucho en su gobernación de exaltar las virtudes ciudadanas y aprovechar todos los movimientos sanos que entonces se dibujaban; al tratar de remediar las averías de la Hacienda, fué el partido liberal-conservador el que destacó de entre sus filas a Villaverde para que así lo hiciera, imponiéndose a todos con autoridad; y cuando hubo algaradas revoluciona-

rias, como en 1909 y 1917, fueron los señores Maura y Dato quienes, respectivamente, al frente del partido liberal-conservador las enfrenaron, consolidando el orden.

Esas causas son las que ha servido *La Epoca*, y lo hizo con tal abnegación y patriotismo, que laboró no sólo por los suyos, sino por los adversarios. Constantemente excitó a las oposiciones monárquicas liberales a que se unieran y robustecieran para ser un instrumento de gobernación, un apoyo eficaz del Trono. Lo mismo cuando D. Venancio González anunció la unión de liberales y constitucionales, que cuando el fusionismo, que cuando los intentos de Canalejas para formar un gran partido democrático, que ahora con la concentración que preside el marqués de Alhucemas, los jefes del partido liberal-conservador, de Cánovas a Sánchez Guerra, y *La Epoca*, interpretando su pensamiento, coadyuvaron a esas uniones.

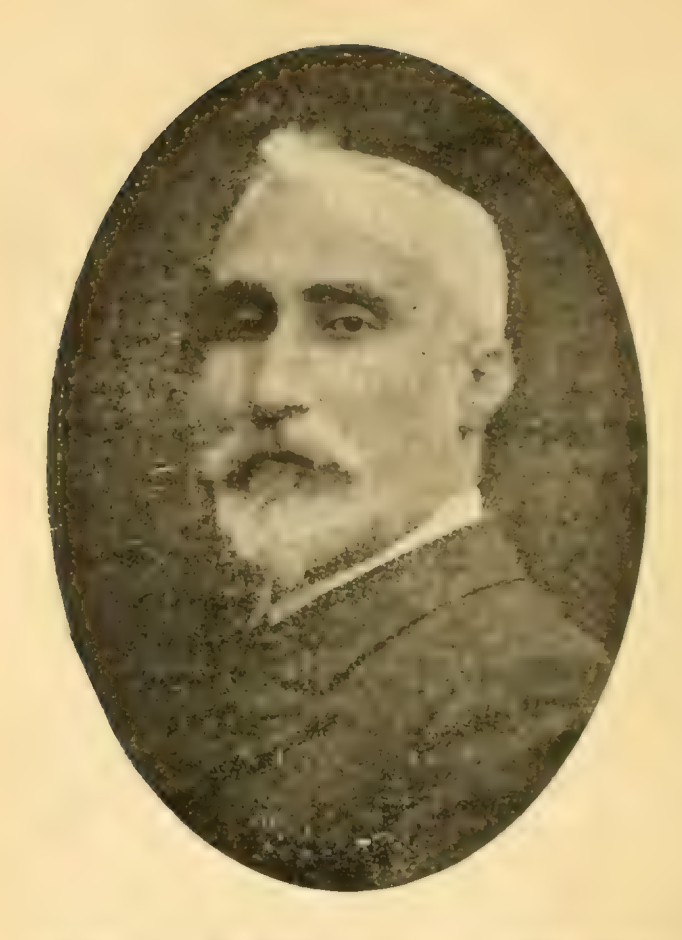
El partido liberal-conservador se caracterizó por la firmeza en el cumplimiento de su deber. Fué mal correspondido en los deberes gubernamentales por los adversarios; fué perseguido modernamente por los que, habiéndose quedado sin partido, no querían que nadie lo tuviera; fué lanzado del Poder con precipitación en algunas ocasiones; fué víctima de los errores de sus propios jefes; perdió dos jefes asesinados; vió cómo otro jefe abandonaba el mando; cómo se entendían los jefes de otros grupos para constituír Gobiernos heterogéneos, sin otra finalidad que la de ir conquistando posiciones a los conservadores...

Pese a todo, por encima de orfandades y disidencias, contra ataques francos y encubiertos, el partido liberal-conservador mantuvo la esencia de su doctrina, sin vacilaciones y sin desmayos. Los liberales han abandonado el liberalismo, para plegarse a las teorías proteccionistas necesarias en España, en la medida que Cánovas defendió y explicó; los liberales han abandonado el individualismo, transformándose en intervencionistas, corriente inaugurada por D. Eduardo Dato. El partido liberal-conservador no ha sentido vacilaciones, ni ha tenido cambios. Sus doctrinas persisten, con la evolución que exigen los tiempos; pero no volviendo del revés el pensamiento.

Esa doctrina ha sido interpretada, expuesta y vulgarizada constantemente por *La Epoca*, y para orgullo de los que la redactaron y norte de los que hoy lo hacemos, puede decirse que jamás, al abrirse la colección del periódico, se halla un artículo que hoy no pudiera reproducirse. Si las variaciones son hijas del error, bien puede asegurarse que, en setenta y cinco años de vida, *La Epoca* no ha tenido maridaje con él.

Al volver la vista atrás ocurre en *La Epoca* y al partido liberal-conservador algo semejante a lo de un caminante por áspera cuesta: cobra alientos con lo recorrido para seguir imperturbable la ascensión. Y en las cuestas espirituales, es el mejor báculo un tesoro de tradición que pueda exhibirse con orgullo.

MARIANO MARFIL.



Excmo. Sr. D. Antonio Maura y Montaner,

ex presidente del Consejo de ministros y ex jefe del partido liberal-conservador, director de la Real Academia de la Lengua.

«LA ÉPOCA» DESDE SU NACIMIENTO A LAS BODAS DE ORO

El domingo 1.° de abril de 1849, apareció el primer número del diario *La Epoca*. En las apretadas letras de sus cuatro páginas, alentaba, sin duda, la firme voluntad de arraigar en la opinión española.

Siendo tal anhelo característico de cuantas empresas acomete el hombre, es natural que al tiempo cumpla, la tarea de discernir, en cada esfuerzo, lo necesario de lo superfluo.

Si un periódico acierta a dar con la razón suficiente de su existencia, el periódico vive. En otro caso, muere. *La Epoca* sobrevivió a su primera generación de lectores, y a todas las sucesivas, hasta la presente.

Así, al tomar hoy en nuestras manos el ejemplar primero de *La Epoca*, el alma no recibe ese sedimento de melancolía, que es el precipitado lógico de toda contemplación orientada a lo efímero o extinto. Ni sentimos frialdad de cenizas, sino ca-

lor de semilla. Desde aquellas hojas—amarillas y agrietadas—llega hasta nosotros un continuado y fecundo aliento vital.

*

El número primero de *La Epoca* es de un formato que persiste hasta el año 1851. A quien guste la precisión en los datos, brindamos el siguiente: Las dimensiones de *La Epoca* en ese primer período de su existencia son las de 0,397 × 0,276 metros. Y el texto aparece distribuído en tres columnas, salvo la cuarta página, que, en parte, se reserva a los anuncios.

Encabeza este ejemplar inicial de nuestro periódico una referencia de las sesiones de Cortes. El Senado, bajo la presidencia del marqués de Miraflores, aprueba un dictamen de la Comisión mixta sobre caminos transversales, y comienza a discutir el proyecto de ley sobre dotación de los directores de caminos vecinales. El Congreso, bajo la presidencia del Sr. Mayans, se ocupa en los debates suscitados por varios dictámenes de la Comisión de peticiones.

Viene luego, en folletín, un artículo de *Leporello* (D. Ramón de Navarrete), sobre teatros. Después. un folletín verdadero: *Paulina*, novela de Alejandro Dumas. Una sección destinada a la revista de la Prensa. El artículo de presentación y saludo. Una serie de noticias sueltas, cuyo conjunto forma un panorama nacional de escasa placidez: incursiones de facciosos catalanes en tierras de Maes-

trazgo; hallazgo en un lugar segoviano de 90 fusiles ingleses y 35 bayonetas; fracaso en Motril de un movimiento revolucionario...

La situación general de Europa, después de las «tormentas del 48», es peor aún. España, al menos, pese a las amenazas de los progresistas y al ir y venir de los leales a Montemolín, tiene aún —leemos en el primer editorial del periódico—«lo más importante, lo más difícil de conseguir en Europa: el orden y un Gobierno». Justamente, para mantener el uno y sostener el segundo, *La Epoca* defenderá la alianza entre la libertad y la ley.

*

El primer director de *La Epoca*, por un sólo día, fué D. Ramón de Navarrete: prosista de varias aptitudes, que se escondió para el ejercicio de cada una de éstas tras un seudónimo distinto: *Leporello*, como crítico de música y teatros; *Pedro Fernández*, primero, y *Asmodeo*, después, como cronista de salones: el primer cronista de salones que ha tenido la Prensa española, tanto en orden al tiempo como en cuanto a las calidades literarias. Secundáronle en la Redacción del periódico un lucido, si bien escaso, grupo de periodistas: D. Diego Coello y Quesada, que a poco asumió la dirección de *La Época*, y recabó para sí las secciones política y económica; D. Francisco de P. Madrazo, que extractaba las sesiones de Cortes y hacía fondos y sueltos, indistintamente; D. Diego Bravo Destouet, traductor del folletín y reseñero de la Prensa ex-

tranjera; D. Jacobo Rebollo, taquígrafo y confeccionador; y el administrador, D. Agustín Aguirre.

Habida cuenta de los escasos medios de comunicación y del reducido ámbito social de Madrid, se advertirá sin esfuerzo que los servicios del periódico no requerían mayor suma de asistencias. Los partes que facilitaban la Agencia Havas y las *Hojas autógrafas* de D. Manuel María de Santa Ana eran los únicos medios de que podía valerse la Prensa de la Corte—y *La Época*, por ende—, para ponerse en contacto con el mundo. De suerte que, en punto a la información, los periódicos no podían entablar reñidas emulaciones. La competencia más bien era resultante del contrapuesto juego de ideas e intereses políticos. Cada partido tenía su órgano, y al sostenimiento de éste subvenía la masa general de correligionarios.

De inequívoca filiación moderada los elementos que daban vida y rumbo a *La Epoca*, no podía ésta, sin embargo, aspirar a ser la definidora en la Prensa de tal comunión... porque en ella ya había prendido el gérmen disociador, o renovador más bien, por cuya virtud no tardó en nacer la *Unión liberal* del seno mismo del partido moderado.

En los primeros años de *La Epoca*, la voz oficiosa del ministro Sartorius la llevó *El Heraldo*, diario de la tarde, «político, religioso, literario e industrial», dirigido, sucesivamente, por el propio Sartorius, Díez-Canseco y D. José María de Mora. Diarios progresistas eran a la sazón *El Eco del Comercio*, fundado por Iznardi, y *El Clamor Público*, que dirigía D. Fernando Corradi. «Periódico

de Gobierno» se denominaba *La España*, creado y dirigido por Egaña.

Carlista a banderas desplegadas era *La Esperanza*, que aparecía regido por D. Pedro La Hoz. Y



EXCMO. SR. D. JOAQUÍN MALDONADO MACANAZ,

REDACTOR DE «LA ÉPOCA», CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL Y ACADÉMICO DE LA HISTORIA (FEBRERO DE 1833-SEPTIEMBRE DE 1901).

no hemos de omitir la referencia de *La Nación*, el periódico de Antonio Flores y de Montemar; ni *La Patria*, a cuya corta vida van asociados cuatro nombres de singular y vario prestigio: Joaquín Francisco Pacheco, Antonio Benavides, Antonio Cánovas del Castillo y Eulogio Florentino Sanz.

Entre las zonas de los respectivos lectores, hubo de buscar *La Epoca* su peculiar masa de opinión, que reclutó sin tardanza, más por la defensa genérica que de los grandes principios sociales realizaba, que por su adscrición a una política determinada. La neutralidad, empero, no era posible en época tan ardiente y movida de pasiones, y don Diego Coello que, con mano experta, regía el periódico, no halló figura que ganase en prestigio y eficacia patriótica a la de D. Leopoldo O'Donnell, centro de las esperanzas mantenidas por quienes soñaban con una firme autoridad personal, que fuera bastante a superar los extremismos en lucha, para bien de España y de su institución real.

Don Diego Coello y Quesada, jiennense ilustre, escritor, político y diplomático, dirigió *La Epoca* hasta 1866. En los diecisiete años que duró la etapa de su mando en esta casa, el periódico prosperó de modo notorio, mereció las preferencias de la aristocracia tanto como de la burguesía, y ganó ese limpio blasón que es en nuestra ejecutoria, acaso el mejor de sus timbres: la templanza en el juicio, la solvencia moral, el exquisito respeto a toda persona digna y a toda idea sincera.

No era poco ostentar tales características en tiempos, como los postreros del reinado de Doña Isabel II, de enconadas contiendas y de vigilantes recelos, *La Epoca*, leal a su divisa, estuvo con O'Donnell antes y después de la acción de Vicálvaro y del famoso manifiesto de Manzanares. Un redactor, D. Antonio Mantilla de los Ríos, luego marqués de Villamantilla, presenció aquellas operaciones de

singular influjo en la marcha de la política interior. Como seis años más tarde, otro redactor de *La Epoca*, D. Carlos Navarro Rodrigo—ministro de la Corona, tiempo adelante—, se agregó al cuartel general de D. Leopoldo O'Donnell, en la campaña de Africa. De esta suerte, contribuía nuestro periódico a la consolidación en la Prensa de un hábito que es hoy ya verdadera necesidad: la presencia del periodista dondequiera que se halle emplazada la actualidad: cerca o lejos, amena o peligrosa... Sin olvidar el nombre de otro colaborador viajero de *La Epoca*, D. José Gutiérrez de la Vega, que hubo de incorporarse al Estado Mayor del general Fernández de Córdova, jefe de la expedición militar enviada a Roma en auxilio del Pontífice Pío IX. Las crónicas de Gutiérrez de la Vega reunidas en dos tomitos en octavo, fueron regaladas a los suscriptores de *La Epoca*.

*

Incidencias habidas en el período de dirección, del primer conde de Coello de Portugal son éstas; el 4 de mayo de 1852 deja de publicarse *La Epoca* para reaparecer con el nombre—bien pronto abandonado—de *La Epoca Actual* en 18 de junio inmediato. Nueva interrupción desde el 27 de junio de 1854—víspera del pronunciamiento en el Campo de Guardias de la caballería mandada por el general Dulce—al 4 de julio siguiente: fecha en que publica O'Donnell la proclama de Aranjuez contra el «Ministerio de los agios», que a la postre es de-

rribado, triunfando aquél y «cumpliéndose la voluntad nacional», tal como aparecía representada en Espartero y O'Donnell, circunstancialmente unidos. Publicación de un número extraordinario el 19 de febrero de 1852, tirado en papel verde, «símbolo de la esperanza», para celebrarla frustración del atentado del cura Merino, contra Doña Isabel II. Ampliación en las dimensiones del periódico, que, a partir del 17 de junio de 1861, cuenta 559 milímetros de largo por 400 de ancho de formato, con las cinco columnas actuales.

Al cesar en la dirección de *La Epoca* D. Diego Coello, entró a desempeñar aquel cargo D. Ignacio José Escobar, quien desde 1854 había ya incorporado su valioso esfuerzo a nuestro periódico. Precisamente coincidía la mutación de personas—no de rumbos—con una visible intensificación en las turbulencias políticas reinantes.

El nunca desmentido dinastismo de *La Epoca* había de pasar por duras pruebas, todas salvadas con acendrada lealtad. El trono de Isabel II estaba próximo a su caída, y la gran masa de los hombres públicos—muertos ya O'Donnell y Narváez—no sentía empacho en coadyuvar a la obra revolucionaria. Las lises borbónicas continuarían cifrando los ideales políticos de *La Epoca*, no obstante la derrota de Alcolea. Una lucha dura quedaba de hecho entablada. Las damas que pintara Madrazo abandonaban la Corte y triunfaba el tropel de militares y políticos, que tantas veces caricaturizara Ortego.

*

El periodismo español guarda una imprescriptible deuda de gratitud para D. Ignacio José Escobar, primer marqués de Valdeiglesias. Periodista en tiempos propicios, cual ninguno lo ha sido tanto, a la carrera política de alto porte, jamás quiso dejar de serlo. Fué diputado, vicepresidente del Congreso, presidente de la Comisión de Presupuestos; formó parte del Consejo de Estado, desempeñó con ejemplar diligencia comisiones políticas de diversa índole; pero nunca hurtó lo mejor y más entusiasta de su esfuerzo a las empresas periodísticas y todas las ilusiones de su vida las hizo depender de *La Epoca*, con la que contrajo verdaderos desposorios ideales. Quien estudie la confusa historia de aquellos años de indecisión que median entre Alcolea y Sagunto, no podrá por menos de reconocer la inalterable rectitud en la conducta seguida por Escobar y su diario en servicio de la Monarquía derrocada.

Martínez Campos dió el primer grito, que bastó, Cánovas consolidó la obra, que él mismo habia preparado, y Escobar fué el que desde las columnas de *La Epoca* mantuvo el fuego sagrado, a través de las contrariedades, para edificación y enseñanza de los adeptos, y quien antes había servido de enlace con frecuentes viajes al extranjero y con misiones delicadísimas para hacer el camino a la Restauración. Conoció el Saladero; pero cúpole no mucho más tarde la satisfacción de ver entrar en Madrid al Monarca que representó la Paz, a la vez que el Derecho.

Compañeros de Escobar en la confección de *La*

Epoca fueron periodistas de distinta talla, unos más notorios que otros, pero todos buenos ejemplares de esta profesión tan abnegada y entusiasta. Al reconstruír la nómina de redactores en el largo lapso de tiempo que va entre los fundadores del periódico y quienes lo redactaban al morir el primer marqués de Valdeiglesias en 1887, es más que probable nuestra caída en omisiones.

Algunos redactores de *La Epoca*—bastantes—han llegado a los Consejos de la Corona y a las Academias. Pero son muchos los que, atados de continuo a la galera periodística, no tuvieron tiempo de intentar labor alguna que les salvase del anónimo o del olvido. A todos va hoy nuestro recuerdo más cariñoso y nuestra oración más conmovida: Cipriano del Mazo, Antonio Flores, Fermín Gonzalo Morón, Heriberto García de Quevedo, Salvador López Guijarro, Saturnino Alvarez Bugallal, Andrés Borrego, Manuel Manrique, José Lorenzo Figueroa, Pedro Antonio de Alarcón, Fermín Figueras, Zacarías Casaval, Gabriel Enríquez Valdés, José Bisso, Pedro Antonio Montes, Barrié y Agüero, Pérez Garcitorena, Manuel de Candalija, Joaquín Maldonado Macanaz, Julio Nombela, Carlos Coello, Julián Sabando, Fernando Cos Gayón, José de Castro y Serrano, Vallejo Miranda, Alcalá Galiano, Carlos Frontaura, José Fernández Bremón, Eleuterio Villalba, Mariano Guillén, Alama y Montes *(Wanderer)*, Fernández y González, José Eugenio Flores, Manuel Tello, Arcadio Roda... Unicamente sobreviven de esta época—y vivan aún mucho tiempo—D. Juan Pérez de Guzmán y D. Ramón

de Cárdenas, más moderno que aquél en nuestra casa, retraído de ella a la hora presente por los achaques de su edad.

A propósito del Sr. Pérez de Guzmán: este ilustre académico, a quien los estudios históricos deben tanta aportación provechosa, dirigió *La Epoca* du-



D. MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO,

REDACTOR Y CRÍTICO TEATRAL DE «LA ÉPOCA».

rante un breve intermedio en la gestión directorial de D. Ignacio José Escobar: desde 1.° de febrero de 1876 al 17 de julio de 1877. Como directores de nuestro periódico que lo han sido en etapas fugacísimas, hay que mencionar también a D. Juan Mañé y Flaquer, el prestigioso maestro del *Diario de Barcelona*, y a D. Gabriel Estrella, escritor de buena cepa, varias veces diputado y consejero de Ultramar.

No cerremos este párrafo sin enumerar los redactores de *La Epoca* que, al margen de las actividades genuinamente periodísticas, cuidaron de una sección determinada hasta 1887. La crítica de teatros estuvo desempeñada por el antes citado Navarrete, por Luis Alfonso y por Pedro Bofill. La musical, también por *Leporello*, y luego, por José María Goizueta y por el ilustre Peña y Goñi, que tan rudas peleas libró en defensa de la música de Wagner.

Crónicas militares hallamos en la colección de *La Epoca* que rápidamente estamos revisando, suscritas por el marqués del Duero, los generales Gómez de Arteche y Sánchez Bregua, Coello, el marino S. Patero y Antonio Goicorrotea. Escribieron de arte el conde de Morphy, el señor Badía y un ilustre amigo que aun lo es, no sólo en el recuerdo, sino también en la vida: D. Enrique de Leguina, barón de la Vega de Hoz.

Y pensamos que acaso quede menos incompleta la referencia, si citamos el nombre del conde de Sanafé *(Acteón)*, corresponsal mucho tiempo en la capital de Francia, el del conde de Casa-Miranda, y si evocamos la grata memoria de Eusebio Blasco, el cronista amenísimo de *París-Madrid*.

Al fallecer en 1887 D. Ignacio José Escobar, que aun no había decaído en el fecundo ejercicio de sus actividades mentales, pasó nuestro periódico a ser regido por su hijo D. Alfredo, que desde entonces acá no se ha separado un sólo día de estas hojas. En todos y en cada uno de sus números está presente la pluma del segundo marqués de

Valdeiglesias, redactor desde 1876. Y no sólo el testimonio escrito de la dura labor prestada, sino también la prueba difusa de su constante actuación, concentrando la obra de todos, dirigiendo, orientando, organizando, velando por acrecer, si posible fuera, el prestigio literario y político de esta publicación.

La Redacción estaba compuesta por elementos que, según cronología, hallábanse distantes de los fundadores, pero que, según entusiasmo y convicciones, participaban de análogo amor a la creación común.

Hay que citar aquí los nombres de Maldonado Macanaz, Gómez de Baquero, Leopoldo Calzado, competentísimo redactor financiero; de Julio Burell en la plenitud de su fulgurante prosa; de Francisco y Cristóbal Botella, de Guillermo Rancés, el periodista intencionadísimo; de Ernesto Rapela, de Javier Betegón, de José Alcázar, de Mariano Guillén, D. Manuel y D. Joaquín Tello, de Carlos Fernández Shaw, de Alfredo García López, Manrique de Lara, de Pérez Magnín, de Angel Febrer, de Carlos Palma, de Lapoulide, de Augusto Barrado, de *Zeda*, ilustre crítico de teatros; de Cecilio Roda, musicógrafo muy distinguido; de Alberto Pérez Cossío, de Mariano Barber, de Eduardo Montesinos, de Juan Reza, de Adolfo Fernández Brañas y de Enrique Gálvez.

De este núcleo de redacción que en 1898 pudo celebrar las bodas de oro de *La Epoca*, sobreviven los antes citados Gómez de Baquero, Ramón de Cárdenas, Eduardo Montesinos y Rodrigo Soria-

no, entre otros, a más de Cristóbal Botella, también nombrado líneas arriba. La edad, la necesidad del descanso o direcciones políticas y profesionales distintas, han alejado a aquellos compañeros de la diaria labor. Sólo queda un redactor que en estos últimos treinta años no ha dejado de poner un sólo día su pluma sobre las cuartillas de nuestra redacción: Gabriel Briones.

MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO.

ALGUNOS RECUERDOS DEL SIGLO PASADO

Si al cumplir *La Epoca* setenta y cinco años de edad pretendiese yo recordar algo de su fisonomía histórica, no me sería preciso recurrir a su colección para el acopio de datos. Apenas si tendría que buscar en sus hojas—de creciente amarillez—lo que íntimamente está unido, en no pequeña parte, a mis propios recuerdos.

Las memorias de *La Epoca*, en parte, son mis memorias, si bien, afortunadamente, no coinciden nuestras respectivas cronologías.

Mis primeros recuerdos, en efecto, a *La Epoca* hacen referencia. Cuando mi espíritu de niño comenzó a despertar a la vida de las primeras sensaciones precisas, nuestro periódico ya contaba con algunos lustros de vida. Me fué dado alcanzar a algunos de sus primeros redactores.

La Epoca estaba instalada en aquel tiempo—los últimos años del reinado de Doña Isabel II y principios de la Revolución de septiembre—en un caserón muy viejo, y como tal destartalado, de la calle de las Torres, señalado con el número 11, calle que hoy lleva el nombre de Marqués de Val-

deiglesias; justamente en la esquina a la calle de la Reina, que ahora ocupa la confitería y *Tea-Room* de Molinero.

Mi padre, para mayor seguridad de su asiduo trabajo en la Redacción, se trasladó al piso principal del mismo edificio, tan pronto como lo desalojó D. Diego Coello y Quesada, al ser designado éste para un cargo diplomático. Hasta entonces habíamos vivido en la calle de Santo Tomás. Yo recuerdo—¿cómo he de olvidar las horas de mi niñez?—que algunas mañanas, al filo del mediodía, placíame acompañar al criado que, desde mi casa de esta última calle, llevaba a la Redacción, en una fiambrera, el almuerzo de mi padre.

Cierro los ojos y el corazón me ofrece, en rasgos acusados, la imagen de quien me dió el sér: sonriendo siempre, medio oculto tras un gran montón de Prensa nacional y extranjera, que él iba leyendo, recortando, distribuyendo, utilizando, para su trabajo diario y el de los redactores. Almorzábamos juntos algunos días, entre el silencio de la Redacción, abandonada por todo el personal a la hora clásica de la refacción cotidiana.

Gozábame yo luego en corretear por toda la casa, husmeando rincones y registrando armarios en persecución de sorpresas. O bien pegando en grandes hojas de papel los sellos extranjeros que me procuraba para mi colección un conserje llamado Sánchez, que siguió siéndolo durante muchos años; o amontonando las obleas, para fingir columnatas; o subiendo a la imprenta, en la que el pito de la máquina de vapor, instalada en un men-

guado patio, regulaba el afanoso laborar de aquellos operarios.

El tal pito hería el aire con un chillido poco gra-



EXCMO. SR. D. JAVIER BETEGÓN Y APARICI,

REDACTOR DE «LA ÉPOCA» Y SUBDIRECTOR GENERAL DE AGRICULTURA (1860-NOVIEMBRE DE 1919).

to. Pero al evocarlo ahora, al sonar en mi alma como un resucitado eco de mi infancia, me siento un poco conmovido... El regente de la imprenta se llamaba Lahoz (también estuvo muchos años en el periódico), y bajo su magisterio solía adoctrinarme yo en el noble oficio de componer.

Pero he aquí que los redactores tornaban de nuevo a su labor de todos los días. Don Diego Bravo y Destouet, alto, silencioso, rasurado, con sus grandes gafas presidiendo la grave y enjuta fisonomía; D. José Bisso, redactor financiero, malagueño, muy locuaz y sonriente, consorte, por cierto, de una distinguida señora emparentada con la condesa del Montijo; D. Joaquín Maldonado Macanaz, grueso y pacífico al parecer, aunque irascible cuando de billetes de teatro se trataba; D. Ramón de Navarrete, atildado, agudo, de fino porte, con sus patillas y correctas maneras; D. Juan Pérez de Guzmán, el único superviviente de aquella ejemplar legión de periodistas, y a cuyo nombre irán en todo momento unidos mi agradecimiento, mi cariño y mi respeto...

A todos los veo sentados en torno a la gran mesa de Redacción, que aun conservamos en *La Epoca*, redonda, de amplio círculo, forrada de paño verde, manchado de tinta el tablero, o tal vez en alguna mesa de despacho, de caoba, iluminada, como la otra y como todo el local, por quinqués de petróleo colgados del techo, cuya llama velaban pantallas de papel de ese mismo color verde, que es, por lo visto, el de ritual en los despachos y oficinas.

Cuando yo volvía a mi casa (porque cerca de la Redacción estaba mi colegio), ya era tarde. El carrito de madera azul, que servía para llevar a Correos los paquetes de *La Epoca*, se hallaba de regreso en el ancho y oscuro portal. Los redactores comenzaban a desfilar, y mi padre aun quedaba sobre las cuartillas y sobre los periódicos, sonriendo todavía, leyendo, escribiendo, dictando algún artículo para el día siguiente al taquígrafo Jacobo Rebollo, que lo era del Congreso.

*

Mis recuerdos más precisos datan de los primeros días de la Revolución de septiembre. Sin darme cuenta cabal de los sucesos que entonces comenzaron a desarrollarse, yo advertía la zozobra en el tono de las conversaciones y en la frecuencia con que visitaban el periódico personas no habituales.

El carácter de *La Epoca*, nunca desmentido en punto a lealtad dinástica, hacía de su Redacción un punto de confluencia entre partidarios de la Monarquía caída.

Recuerdo perfectamente, entre los que frecuentaban nuestra casa, al conde de Heredia Spínola, padre del actual, caballero de nobilísimo porte, de azules ojos y rubia barba; al ex ministro D. Manuel Silvela, que vivía enfrente; al ilustre general marqués del Duero, y a varios generales y políticos más.

En aquellos primeros días de la revolución alguien llevó la noticia de que las turbas iban a

prender fuego a la casa de *La Epoca*. Rapidamente se trasladó mi familia a casa de los barones de Andilla, en la calle de las Infantas. La baronesa era una hermosa y distinguida dama que, más tarde, contrajo nuevas nupcias con el pintor D. Federico de Madrazo. El barón era el autor de los famosos pareados que a no pocas promociones de párvulos han enseñado urbanidad y buenas maneras, ya que no agilidad de versificación.

Decía uno:

«Niña, en la iglesia, la cabeza tapa
San Lino lo mandó, segundo Papa.»

Pasó el peligro de momento, y pudimos reanudar la normalidad de nuestra vida, sin que desaparecieran del todo los motivos de inquietud.

No es difícil para el lector reconstruír nuestra dolorosa emoción de una tarde, en que cierta partida de revolucionarios se personó en el despacho de mi padre para aprehenderle y hacerle comparecer ante no sé qué tribunal faccioso, que se reunía en el próximo circo de Price.

Mandaba el tropel un tal Hermosilla, vecino de San Martín de Valdeiglesias, que era justamente el pueblo donde mi padre ejercía su influencia electoral. Hermosilla figuraba entre sus adversarios políticos y no vaciló en utilizar la coyuntura que la turbulencia política le deparaba para vengarse de aquel gran caballero que fué D. Ignacio José Escobar. La felonía impresionó profundamente a cierto criado nuestro, baturro de simpática rudeza, que hubiera hecho uso de su escopeta contra Hermosi-

lla y la partida toda, de no parlamentar los revolucionarios.

—Se llevarían, sí, a mi padre—prometió Hermosilla—, y el tribunal decidiría lo que habrían de hacer con él.

Declaró aquél en el circo de Price, sede de la justicia roja, y como no había delito de qué acusarle, el lance no pasó de ahí.

Otra contrariedad muy posterior a ésta, en el período histórico que con exactitud llamó D. Ildefonso Antonio Bermejo *Interinidad*, en su documentado libro, nos fué proporcionada en el día mismo del grito de Sagunto.

Era natural que el virtualmente derrocado Poder ejecutivo intentase aún una última defensa, y en su consecuencia, fueron llevados a la cárcel los más significados alfonsinos, mi padre entre ellos, y Cánovas del Castillo el primero. Por cierto que el gran estadista dudó de la eficacia que pudiera tener el grito de Martínez Campos. Hasta tal punto, que encargó a mi padre la redacción de un suelto desautorizando el movimiento.

Don Antonio creía desde luego en la instauración rápida, sin movimiento militar, del Trono de los Borbones. Amaba los procedimientos evolutivos y quería que «la Naturaleza obrase», repugnándole todo cuanto tuviese la traza irregular de un pronunciamiento.

Mi padre, sin dejar de participar, naturalmente, en esta doctrina, comprendió, con certero instinto, que los hechos consumados habían de utilizarse, y el acto de Sagunto no era ya un plan, era una rea-

lidad. El suelto no se publicó, y gracias, quizás, a ello, Cánovas y Martínez Campos, el cerebro y el brazo, pudieron entenderse inmediatamente, en bien de la Causa que les era común.

El gobernador de Madrid en tal sazón, que lo era Moreno Benítez, tuvo para los detenidos en el Gobierno civil, a donde fueron trasladados desde el Saladero, el máximo de atenciones posibles. Yo no me separé de mi padre en aquellos momentos. Un día duró aquella situación incierta. Los presos ocasionales pasaron a asumir el Poder, para garantía de España, y la pesadilla de unos años sin régimen, fué dichosamente cancelada. Mi padre estaba henchido de satisfacción, y Cánovas no cesó un instante de recibir visitas en el Gobierno civil. La que le hizo Cristino Martos es memorable. Yo la presencié, y pude formarme idea de los dos temperamentos contrapuestos que dialogaban. Martos sentía aún perplejidad. Para él la intentona borbónica no cuajaría. Cánovas, ganado por la fe, en vista de las adhesiones recibidas y de los antecedentes que tenía de los trabajos por la Restauración, no vaciló en afirmar que una nueva época se abría, y que él estaba dispuesto—como luego dijo en ocasión pública y solemne—«a continuar la Historia de España».

Ya de noche, mi padre y yo, libertados, tomábamos un *simón* que nos conducía a nuestra casa de la calle de la Libertad. Había que preparar el número que difundiera por el ámbito nacional el magno acontecimiento. *La Epoca* echó al día siguiente a volar las campanas de su entusiasmo..,

Terminaba el año 1874. Yo era ya un muchacho que iniciaba sus estudios universitarios. Mi primer artículo no se hizo esperar mucho tiempo. Lleva la fecha del verano de 1875, y es una crónica de El Sardinero. Mis colegas de *La Epoca* se iban renovando en gran parte. A nuestro periódico aportaban sus esfuerzos Carlos Coello, sobrino del conde de Coello; José Fernández Bremón, Salvador López Guijarro, Castro y Serrano, el estilista inolvidable... Todos han muerto. Y en mí mismo han dejado de existir no pocas ilusiones. ¿Cómo he de vencer la melancolía que me invade al hojear el libro íntimo de mis memorias? Han amarilleado sus páginas y encanecido mis cabellos...

M. DE VALDEIGLESIAS.



EXCMO. SR. D. EDUARDO DATO IRADIER,

presidente del Consejo de Ministros y jefe del partido liberal-conservador. (N. 12 de agosto de 1856. Sacrificado por la Patria el 8 de marzo de 1921.)

«LA ÉPOCA» EN LA HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA

A medida que vamos avanzando en la historia de la literatura hacia los tiempos actuales, disminuye la extensión de los trabajos literarios, desaparecen casi los *in folios* y las obras en varios tomos, y los escritores suelen preferir el periódico al libro.

La vida literaria de la Prensa comienza en España con el siglo XIX. Si queremos estudiar a fondo la obra de un escritor nacido con posterioridad a 1760, tendremos que acudir a las colecciones de los periódicos tanto como a los libros, si no más. Por ello los ingleses, de cuyo espíritu práctico nadie duda, tienen por fecha importante en la historia de sus letras la publicación de *The Tatler*, en 1709, la cual señala una división entre dos períodos literarios, ni más ni menos que la muerte de Shakespeare o el Renacimiento.

Se comprende, pues, que un periódico como *La Epoca* haya contribuído, en una u otra forma, a través de sus setenta y cinco años de vida, a intensificar, modificar, sostener, rechazar, reflejar y con-

signar las diversas escuelas y corrientes literarias que se han sucedido en el mundo desde 1847 hasta el año de gracia en que vivimos. Además, en estas columnas se han revelado, o bien han dejado parte de su actividad, escritores que fueron después gloria de nuestra literatura. ¿Será necesario citar los nombres de D. Antonio Flores, Amós Escalante, Alarcón, Castro y Serrano, Fernández Bremón, Valero de Tornos, Eusebio Blasco? Dos cultivadores insignes de la ciencia histórica: D. Joaquín Maldonado Macanaz y D. Juan Pérez de Guzmán, actual secretario perpetuo de la Real Academia de la Historia, en *La Epoca* trabajaron a diario, y aquí han salido a luz artículos con investigaciones de primera mano que venían a enriquecer la historia patria.

Perteneció el Sr. Maldonado a los tiempos en que los hombres políticos eran a la vez historiadores, convencidos, como estaban entonces, de que no es posible gobernar bien un país ignorando su vida pasada, las vicisitudes porque atravesó la Nación, las circunstancias que trajeron al Estado a la situación política y social en que se halla en un momento preciso de la Historia.

Tan a punta de lanza llevaron algunos en el siglo XIX el afán de remontarse a los orígenes de las instituciones, que el francés Víctor Duruy creyó necesario, para escribir una historia de Francia, dar antes, a guisa de prolegómenos, sendas historias de Roma y de Grecia, que nada tienen, por cierto, de compendiosas.

Historiadores fueron asimismo en España, entre

quienes alcanzaron los puestos más altos y envidiables de la política y la administración, D. Antonio Alcalá Galiano, el primer conde de Toreno, D. Antonio Ferrer del Río, el marqués de Miraflores y hasta D. Modesto Lafuente, que también



D. CARLOS FERNÁNDEZ SHAW,

ILUSTRE POETA Y AUTOR DRAMÁTICO, REDACTOR QUE FUÉ DE «LA ÉPOCA» (SEPTIEMBRE DE 1868-JUNIO DE 1911).

tuvo cargos de importancia, sin olvidar a Cánovas, Castelar, Silvela y otros políticos que han pasado a la posteridad con renombre de historiadores dentro de un período en que la política podía ser motivo para lucir dotes literarias e intelectuales, no como ahora, que diríase la condición de gober-

nante pantalla que amortigua y disminuye la fama de sabios de aquellos que por sabios y eruditos pueden pasar. A D. Joaquín Sánchez de Toca, por ejemplo, le ha perjudicado mucho la política en el aprecio que debieran tenerse de su profundo saber y su variada y extensa cultura.

A Maldonado le vino de casta el ser historiador. Entre sus ascendientes figura D. Rafael Melchor de Macanaz, en cuyas Memorias se consignan los comienzos del reinado de Felipe V. Muchos de los papeles y documentos de Macanaz pasaron a don Joaquín Maldonado, y de aquí una de las causas que le aficionaron a la historia en general y en particular al primer tercio del siglo XVIII. Los estudios de Maldonado sobre esta época hállanse desperdigados en monografías y artículos. Sus *Fuentes históricas del reinado de Felipe V* y sus trabajos sobre Macanaz, la Princesa de los Ursinos, el cardenal Alberoni, el barón de Riperdá, las relaciones entre España y Francia en el siglo XVIII, varias batallas y tratados de la Guerra de Sucesión y el hermoso discurso pronunciado ante La Real Academia de la Historia, acerca del *Voto y renuncia de Felipe V*, le acreditan de historiador a la moderna, en el que la erudición de primera mano y la documentación profusa no excluyen la elegancia del pensamiento y del estilo.

Maldonado era también catedrático de la Central. Explicaba la asignatura de Historia y civilización de las colonias inglesas y holandesas en Asia y Oceanía, materia en la que fué una verdadera autoridad, como atestiguan su libro *Principios ge-*

nerales del arte de colonización y sus artículos sobre el gobierno inglés en la India.

Si se publicasen las obras completas de D. Joaquín Maldonado Macanaz, como se está haciendo con las de D. Francisco Silvela y las de Mariano de Cávia, resultaría enorme provecho para la historia patria y la cultura en general.

Don Juan Pérez de Guzmán y Gallo es uno de los hombres que más han trabajado en España. La lista de sus obras, que inserta el marqués de Laurencín en el discurso de contestación al suyo en la Academia de la Historia, sorprende por lo numerosa y por la variedad de disciplinas que abarca. La biografía más completa de D. Juan Pérez de Guzmán está en el extenso prólogo que puso Alejandro Larrubiera al libro *Versos de varia edad*, donde se hallan recopiladas las poesías del ex director y decano de los redactores de *La Epoca*.

Muy amante de España y de la Monarquía española, Pérez de Guzmán ha revisado los archivos llevado de un afán muy noble: borrar, con la autoridad de los documentos, aquellas manchas o simples suposiciones calumniosas que pesaban sobre algunos Monarcas o sobre los gobernantes a quienes encomendaron nuestros Reyes los destinos del país. Sus rehabilitaciones del conde-duque de Olivares y de Carlos IV, María Luisa, Godoy y Fernando VII, son una prueba de este amor que profesa Pérez de Guzmán a la Monarquía. Podrá no aceptarse su tesis. No se le negará jamás, procediendo en justicia, el buen deseo y las dotes de talento y saber que para realizarlo puso a contribu-

ción, auxiliado siempre con métodos de investigación histórica perfectamente científicos y legítimos.

Pérez de Guzmán posee un corazón como hay pocos. A veces domina en su temperamento lo afectivo a lo racional. Es un apasionado de todo lo noble, lo bueno y lo elevado, a cuyo servicio ha puesto toda su vida el cerebro privilegiado y la erudición vasta y profunda que le tocaron en suerte.

Las glorias de *La Epoca* en la historia de la literatura no acaban aquí.

Críticos literarios como Luis Alfonso, Pedro Bofill, Villegas y Gómez de Baquero, en *La Epoca* dejaron impresa parte muy considerable de su talento y su saber; Peña y Goñi y Cecilio Roda aquí se acreditaron de musicógrafos, tanto como los Sepúlvedas de costumbristas, Rodrigo Soriano, de temperamento artístico, si los hay; Navarrete, Abascal y Escobar, de cronistas de salones; Castro y Serrano, de espíritu original como pocos; Carlos Fernández Shaw, de poeta comprensivo y de hombre bueno; Eusebio Blasco, de ingenio penetrante y saladísimo...

Una tradición de esta casa ha favorecido siempre el reflejo en nuestras columnas de todas las tendencias literarias e intelectuales: la amplia libertad de que disfrutan y han disfrutado los colaboradores al exponer sus ideas y principios. En lo que no afecta a la política, y guardando, como es natural, el respeto debido a personas, instituciones e ideas fundamentales de la sociedad constituída, en *La Epoca* se pueden sustentar, autorizándolas

cada uno con su firma, las opiniones que sincera y honradamente se profesen. Luis Alfonso, por ejemplo, consideraba el naturalismo de la escuela de Zola doctrina vitanda, y en este mismo sitio discutía con Emilia Pardo Bazán, que pensaba lo contrario.

*

La política y la literatura son dos cosas aparte. Se puede ser, al mismo tiempo, avanzado en una de ellas y reaccionario en la otra.

Francia y España ofrecen muchos casos de tal verdad, que es la evidencia misma.

Por eso *La Epoca*, sin dejar un solo instante de ser conservadora en política, acogió en sus columnas el más famoso y documentado alegato pro-naturalismo que en España se publicó.

La cuestión palpitante, de la Pardo Bazán, fué, al principio, una colección de artículos publicados en nuestro periódico. A la tesis de doña Emilia se opuso más tarde Valera en su *Nuevo arte de escribir novelas;* y ved ahí que, en política, Valera fué liberal, y la autora de *Insolación* procedía del carlismo.

En España habíamos vivido un poco apartados de las luchas literarias. El romanticismo entró en la Península casi sin protestas, y el ambiente de calma, que va de 1847 a 1882 en que nacen estas discusiones, responde perfectamente, en lo relativo a literatura, la colección de nuestro diario.

Antonio Mantilla, Cipriano del Mazo, Antonio Flores (el renombrado autor de *Ayer, hoy y maña-*

na), Fermín Gonzalo Morón, Juan Heriberto García de Quevedo, Santana, Nombela, muchos otros que formarían una lista interminable, traen al periódico los caracteres literarios de su tiempo respectivo. Don José de Castro y Serrano hace algo más. En 1870 aparecen en *La Época* unas cartas informativas sobre la inauguración del Canal de Suez y sobre Egipto. El público pensó que estarían escritas por un corresponsal de talento, a la vez literato y periodista de primer orden, que día tras día iba apuntando en su cuaderno de memorias los incidentes y las impresiones que le producía la tierra de Egipto.

Las cartas eran de Castro y Serrano, que no se había movido de Madrid, y que sólo con lecturas y estudiando la geografía y el arte de aquellas regiones logró componer un admirable libro de viajes, que aun se lee con agrado. Auxilió mucho al autor en la confección de aquellos artículos una dama de singular cultura, hija del arabista D. Pascual de Gayangos, la señora de Riaño, que asistió a la inauguración del Canal y fué remitiendo por correo a Castro y Serrano los pormenores interesantes de aquellas fiestas, durante las cuales se estrenó en El Cairo, como nadie ignora, la ópera *Aida* de Verdi.

Los artículos a que me refiero se publicaron después, en volumen, con el título de *La novela de Egipto*. Castro y Serrano fué académico de la Española. Su discurso de recepción trató de «cómo la amenidad y galanura en los escritos es elemento de belleza y de arte».

Años antes había publicado Campoamor en *La Época* su famoso artículo sobre los marinos, que le valió un duelo con D. Juan Bautista Topete.

Las aptitudes de D. Pedro Antonio de Alarcón para el cuento y la novela corta, ¿no serán una reminiscencia de su vida de periodista? No es tema que pueda resolverse de una plumada, en dos líneas. Es indiscutible, sin embargo, que el autor de *El sombrero de tres picos* tiene mucho de periodista, de informador. Léanse el *Viaje de Madrid a Nápoles*, el *Diario de un testigo de la guerra de Africa*. Diríanse crónicas de periódico, amenas, sueltas, de frase corta, de ritmo gracioso y ligero. ¿Quiérese nada más periodístico? Ambos libros interesan en todo momento. Su sencillez expositiva favorece la lectura en cualquier estado de ánimo en que uno esté. Es más, uno y otro volumen disipan melancolías, entretienen...

*

Pasan los años. Una especie de literatura clara, comprensible, al alcance de toda persona instruída, se ve sucedida por una tendencia de algunas más pretensiones. A un realismo intelectualista, se opone otro realismo, que llamaron naturalista, cuyos caracteres principales son el desprecio de toda concepción antropocéntrica, pues se considera al hombre como un objeto de la Naturaleza igual a un árbol, un animal, menos aún, un grano de arena o un rayo de sol; la sustitución de la realidad intelectiva, formada con los universales, por los hechos tal

y como el mundo exterior los produce antes de haberse constituído la especie inteligible; la prelación de la sensibilidad sobre el entendimiento, de lo vario sobre lo uno, de lo mudable sobre lo permanente, de lo accidental sobre la sustancia...

El naturalismo, en sí, no es otra cosa que una variación del romanticismo. Flaubert y Zola son dos románticos, y no es difícil ver y demostrar la ascendencia de la escuela de Zola en la escuela de Víctor Hugo.

Escritores y periodistas ocupáronse por aquellos años de la persona, la obra y las opiniones del novelista de los *Rougon Macquart.* Nuestros literatos se asustaron de la tendencia; les «olía mal», y creyeron que había llegado la hora de tomar medidas contra aquella peste que en París se desarrollaba y amenazaba contagiarnos. Fué entonces cuando Emilia Pardo Bazán publicó en *La Época* su serie de artículos en defensa del naturalismo, los cuales se reunieron después en un tomito, intitulado *La cuestión palpitante.*

Vale este libro por una historia de la novela moderna en Francia, Inglaterra y España. Luis Alfonso—quien, por cierto, corrigió las pruebas de imprenta de *La cuestión palpitante*—no estaba conforme con el parecer de doña Emilia. El venezolano D. Eduardo Calcaño publicó en *La Ilustración Española y Americana*, de 29 de febrero de 1884, una carta dirigida a D. Víctor Balaguer, en la que atacaba duramente a los naturalistas, y decía que en el mar de la literatura había aparecido la «bandera negra» del pirata. Era preciso unirse

y defenderse contra los corsarios que amenazaban acabar con la literatura y aun con la lengua castellana. La Pardo escribió a Balaguer rechazando, por lo que a ella tocaba, las acusaciones de Calca-



D. LUIS ARAUJO COSTA,

REDACTOR Y CRÍTICO LITERARIO DE «LA ÉPOCA».

ño, y entonces Luis Alfonso salió en *La Época* a la defensa del diplomático y escritor de Venezuela, a quien tan mal supo la nueva corriente literaria. Intitulábase su artículo *Cartas son cartas*. Doña Emilia replicó esta vez a Luis Alfonso, y tanto los alegatos de una como los del otro, contribuyeron a

sentar el concepto de naturalismo. Alfonso había combatido con anterioridad las tendencias naturalistas de Ortega Munilla, el cual—bueno es recordarlo hoy—publicó en *La Época* diversos artículos.

La polémica fué viva, pero cortés. El crítico de nuestra casa reconoció los méritos extraordinarios de su contrincante, y doña Emilia anduvo muy cerca de comparar a Luis Alfonso con Brunetière. Ambos se hacían mutuamente justicia.

Terció también en estas disputas Peña y Goñi. Más tarde Rodrigo Soriano publicó aquí artículos defendiendo a Zola, y Gabriel Briones en honor de Maupassant. Los artículos de aquél eran cartas que enviaba a *La Epoca* desde París. En la colección del periódico hay no pocos escritos de Soriano. Él hizo la información de la campaña de Melilla de 1893 en el *Diario de Barcelona*, mientras la hacía en nuestro periódico el actual marqués de Valdeiglesias. Las cartas aquellas formaron el libro *Moros y cristianos*, Soriano no hizo nunca artículos de política en *La Epoca*. Fué unicamente redactor literario.

Volviendo al asunto que trataba, añadiré que al cabo de cuarenta años el naturalismo en la novela es tema por completo retirado de la circulación. Hoy incluso parecen recusables los términos idealismo, realismo, naturalismo en las acepciones que allí se les dan. La guerra europea ha puesto muchas cosas en claro. Hasta para hablar de literatura existe diferencia entre los años anteriores a 1914 y la post-guerra.

Pero, en su tiempo, la cuestión del naturalismo

fué *palpitante*, y en *La Época* señaló y dejó grabado el ritmo de su vida, el sístole y diástole de un corazón que no por estar ahora muerto dejó de latir y de animar un período de nuestras letras.

*

El modernismo o simbolismo no ha repercutido aquí tan directamente como el naturalismo. La colección de *La Época* guarda, no obstante, muchos pormenores y lineas generales de este movimiento, que en España—y en Francia también—se ha referido de modo más principal a la poesía, con preferencia a las demás casillas literarias.

Don Francisco Fernández Villegas, que firmaba con el seudónimo de *Zeda*, comprendió la grandeza de Rubén Darío, pero no quiso convencerse de la legitimidad de la escuela, ni le sorprendieron descuidado ciertas «sociedades de bombos mutuos» que a veces hicieron pasar por oro legítimo entre los expertos, y más todavía entre la masa, producciones, si no enteramente desprovistas de mérito, con menos valor del proclamado.

Un poeta muy en armonía con la amplitud de criterio de *La Epoca* (no se olvide que me refiero tan sólo a la literatura) fué el malogrado Carlos Fernández Shaw.

Sin aceptar para sus versos las extravagancias y exageraciones modernistas, copió de las nuevas doctrinas lo que tenían de legítimo y acaso de más cercano a la belleza que nuestra poesía tradicional del siglo XIX, formada en el rigorismo de Lista, que

pasó a casi todos los románticos, y que no era, en resumidas cuentas, sino el clasicismo de la escuela sevillana del siglo XVI. Fernández Shaw es, a la vez, moderno y hombre de tradición, siempre que no se tape con tal palabra la rutina.

No he de pasar en silencio, entre los redactores actuales de *La Epoca* que también cultivan la literatura, a D. Francisco Pérez Mateos.

El secretario de Redacción de nuestro periódico que viene honrando desde hace tiempo, con su inteligencia y su cultura, el seudónimo galdosiano de *León Roch*, es hombre que acredita el antiguo refrán de «el buen paño, en el arca se vende». Enemigo de exhibiciones, bombos y alharacas que se refieran a su persona, Pérez Mateos es la modestia misma; ¡él, que a justo título podría alardear de escritor excelente, periodista admirable y hasta erudito, pues lo mucho que sabe *León Roch* fuera en otros motivo de vanidades!

Otro colaborador asiduo de estos últimos años es el poeta Manuel de Sandoval.

A nadie mejor que a él le cuadra el lema de Barbey d'Aurevilly *Too late*, aunque Sandoval, español y españolista hasta el tuétano, lo hubiera escrito en español: *Demasiado tarde*.

El autor de *Aves de paso*, *De mi cercado* y *Musa castellana* apareció en las letras cuando estaba en auge el simbolismo y el modernismo de Rubén, Santos Chocano y otros poetas que pretendían aclimatar en nuestra literatura las corrientes que Baudelaire, Verlaine y Mallarmé imprimieron a la poesía francesa, con la circunstancia de que Sandoval

había nacido poeta a la antigua española, a la manera de Núñez de Arce, Ferrari y Narciso Campillo, que fueron sus amigos y maestros.

En las composiciones de Sandoval no se sabe qué admirar más, si lo noble, sincero y castizo de la inspiración o lo impecable del verso, ajustado a los más rigurosos cánones de la Preceptiva y siempre viril, sonoro, armonioso. En los versos de Sandoval no hay que temer nunca cacofonías, sinalefas demasiado perceptibles, variaciones de acento, de esas que suelen molestar a los oídos delicados. No en vano es académico de la Lengua y profesor de Retórica y Poética y sabe a la perfección las reglas para hacer bien los versos. Unida esta maestría de versificador a un espíritu elevado y refinado como pocos, Sandoval es un poeta perfecto a quien nadie superará ciertamente en «pensar alto, sentir hondo y hablar claro».

Sin embargo, Manuel de Sandoval no ha llegado a la masa, no es poeta popular. ¿Por qué? Por la inarmonía entre su personalidad y el tiempo en que le ha tocado vivir. La moda poética de nuestros días no le sienta bien a Sandoval y como él es hombre de exquisito gusto, ha preferido vestirse a la antigua, digámoslo así, no ha consentido en concesiones a una manera que repugnaba a su espíritu, ha estimado mejor mostrarse tal cual es, aunque los que siguen la moda le hayan rechazado a veces y hayan formado ante su nombre la terrible conjura del silencio.

*

La crítica teatral ha estado siempre encomendada en *La Época* a literatos de competencia y honorabilidad intachable.

En los últimos diez años han ejercido tal misión Fernández Villegas *(Zeda)*, Gómez de Baquero *(Andrenio)* y Melchor Fernández Almagro.

Fué Villegas un espíritu de selección, con una cualidad dominante: la finura. Conocedor profundo de nuestro teatro clásico y gustador exquisito de las bellezas en que abunda la literatura española del siglo de oro, tuvo, en ocasiones, censuras para lo que no entraba en la tradición castiza o carecía de exquisitez. Poco amigo de exotismos—que no obstante disculpaba cuando eran presentados con talento—*Zeda* sabía dar al lector en sus críticas teatrales la impresión justa que la obra producía a los temperamentos escogidos y refinados, como el suyo, y el efecto recibido por el público en general, por la masa. Su cultura dilatada hacíale ver, a las primeras de cambio, las fuentes, más bien internas que exteriores y objetivas, del drama o la comedia que sometía a examen, sus méritos y el éxito, ya de público, ya definitivo, que la pieza pudiera obtener, equivocándose pocas veces en sus augurios.

Gómez de Baquero admite las novedades de mejor talante que Villegas las admitía. Su seudónimo de *Andrenio* nos dice que es admirador de Gracián y también de Schopenhauer, que fué el que puso de moda al jesuíta aragonés. Baquero no es un literato puro, como *Zeda*. Su erudición se extiende a la filosofía, la sociologia, el derecho, la historia

y la literatura por de contado. Ahora, que en él domina el intelectual al literato. La manera particular de su espíritu, de su carácter y de su crítica procede acaso en su nervio, en su sustancia, de don Francisco Giner de los Ríos, y en no pocos aspectos va dominada por las ideas que, bajo otra forma quizás, dieron un significado a la generación del 98.

Melchor Fernández Almagro es un joven de mucho porvenir en la literatura. Inteligente, bondadoso, desbordante de buen sentido, camarada inmejorable, ajeno a todo dogmatismo, sus críticas son modelo de imparcialidad, serenidad y juicio bien seguro. Lleva su delicadeza hasta el extremo de no pisar los escenarios, para que no puedan alterar su rectitud ya la amistad, ya la antipatía hacia actores, autores y empresas. Mientras él ejerza la crítica no hay cuidado de que trate de «colocar» un drama en este o el otro teatro. Pocos cumplen como Fernández Almagro la repetida frase de Polibio: «Si no sabéis censurar a los amigos y aplaudir a los enemigos, no escribáis». Su facultad maestra se halla en la moral. Con su vida y con su obra, que están empezando, se fabricará la estatua de *vir bonus* que menciona Séneca. La regla de conducta que se ha trazado, el «imperativo categórico» que es base de sus acciones, dominan y dominarán siempre los frutos de su ingenio. Para Fernández Almagro lo práctico viene antes que lo especulativo; dentro de su psicología, que me atreveré a calificar de socrática, el criterio ético moldea, nutre y da carácter a los demás elementos de su espíritu. El bien le interesa más que la belleza, sin que ello sea negarle

sus condiciones de artista. Pero nada hay más lejos de su alma que el diletantismo y la teoría del «arte por el arte». Ni con un esfuerzo de la «razón pura» podría llegar a tales extremos; la «razón práctica» lo impediría con fuerza irresistible, avasalladora.

Literato muy digno de estima es también don Gabriel Briones, decano de los redactores actuales. Acreditan su talento sus libros de cuentos y *Muñecas de París*, así como sus producciones dramáticas, que lograron justo éxito. Las comedias *Rosario* y *Las damas negras* acusan un fino espíritu de dramaturgo. Las zarzuelas *La manzana de oro* y *El hijo de Buda* alcanzaron cientos de representaciones. Después Briones ha vivido en medios políticos que le han hecho conocer a la perfección hombres, costumbres y lo íntimo de muchas instituciones. Es lástima que no se decida a escribir sus Memorias, que tendrían tanto interés y utilidad para la historia política española de estos primeros años del siglo XX. Clío, musa de la historia, no dejará de reprocharle su desidia cuando, después de muchos años—yo así lo deseo—le encuentre en los Campos Elíseos, y pueda echarle en cara lo mal que le sirvió en la tierra.

No he de hacer punto final sin celebrar las bellas cualidades que adornan a Guillermo Fernández Shaw e Iturralde, hijo de Carlos Fernández Shaw, y como él poeta, autor dramático y hombre en quien se juntan el talento y la bondad. Dotado de gran capacidad de trabajo, no se comprende el periódico sin su aportación cotidiana.

Es lástima que no cultive más asiduamente la poesía y el teatro, porque eso salen perdiendo ambos géneros literarios.

Y basta ya de nombres y tendencias.

La Época cree haber servido a nuestra literatura en sus setenta y cinco años de vida con la comprensión y alteza de miras que tiene por norma.

LUIS ARAUJO-COSTA.

«LA ÉPOCA» EN EL SIGLO XX



EXCMO. SR. D. JOSÉ SÁNCHEZ GUERRA,

EX PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS, JEFE DEL PARTIDO LIBERAL-CONSERVADOR

LA REDACCIÓN DE 1898

Nuestras bodas de plata.—Los que se fueron.—Un doloroso recuerdo.—Maldonado Macanaz—Justo homenaje.

Por grata coincidencia, cuando *La Época* celebraba sus «bodas de diamante» con el público, podíamos nosotros celebrar las «bodas de plata» con el querido periódico. Hace un cuarto de siglo, en efecto, vinimos a esta acogedora casa, siempre hospitalaria para el periodista, a sumar el modesto esfuerzo de una pluma humilde, enaltecida solamente por los títulos de la honradez y la laboriosidad, al trabajo inteligente de los preclaros colegas que nuestra buena fortuna nos deparó por compañeros. Y he aquí como, obligados por este privilegio de la edad, fuimos nosotros llamados a evocar los recuerdos de los últimos veinticinco años de la dilatada y honesta vida del periódico fundado por el conde de Coello.

En el espacio de esos cinco lustros ¡cuántos cambios y mudanzas se registraron, cuántos sucesos luctuosos, cuántas inolvidables fechas de dolor!... Pocos son los que van quedando entre nos-

otros de los que compartimos la labor de aquellos días ya lejanos... ¡Cuántos cayeron vencidos en el surco! Desde el ilustre Maldonado Macanaz, superviviente de la primera redacción, han ido desapareciendo Fernández Villegas, el admirable crítico, justo y prudente varón, víctima de una ingratitud y de una felonía; el bondadoso Joaquín Tello; el cordial camarada Betegón, viviente archivo de historias y de anécdotas, que se llevó a la tierra un caudal de interesantes páginas no escritas; el servicial Pérez Magnín, el culto y simpático Cecilio Roda, el caballeroso Angel Febrer, el gran poeta Fernández Shaw, el erudito Rafael Mitjana, Fernández Brañas, Jiménez Prieto, Reza, Jerónimo Betegón, y tantos más...! El tiempo, implacable, nos recuerda con sus aldabadas que la vida es harto efímera, y como es más preciosa cuanto más avanza, procuremos abroquelarla y defenderla cuanto sea posible...

Era en las postrimerías de 1898, en cuyo mes de abril celebró *La Época* sus «bodas de oro». En enero publicó un extraordinario semejante al que salió a luz en mayo de 1923. No se nos borrará jamás la fecha de nuestro ingreso en la Redacción, porque dos días antes, el 10 de diciembre, habíase consumado en París el doloroso despojo de nuestras Colonias, firmándose el Tratado de paz con los Estados Unidos. El sabio canonista Montero Ríos, presidente del Senado, que por patriotismo aceptara la presidencia de la triste comisión, no debió agradecer mucho al Sr. Sagasta, jefe del Gobierno, aquel inolvidable presente. Uno de nues-

tros primeros trabajos fué un cariñoso panegírico de aquel ilustre y honradísimo político D. Fernando Cos-Gayón, redactor que había sido de *La Época*, que después de ser muchas veces ministro de Hacienda, moría en la mayor pobreza por aquellos días, dando a la política un ejemplo de rectitud y de honradez pocas veces igualado.

Algún tiempo antes habían muerto el admirable cronista Luis Alfonso, el chispeante crítico musical y taurino Peña y Goñi, el crítico teatral Pedro Bofill, el redactor-jefe Manuel Tello y el redactor financiero Leopoldo Calzado. Poco antes también dejaron de pertenecer a la Redacción o de colaborar, Julio Burell, el periodista de la grandilocuente pluma; Javier Ugarte, jurisconsulto y poeta, que fué, como Burell, ministro de la Corona; Rodrigo Soriano, que había pasado a *El Imparcial*, y poco después emprendía sus incursiones en el campo republicano, del brazo de Blasco Ibáñez; José de Siles, el simpático y desgraciado bohemio; Alfredo García López, que se apartó del periodismo para consagrarse a su destino de Instrucción pública; Diego Jiménez Prieto, que fué autor cómico aplaudido, y Juan de Dios Reza.

También dejó por entonces la Redacción, para dedicarse por entero a sus obras teatrales, el ilustre poeta y autor dramático Carlos Fernández Shaw, nuestro paisano y amigo. Precisamente a él vinimos a sustituír en *La Época*, salvando las naturales distancias. Uno de los primeros trabajos que nos encargó el director fué un articulito despidiendo cariñosamente al autor de *La revoltosa*. Ese ar-



La Redacción de



OCA» EN 1897-98.

tículo estuvo sin publicar, en el pavoroso montón de los originales viejos, cerca de siete meses, acaso esperando que Fernández Shaw se arrepintiera y volviese como el hijo pródigo. Puede juzgarse de nuestra zozobra de periodista novel al encontrarnos en situación tan inestable.

Tampoco figuraba ya entre los redactores Cristóbal Botella, abogado de talento y trastienda y entonces ex diputado a Cortes. Seguía colaborando, y durante los veranos venía con asiduidad un par de meses a la Redacción, mientras algunos redactores descansaban unos días. Poco después marchó Botella a París y allí ha sido bastantes años corresponsal de *La Época*, en cuyas columnas popularizó el seudónimo *Juan de Becon* con que firmaba sus amenas crónicas. Ahora, el veterano periodista es un personaje internacional y tiene en ingrato olvido la pluma a que debió su fortuna.

Al frente de la Redacción estaba el marqués de Valdeiglesias, Alfredo Escobar, como fraternalmente le llaman sus compañeros, digno sucesor de su ilustre padre, que lleva treinta y seis años en su puesto y es, sin duda, el decano de los directores de periódicos en ejercicio. Compartía las tareas directivas Eduardo Gómez de Baquero, que había sucedido a Manuel Tello, como redactor-jefe, y completaban el cuadro, con Maldonado Macanaz, Fernández Villegas, Javier Betegón, Ramón de Cárdenas, Gabriel Briones, nuestro decano de ahora; Juan Lapoulide, *El coronel Santiponce*, que se ocupaba de las cuestiomes militares; Joaquín Tello, redactor financiero; Mariano Barber, Eduardo Mon-

tesinos, Augusto Barrado, Angel Febrer, Jerónimo Betegón, primo de Javier; Angel Pérez Magnín, que ya dedicaba sus actividades a la publicidad; Alberto Pérez Cossío, que a poco nos abandonó; Enrique Gálvez, secretario del marqués de Portago, recientemente fallecido, después de realizar su justa aspiración de ser ministro; Fernández Brañas, Carlos Palma, inteligente reportero, y no recordamos si alguno más.

El patriarca de la casa era Maldonado Macanaz, tío del ex rector de la Universidad de Salamanca y ex senador D. Luis, colaborador de *La Época*. A pesar de su edad ya avanzada, aun se conservaba fuerte y sano, sin más dolencia que una extremada sordera. Daba en la Universidad una cátedra de Historia de la Colonización, a la que apenas asistía algún que otro alumno, y era académico de la Historia, por justo merecimiento, ya que se trataba de una autoridad. Todas las mañanas llegaba muy diligente a nuestra casa; ocupaba, en lugar apartado, su mesa de trabajo, y casi sin levantar la vista y sin despegar los labios, escribía el artículo de fondo, que ya traía perfectamente estudiado y embotellado. Alguna vez escuchábamos coloquios muy graciosos entre Valdeiglesias y D. Joaquín.

Esperábale Escobar con la impaciencia y la nerviosidad de que no ha podido curarse, para encargarle el artículo sobre lo que él estimaba la cuestión del día, el asunto cumbre. Alguna grave complicación política interior; un terrible problema internacional; una conflagración quizás... Cuando llegaba Maldonado, Valdeiglesias saltaba como un

gamo para salirle al encuentro, y a grandes voces, para que pudiera enterarse, le insuflaba el tema. El fondo de *La Época* no podía ser otro que aquél; era una cosa insólita y terrible... Don Joaquín le escuchaba, bonachón y paciente, y cuando Escobar terminaba, él decía siempre sin inmutarse, sonriente y sincero:

—¡Bueno...! Pues, de eso escribiremos mañana, Yo voy a escribir hoy sobre el porvenir de la Mongolia...

Por ley natural, fué Maldonado, superviviente de la Redacción anterior, el que inició el desfile doloroso... Murió el 17 de septiembre de 1901, y todos lloraron sinceramente su pérdida. Nosotros queremos tributarle aquí un homenaje de afecto y devoción, al que por gratitud estamos obligados, ya que aquel santo varón, sin conocernos apenas, llevado por inclinaciones de la simpatía, quiso alentarnos en nuestras modestas empresas literarias. A su noble memoria va unido el recuerdo de un modesto libro nuestro, cuya edición nos compró un librero judío en poco más de dos docenas de duros...

*

La casa de «La Época» y la imprenta.—La crítica y los críticos.—Cambios y mudanzas.— Ambiente de fraternidad.—El símbolo del trabajo.

La Redacción de *La Época* hallábase establecida entonces en el núm. 16 de la calle de la Libertad. Era un edificio anexo al popular teatro de

la Alhambra, hace pocos años derribado, y se componía casi únicamente de la crujía que daba a la calle. El piso primero lo ocupábamos nosotros; en el segundo tenían sus estudios el ilustre pintor Cecilio Pla y Eduardo Alba, otro pintor y militar, gran amigo de artistas de teatro. Allí se reveló, años después, como gran pintor, el entonces joven López Mezquita, discípulo de Pla, que alcanzó la primera medalla con su *Cuerda de presos.*

Al ser derribado el teatro de la Alhambra, donde Loreto Prado y Enrique Chicote hicieron sus más brillantes campañas con *Los chicos de la escuela, Congreso feminista, La cuna* y otras obras por el estilo, se trasladó la Redacción a la casa número 18, propiedad de la marquesa viuda de Casa-Laiglesia, donde ya había estado establecida antes y donde murió el inolvidable D. Ignacio José Escobar. No sin pena vimos derribar aquel simpático teatrillo, de feliz recordación para nosotros, y levantarse sobre su solar las tres hermosas casas de la condesa de Almodóvar, a quien correspondió, por herencia de su madre, la marquesa viuda de Villamejor. El notable arquitecto que las construyó, Pérez de los Cobos, que fué arquitecto de Palacio, tuvo un trágico fin. En el núm. 18 permaneció la Redacción hasta el mes de agosto de 1918, en que se trasladó a la casa de su propiedad, que actualmente ocupa, en la calle de San Bernardo.

En los primeros tiempos a que nos referimos se imprimía *La Época* en el establecimiento tipográfico de los Hijos de Ginés Hernández, donde se editó tantos años. Lo dirigía entonces D. Francisco

Pedregal Prida, impresor muy inteligente y hombre de mucha suerte, que era a la vez militar y profesor de gimnasia; el simpático industrial y capitán de Infantería había escrito y publicado un excelente libro, que sirvió de texto en algunos centros; también tuvo un magnífico gimnasio en la calle del Barquillo, donde hoy se levanta el lindo teatro de la Infanta Isabel. Años después, cuando el tipógrafo Miguel Romero construyó la casa núm. 31 de la calle de la Libertad, esquina a la de Augusto Figueroa, a la imprenta que allí estableció se trasladó *La Época*. Muerto aquel industrial, volvió el periódico a la casa de los Hijos de Ginés, de donde una huelga injusta y estúpida, motivada por el empleo de las máquinas de componer, nos lanzó, en enero de 1910, a la casa de enfrente, la antigua imprenta de Fortanet, una de las más acreditadas de Madrid, que ya no existe. Entonces tuvimos que adquirir material propio de tipografía y máquina, y desde esa época se imprime el periódico en el modesto taller de su propiedad.

Solamente en otras dos ocasiones ha sufrido *La Época* vicisitud análoga a la huelga citada. Fué la primera en aquella memorable ocasión de la huelga revolucionaria de 1917, tan gallardamente vencida por Dato y Sánchez Guerra. La segunda, más injustificada y necia, fué al pretender las Sociedades de resistencia imponer la censura roja a los periódicos. No lo toleramos nosotros, y el antiguo personal de *La Época*, tantos años unido al periódico por el trabajo y por el afecto, que nos acompañó siempre en nuestras mudanzas, nos abando-

nó. En medio de aquellas contrariedades, tuvimos la satisfacción de que ni un solo día dejó de publicarse nuestro periódico.

Volviendo a la Redacción, ocupa en nuestro re-



D. FRANCISCO PEDREGAL PRIDA,

IMPRESOR DE «LA ÉPOCA».

cuerdo preferente lugar el ilustre Francisco Fernández Villegas, *Zeda*, que estaba encargado de la crítica teatral y literaria. Era un crítico de gran cultura, de exquisito gusto literario y de una inflexible imparcialidad. En la intimidad era un hom-

bre bonísimo y un camarada complaciente y cariñoso, que murió víctima de su bondad, También era autor dramático de notables condiciones, aunque no siempre le acompañó la fortuna. Su enorme afición al teatro se reflejó en sus tres hijas, que son distinguidas actrices: Amparo, que es la primera dama de la compañía de Morano; Pura, que actúa en la de Carmen Cobeña, y Concha, que trabaja ahora en provincias.

Al morir Villegas, se encargó de la crítica teatral Gómez de Baquero, que la ha desempeñado algún tiempo, con su gran competencia. Desde hace un año le ha sustituído dignamente el distinguido escritor Melchor Fernández Almagro. Este joven y brillante literato granadino será—lo es ya, mejor dicho—un digno sucesor de *Zeda*, por su imparcialidad, su cultura, su talento y su buen gusto literario.

La crítica musical ejercíala interinamente y con acierto en aquellos primeros meses Mariano Barber. Algún tiempo antes y en breves temporadas posteriores colaboró como crítico musical el erudito Rafael Mitjana, discípulo del maestro Pedrell, a quien su carrera de diplomático hacía estar casi constantemente expatriado. El notable escritor, autor de interesantísimas obras, murió recientemente en Estocolmo, donde representaba a España como ministro. A Barber le reemplazó el culto y atildado Cecilio de Roda, que fué académico de Bellas Artes, y que poseía una de las más interesantes y nutridas bibliotecas musicales de España. Al morir Roda le sustituyó Augusto Barrado, crí-

tico y músico de competencia, que hasta entonces estuvo encargado en *La Época* de la sección de Extranjero, y al retirarse del periodismo diario aquel querido compañero, le reemplazó otro entrañable colega, nuestro actual crítico Víctor Espinós, que anteriormente había sido ya redactor del periódico, ocupando el puesto de informador palatino, en el que le sustituyó primero Fernández Brañas y luego Guillermo Fernández Shaw.

La crítica artística estaba encomendada a un distinguido colaborador y redactor antes, admirable artista fotógrafo, triunfador en todos los concursos nacionales, que después se ha colocado a la cabeza de los profesionales. Nos referimos a Antonio Cánovas del Castillo, el envidiable *Kaulak*, fotógrafo predilecto de las damas aristocráticas. Su hermano Pepe, que murió joven en Málaga, siendo secretario del Gobierno civil, fué también colaborador, y antes redactor, y publicó algunos cuentos verdaderamente primorosos. Al cesar Cánovas en la crítica artística, después de alguna interinidad, le sustituyó el laureado artista, uno de nuestros maestros del grabado, Enrique Vaquer.

En la crónica de salones sustituyó dignamente al genial *Asmodeo*, inventor del género, el querido maestro *Mascarilla*, y a su cuidado sigue todavía. En distintas épocas auxiliáronle en la tarea, que es penosa y delicada, escritores y periodistas tan distinguidos como Luis Alfonso, Carlos Fernández Shaw, Rodríguez Escalera, Pepe Siles y Angel Febrer. Ahora cooperan también Nicolás Jordán de Urríes, el simpático *Tomillares*, Guillermo Fernán-

dez Shaw, hijo del ilustre poeta, y *Tristán*. Pero el cronista de salones de *La Época* es siempre el infatigable *Mascarilla*, que con el seudónimo de *Almaviva* colaboró años atrás en *El Imparcial* y en *La Ilustración Española y Americana*, cuyo director y cronista tantos años, D. José Fernándaz Bremón, había sido también redactor del periódico de Escobar.

De la economía, la hacienda y las finanzas cuidaba el bonachón Joaquín Tello, fallecido en enero de 1917, a quien reemplazó Angel Illana. En menester tan importante alternaba y alterna nuestro decano, el excelente camarada Gabriel Briones. Porque el aplaudido autor entiende la «numismática» como la política y el teatro. Y ya que de crematística se habla, recordaremos que nuestro «ministro de Hacienda» era el simpático D. Francisco Boronat, a quien los viejos de la casa no olvidamos nunca; un anciano fuerte y vigoroso, que a los ochenta y tres años tenía la agilidad de un muchacho. Murió Boronat en abril de 1912; pero una grave afección a la vista le obligó a retirarse un año antes, siendo sustituído por el antiguo empleado de la Administración Manuel Mihura, que sigue ocupando el espinoso puesto y que ya ha rebasado los treinta años de servicios.

Otro veterano de la Redacción es el querido compañero Ramón de Cárdenas, periodista práctico y activísimo, maestro en el manejo de guías y anuarios. Procedía de *El Correo*, el periódico del maestro Ferreras, en cuya Redacción ingresó en 1880; en abril de 1884 pasó a *La Época*, y en ella

ha trabajado hasta febrero de 1921, es decir, por espacio de treinta y siete años, con una actividad, un entusiasmo y un amor por la profesión que pocos periodistas igualan. Enfermo e impedido, Cárdenas está ausente de nosotros desde hace unos dos años. Pero siempre estará presente en nuestro recuerdo y en nuestro cariño este verdadero maestro del periodismo práctico, inteligente y culto, de quien hemos recibido útiles lecciones y recetas de hacer periódicos, muchos de los periodistas que por *La Época* desfilamos.

Como asiduo colaborador solía venir aún a la Redacción el ilustre D. Juan Pérez de Guzmán, tantos años redactor y luego director de *La Epoca*. De entonces proceden sus colecciones de artículos sobre Carlos IV y María Luisa, publicados luego en un notable libro, cuya edición costeó el difunto duque de Valencia; los artículos sobre la insigne Orden del Toisón de Oro y otros temas históricos. El mismo anciano escritor escribió y confeccionó por sí solo algunos números extraordinarios ilustrados, como el de las Bodas Reales, publicado en enero de 1901, con ocasión del matrimonio de la malograda Princesa de Asturias y el Infante Don Carlos; el extraordinario publicado en mayo de 1908 para solemnizar el glorioso centenario del Dos de Mayo, y otro para conmemorar el centenario de los Sitios de Zaragoza.

En la redacción de *La Epoca* ha habido siempre verdadero ambiente familiar, de compañerismo fraternal, exento de las rencillas, las envidias y las luchas que en otras partes se advierten. Somos un

poco filósofos y procuramos capear el temporal y pasar la vida del mejor modo posible; a las horas de trabajar, echando el bofe; en los momentos de paz, regocijándonos lo que se puede. Uno de nuestros inocentes regocijos fué algún tiempo leer en voz alta las *Greguerías* de Gómez de la Serna, y, como dicen en Lavapiés, «nos reíamos las tripas». Entre los compañeros que más alegraban la casa, hay que recordar siempre al querido amigo Betegón, muerto en noviembre de 1920. Archivo viviente de historias y de anécdotas, nos entretenía horas enteras contando, con su gracejo, algo de lo mucho que sabía de cosas y de hombres, y, sobre todo, de mujeres.

No debemos olvidar tampoco al buen camarada Eduardo Montesinos, simpático como pocos, y desde luego el más gordo y lucido de la casa, que con sus graciosos cuentecillos de todos colores nos hacía pasar ratos deliciosos. El excelente compañero, que ha ganado en el teatro justos aplausos y provechos con sus zarzuelas, y sobre todo con sus *cuplés* y canciones, género en el que ha sido un maestro, anda ahora retirado del periodismo y le sustituye en la información municipal su hijo. Realmente, su volumen es un peso muerto para el «reportaje».

En estas horas de camaradería, el director era y es un excelente compañero y amigo más, cuyas felices ocurrencias no son para menospreciadas. Trabajador infatigable y fiel cumplidor de su deber, lo que más le molesta es la holgazanería; pero se incomoda cariñosamente, lanzando puyas y hacien-

do chistes. Por ese amor de Valdeiglesias al trabajo, preside nuestra redacción un fornido forjador, artístico bronce, que es símbolo del trabajo.

Uno de nuestros más queridos camaradas, simpático y decidor, no se distinguía por su desmedida afición a trabajar, y era constante objeto de las saetas y chistecillos de Escobar. Según éste, aquel buen compañero era de los que decían: «Hay años que no está uno para nada...» Un día, hablando de ello, se encaró Valdeiglesias con el forjador, símbolo del trabajo, y exclamó: —Es lo que dirá *Fulano:* ¡Simbolitos a mí!

LOS PROHOMBRES CONSERVADORES

Los jefes del partido y «La Época».—De Cánovas a Sánchez Guerra.—Silvela periodista.—Cooperadores y colaboradores.

Mantuvo siempre *La Época* con firmeza sus tradiciones de consecuencia política, de acrisolada lealtad a la Monarquía y al partido conservador, del que fué constantemente órgano en la Prensa. Con entusiasmo y perseverancia, sin tibieza alguna, con decisión y buena fe, defendió el credo y los intereses de la gran familia conservadora y prestó su ayuda incondicional, cual era su deber, a los prohombres que, en representación del partido y con el apoyo de los jefes de éste, ocuparon la presidencia del Gobierno.

En sus procedimientos supo hacer compatible siempre, con el entusiasmo y la firmeza al defender los propios ideales, la mesura y el respeto para el adversario y la corrección y la imparcialidad al juzgar las ajenas ideas. Y a ello debió en buena parte *La Época* la estimación y el respeto que mereció en todos los sectores de la política dentro

de España y la más alta consideración en el extranjero, aunque alguien hablara de los «paños calientes» de *La Época*. Esos paños calientes eran unas veces prudencia y corrección, otras veces patriotismo.

Los mismos que pudieron motejar por esto al órgano conservador, reconocían luego que era conveniente y provechoso mantener en tales causas la prudencia y corrección de las campañas de *La Epoca*. Y cuando los espíritus inquietos y batalladores, ó simplemente bullangueros, consideraban indispensable combatir recio, llegando a la virulencia, buscaban otras hojas más propicias y más acomodadas a violencias y agresiones... y que acarrearan menos responsabilidades para el partido.

Alguna vez surgieron dentro, o al margen del partido conservador, periódicos afines, que acaso pretendieron anular, o disminuír al menos, la autoridad del nuestro. Pero *La Epoca* siguió siendo el órgano del partido, y continuó viviendo, y aquellos periódicos, creados ocasionalmente, sin fuerza ni arraigo en la opinión conservadora, movidos alguna vez por la pasión y la violencia, desaparecieron. Lo mismo ocurriría con cualquier otro ensayo que se hiciera. Por algo se alcanzan setenta y cinco años de vida. De los tiempos de Cánovas hemos de recordar *La Monarquía* y aquel gran periódico *El Nacional*, creado a impulsos de Romero Robledo y dirigido por el ilustre periodista Adolfo Suárez de Figueroa.

Para sus jefes tuvo siempre nuestro periódico una adhesión inquebrantable, y un sincero afecto

para ellos y para las altas figuras del partido. Y es justo declarar que tal afecto fué correspondido



D. FRANCISCO FERNÁNDEZ VILLEGAS («ZEDA»),

ILUSTRE REDACTOR Y CRÍTICO TEATRAL DE «LA ÉPOCA». (NACIÓ EN MURCIA EN 1856.—MURIÓ EL 15 DE NOVIEMBRE DE 1916.)

siempre, aunque con alguna rara excepción. En todos los campos ha habido prohombres que se jac-

taron de menospreciar a la Prensa, y con ello pecaron de injustos y de ingratos.

El jefe conservador que más cariño profesó siempre a *La Epoca* fué el insigne Cánovas del Castillo, cuya trágica muerte, en agosto de 1897, fué tan llorada por todos como una terrible pérdida de familia, al par que como una gran desgracia nacional. Hombre de aquellos tiempos de lucha, en que tan importante papel jugaron los periódicos, Cánovas tenía en alta estima a la Prensa, concediéndola una gran eficacia como arma política. *La Epoca*, particularmente, y sus redactores, eran para él como una prolongación de su familia; ningún día dejaba de recibir a su director o a alguno de sus redactores, para transmitirle sus encargos o inspiraciones. Cárdenas, Briones, Betegón o Febrer eran los que, alternativamente, tuvieron a su cuidado este cometido. Algunos sueltos famosos que publicó *La Epoca* fueron dictados, al pie de la letra, por D. Antonio.

También D. Francisco Silvela tenía para la Prensa singular estimación, reconociendo su valor y significación, y guardó siempre a *La Época* verdadero afecto. Era que aquel ilustre político, ingenio peregrino, gran orador y gran escritor, era además un gran periodista. Lo demostró cumplidamente en *El Tiempo*, el órgano de su desidencia, en el cual escribía casi a diario. Muchos artículos y sueltos, como aquel famoso *Sin pulso*, que hizo gemir a las prensas, como entonces se decía, mucho tiempo, fueron escritos por él, con aquella su letra menudita, casi microscópica; llegó a colabo-

rar hasta en aquellas *Solfas* saladísimas, que ordinariamente escribía el excelente periodista y fácil poeta Rafael Solís.

La Época debió a D. Francisco muestras de singular consideración. Creía Silvela que el partido conservador no podía ni debía tener otro órgano, porque aquél representaba una tradición y era una bandera. Por eso, al advenir a la jefatura del partido hizo desaparecer *El Tiempo*. Igual conducta siguió D. Antonio Maura, al unir sus fuerzas políticas a las conservadoras, de las que luego fué jefe, haciendo desaparecer aquel simpático periódico *El Español*, que dirigió el ilustre Sánchez Guerra y en el que escribieron Canals, Sáenz de Quejana, Víctor Espinós y otros queridos amigos.

Silvela, para quien tan grande devoción guardamos, solía venir algunas veces a la Redacción, para buscar notas que le interesaban en nuestras colecciones. Sencillo, llano a lo gran señor, correctísimo, con su característica sonrisa, entraba en la Redacción como un camarada, preguntando: —¿Quién hay por aquí...? Y luego se informaba minuciosamente de los compañeros... Con frecuencia nos enviaba los notables artículos que ahora exhuma Llanos y Torriglia en su excelente recopilación de trabajos de Silvela...

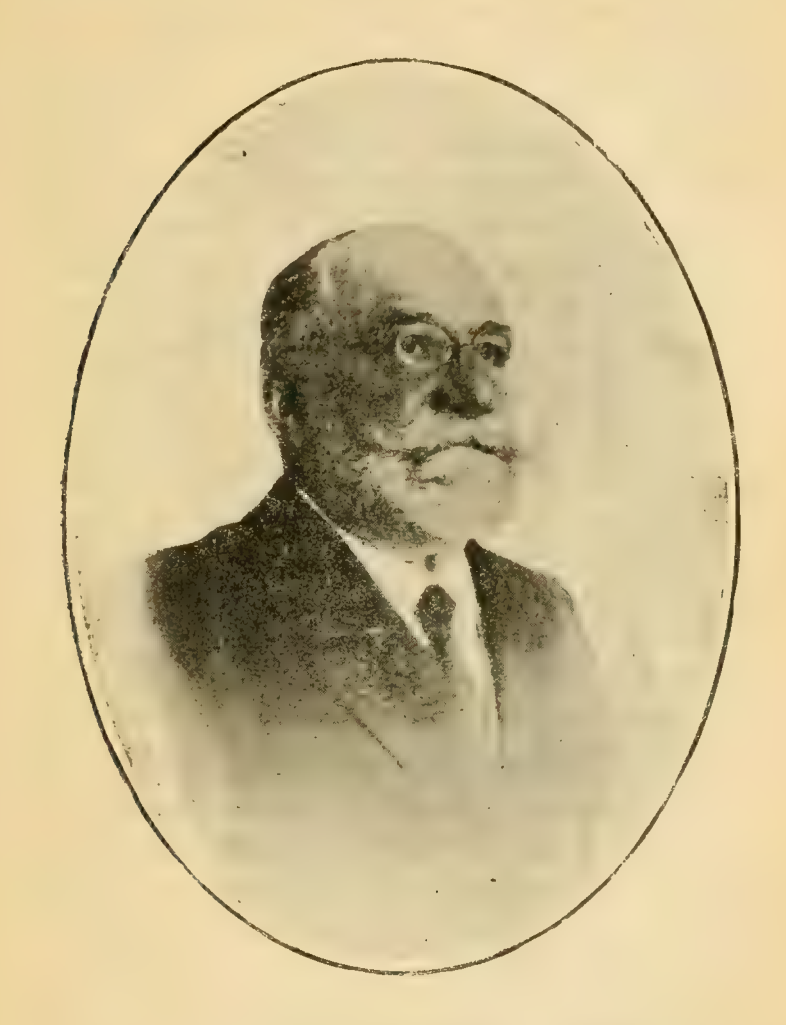
Otro prohombre del partido que estaba en constante comunicación con *La Epoca* era el insigne orador D. Alejandro Pidal, presidente del Congreso en todas las épocas conservadoras y director de la Real Academia Española. Don Alejandro escribía largas cartas muchos días y casi siempre in-

comodado por cualquier futesa periodística. Pero estos enfados le duraban poco, porque el elocuentísimo asturiano era bonísima persona. Buenos amigos de *La Epoca* fueron asimismo D. Luis Pidal, marqués de Pidal, el varón ecuánime, prudente y sabio, hermano de D. Alejandro, que con frecuencia colaboró en el periódico; el gran hacendista Fernández Villaverde, asiduo colaborador también; el inolvidable D. Arsenio Martínez de Campos, brazo militar de la Restauración y constante tutor de la Monarquía, cuyas «corazonadas» dieron lugar a no pocos cambios, y aquel bendito general D. Marcelo de Azcárraga, que tan grandes servicios prestó a las instituciones y al partido conservador, dentro de su modestia.

Desde los tiempos del insigne Cánovas, el jefe del partido conservador que más cariño tuvo al periódico fué el malogrado D. Eduardo Dato, sacrificado también por la Patria en aquel triste día 8 de marzo de 1921, quien siempre se mostró dispuesto a auxiliarle en sus empresas. Todo sencillez y bondad, todo corazón, gran señor de la política, que tenía la rara cualidad de hacerse cargo de todo, era un buen amigo de *La Epoca* y de cuantos a ella pertenecían. Su corrección, su bondad, su templanza y su exquisita prudencia, que no excluían una gran energía y una entereza que no se doblegaba en los momentos necesarios, le conquistaban el cariño y el respeto de todos.

Otro político periodista, verdadero periodista, ha sido el ilustre Sánchez Guerra, actual jefe del partido conservador, que hizo sus primeras cam-

pañas en *La Iberia*, el famoso periódico de Calvo Asensio y de Sagasta. Andaluz y poeta, hombre de



SR. D. RAMÓN DE CÁRDENAS Y PADILLA,

ILUSTRE PERIODISTA, DECANO DE LOS REDACTORES DE «LA ÉPOCA».

ingenio y de fertilísima imaginación, hubiera sido una gran figura del periodismo español; pero la

política y el Parlamento, dos de sus grandes amores, le captaron por completo y el periodista quedó eclipsado. Sin embargo, Sánchez Guerra no ha perdido el cariño y el entusiasmo que siempre le inspiró la Prensa, y lo demuestra en todo momento en que halla ocasión. Cuando D. Antonio Maura levantó bandera, separándose del partido liberal con la nutrida falange de Gamazo y fundó el periódico *El Español*, Sánchez Guerra fué designado para dirigirlo, y de nuevo hizo vida de periodista el político cordobés. ¡Con cuánto placer y cuánto cariño recordaría entonces los días de lucha y de juveniles entusiasmos de *La Iberia!*... Y entonces, y ahora y siempre, cuando un periodista ha acudido a D. José, aun después de ocupadas las más altas posiciones, ha respondido siempre, no el político, sino el periodista, el compañero afectuoso y simpático, el camarada de *La Iberia*.

Para *La Epoca* fué Sánchez Guerra uno de los jefes conservadores que demostraron su afecto al periódico con actos dignos de gratitud, de los que no se olvidan, y en la Redacción se corresponde bien a su cariño. Como a Cánovas, como a Silvela, como a Dato, se le quiere no con el afecto respetuoso que se guarda al jefe, sino con la efusión que despierta un verdadero amigo.

Entre los prohombres conservadores que prestaron cariñosa ayuda a *La Epoca* en sus propagandas y empresas hay que recordar al ilustre y bonísimo D. Augusto González Besada, al conde de Bugallal, D. Manuel Burgos y Mazo, Cierva, Domínguez Pascual, el vizconde de Eza, constante

colaborador; Prado y Palacio, el actual marqués del Rincón de San Ildefonso; D. Guillermo J. de Osma, no ha mucho fallecido; Ugarte, que fué nuestro compañero; D. Juan José Ruano, D. Carlos Cañal y el marqués de Portago, también difunto... Entre las personalidades que colaboraron alguna vez en nuestras hojas, figuraron el marqués de Estella, el conde de Esteban Collantes y el marqués del Vadillo, y actualmente el señor Sánchez de Toca, D. Francisco Bergamín, el marqués de Lema y D. Eduardo Sanz y Escartín, conde de Lizárraga.

DINASTÍA DE PERIODISTAS

Don Ignacio José Escobar, D. Alfredo Escobar y Ramírez y D. José Ignacio Escobar y Kirpatrick.

En la historia de *La Epoca*, cuyos varios capítulos concertamos y ordenamos en estas páginas y con la cual van constantemente enlazados los anales del periodismo madrileño, encontramos siempre una figura central, principalísima, que es la que, en realidad, encarna el espíritu del periódico, el eje en torno al cual gira y se desenvuelve toda esta complicada maquinaria del diario; el motor espiritual de este poderoso instrumento de acción política y social. Esa figura cumbre es D. Ignacio José Escobar, el gran periodista, que logra destacar su personalidad y labrar una fama merecida entre aquellos hombres que se llamaban Lorenzana, y Andrés Borrego, y Calvo Asensio, y Estébanez Calderón, y Alvarez Bugallal, y Navarro Villoslada, y Navarrete, y González Brabo, y tantos otros que fueron luchadores insignes en las filas de la Prensa... Funda *La Epoca* y la dirige constantemente y llena un período de cerca de veinte

años D. Diego Coello; desfilan por la Redacción figuras eminentes de la política y hombres que en el periodismo y en las letras cubrieron de gloria sus nombres... Y sin embargo, en lo que es historia y vida de *La Época*, lo mismo en aquellos momentos, observado por los que convivieron al lado de Escobar en el periodismo y en la política, que visto ahora, a la distancia de los años transcurridos, la noble y simpática figura del primer marqués de Valdeiglesias es la que se destaca y la que sobrevive, como eje y cumbre del periódico conservador.

No tuvimos nosotros, naturalmente, el placer de conocer al maestro, y menos el de trabajar a su lado; que aunque caminamos hacia la vejez con más prisa que la que fuera de desear, no es tan largo el camino recorrido que nos permitiera alcanzar meta tan lejana. Pero en los veinticinco años de nuestra convivencia con *La Época* hemos oído hablar tanto y a tantos del ilustre periodista, enalteciendo sus virtudes y méritos y ensalzando su bondad y su modestia, su prudencia en el consejo y su discreción en el escribir, que poco a poco nos fuimos familiarizando con su vida y con su obra, asimilándonos las ideas, los juicios y las admiraciones de los otros, y hemos llegado a hacernos la ilusión de que conocimos y admiramos también en plena lucha y en plena gloria al que durante más de veinte años fué director y alma de este mundo tan pequeño en apariencia, tan complejo en la realidad, en el que hay que concertar tantas voluntades y tantos pensamientos discordes y aun encontrados, que se llama un periódico.

Una de las cosas buenas del actual director de *La Época*, que tiene muchas, entre otras que no lo son tanto—¿quién es perfecto en este mundo?—, es el culto que ha hecho de la memoria de su padre, con tan obligada razón en el orden de los sentimientos como justicia en el campo de la realidad. Para D. Alfredo Escobar, el modelo de los hombres y el modelo de los periodistas es su padre; quisiera él ser como fué aquél, y siéndolo, creeríase llegado a la cumbre, a la perfección... Del mismo culto participaban los demás familiares de D. Ignacio, a los que hubimos de tratar más en la intimidad que otros: los hijos, doña Josefina, esposa que fué del cónsul D. Antonio María de Orfila, fallecida recientemente; doña Sofía, viuda del médico militar D. José Santana, y el culto ingeniero don Alfonso, y sobre todo, la esposa de Escobar, la que fué durante tantos años su leal y amante compañera, aquella bondadosa doña Francisca Ramírez Maroto, toda simpatía, toda corazón, que llamó la atención por su gran belleza, y cuya muerte, ocurrida hace pocos años, produjo tan sincero y hondo dolor... Viviendo en el ambiente de este culto filial, tan sentido y tan justo, ¿cómo no sentirse penetrado de la misma devoción y del mismo cariño hacia el periodista inolvidable?...

Meditando ante estas cuartillas, creemos ver surgir la venerable silueta de Escobar ante la mesa de trabajo, en aquella Redacción de la calle de las Torres, que ahora lleva el nombre de Marqués de Valdeiglesias, entre montañas de periódicos, leyendo afanosamente, repasando uno tras otro los dia-

rios extranjeros, tomando notas o haciendo recortes para preparar la labor, según nos lo muestran su gran amigo Cos-Gayón y su propio hijo... Y luego escribir rápidamente, febrilmente, artículos y sueltos, y cartas extranjeras, y gacetillas, y cuanto había que escribir; y entre unos y otros trabajos, revisar y corregir los originales de los compañeros, y dar a unos y otros encargos e instrucciones... Y así horas y horas, sin fatiga aparente, con igual animosidad, con el mismo entusiasmo, hasta dejar cerrada la edición...

Era Escobar hombre de una capacidad de trabajo extraordinaria. No parecía cansarse nunca, y laboraba siempre con el mismo cariño. Para no perder tiempo y aprovechar todos los minutos, se hacía llevar el almuerzo a la Redacción, y rápidamente lo despachaba, mientras revisaba unas cuartillas o leía unas pruebas. Amable y bondadoso para compañeros y subordinados, rara vez se incomodaba con ellos; su principal motivo de disgusto era que le distrajeran y le quitaran tiempo para el trabajo.

Había nacido Escobar para el periodismo, y fué solamente periodista, porque no debía ser otra cosa. Nosotros creemos en el destino de las criaturas, y creemos también que el periodista, como el artista y el poeta, nace y no se hace. En su juventud, después de hechos brillantemente los primeros estudios, siguió varios cursos de la carrera de Medicina. En esta Facultad fué condiscípulo de aquel D. Ramón de Campoamor y Campoosorio, a quien tanto admirábamos los muchachos de nues-

tro tiempo, y de entonces databa la grande y estrecha amistad de D. Ignacio con el poeta inmortal de las *Doloras* y los *Pequeños poemas*. Pero ni el genio poético de D. Ramón, ni las aficiones literarias del futuro director de *La Epoca*, se acomodaban a las áridas disciplinas de la ciencia médica, y ambos dejaron las aulas para seguir los caminos que sus respectivas vocaciones les señalaban.

El primer paso dado por Escobar en la carrera de las letras fué la fundación, juntamente con otros jóvenes de su tiempo, de la Sociedad artístico-literaria titulada El Instituto Español, Centro de cultura análogo al Liceo, de tan gloriosa historia en la primera mitad del siglo XIX. Al Instituto Español, del cual fué nombrado en los primeros tiempos presidente, pertenecieron hombres tan ilustres como Hartzenbusch, Villoslada, Bretón de los Herreros, Zorrilla, Espronceda y otros muchos poetas y escritores.

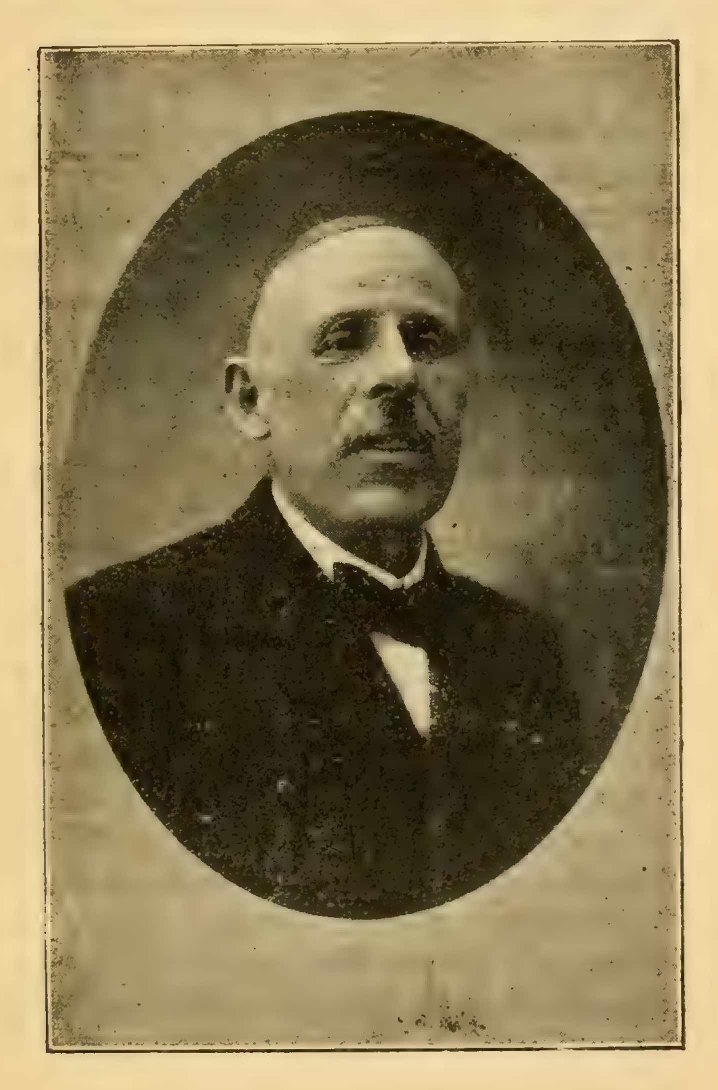
En aquel ambiente tan propicio al desarrollo de las facultades literarias, el talento de Escobar encontró su verdadera dirección. Por aquel tiempo hizo sus primeras armas de periodista en *El Corresponsal*, diario dirigido por D. Buenaventura Carlos Aribau. Escribió después en *El Español*, *El Correo* y *El Heraldo*, de Sartorius, y, por último, en *La Epoca*, en el que ingresó en 1854, y fué durante diez años redactor.

El ilustre periodista D. Manuel María Santana creyó muy modesta empresa para su talento seguir redactando las *Hojas autógrafas* de noticias que servía a los periódicos, Ministerios y otros Centros

y Sociedades, y se decidió a fundar un periódico. Fué éste, en efecto, *La Correspondencia Autógrafa*, que en los primeros tiempos se publicó manuscrita y litografiada, y que vino a llenar un vacío en la Prensa madrileña como verdadero diario de noticias. Pero el público aun no se había aficionado al género, y aquel periódico hacía lentamente su camino. A la entrada de la Unión liberal en el poder, D. Ignacio José Escobar tomó en arrendamiento *La Correspondencia Autógrafa*, a la cual cambió su nombre por el de *La Correspondencia de España*. La suerte vino a favorecer la empresa. La guerra de África despertó la avidez del público por las noticias. Escobar supo satisfacerla y *La Correspondencia* alcanzó una tirada que pareció fabulosa a cuantos conocían la circulación hasta allí lograda por periódicos españoles. Esto excitó los celos de Santana y apresuró el término del contrato.

Los servicios prestados por *La Correspondencia* a la situación unionista fueron grandes. En cambio Escobar logró fácil acceso a las regiones oficiales, donde recogía cuanto sus facultades de periodista le indicaban que era de interés para el público. Antes de tiempo terminó el arrendamiento de *La Correspondencia* mediante una indemnización de 10.000 duros pagada por Santana a Escobar, y volvió éste a *La Epoca*, que era su verdadero centro. En 1866, como D. Diego Coello fuese nombrado para un puesto diplomático en el extranjero, dejó la dirección del periódico a Escobar, en quien tenía puesta toda su confianza.

Por esta época o poco después adquirió Escobar participación en la propiedad del periódico, que fué primeramente de una cuarta parte del



EXCMO. SR. D. ALFREDO ESCOBAR Y RAMÍREZ,

SEGUNDO MARQUÉS DE VALDEIGLESIAS, DIRECTOR ACTUAL DE «LA ÉPOCA».

mismo. Más adelante adquirió otra cuarta parte, y, por último, cuando cansado Coello del periodismo y de las luchas políticas, decidió fijar su residencia en Roma, luego de haber sido embajador de España, Escobar quedóse con la total propiedad de *La Epoca*.

Desde 1861 la vida de D. Ignacio siguió íntimamente ligada a la del periódico, y en él tuvo que sostener, hasta el otoño de 1868, en cuyo mes de septiembre estalló la revolución, dificilísimas campañas, en medio de los violentos antagonismos de los partidos y de las convulsiones que amenazaban derrocar, como al cabo lo derrocaron, el trono de Isabel II.

Los esfuerzos de Escobar tendieron siempre a hacer de *La Epoca* más bien que el órgano de un partido, el órgano de las clases conservadoras. Las palpitaciones de éstas, sus frecuentes temores, sus gustos y hasta sus preocupaciones, se vieron reflejados en el periódico. Así, después de la noche de San Daniel, Escobar se separó de la Unión liberal para apoyar al Gabinete Narváez-González Brabo; pero más tarde combatió al Gabinete González Brabo en el período que precedió a la Revolución. Después de ésta, y durante los primeros meses, *La Epoca* estuvo vacilante; la preponderancia del radicalismo y las dificultades con que tropezaba la candidatura que el Sr. Calderón Collantes llamaba de la *cuasi* legitimidad, la empujaron hacia el campo de la Restauración.

Desde este momento fué *La Epoca* la bandera del porvenir, representada por la Monarquía de

Don Alfonso XII. Y si difícil hubo de ser la gestión del periódico y, por consiguiente, el trabajo de su director en los años que precedieron a la revolución del 68, aun más ardua tuvo que serlo en los tumultuosos tiempos que transcurrieron entre aquel trascendental acontccimiento y la proclamación de Don Alfonso. Al examinar la colección de *La Epoca* correspondiente a aquellos años, asombra la suma de prudencia, tacto, habilidad y buen sentido que desplegó Escobar para señalar a las clases conservadoras y a los amigos del orden el rumbo que era menester seguir para llegar a seguro puerto a través del temporal de pasiones, codicias y demencias que agitó hasta el año de 1875 los mares de la política española.

Entre los conflictos que por entonces surgieron fué uno de los más graves el motivado por la actitud de protesta del Cuerpo de Artillería ante el nombramiento del general Hidalgo para director del Arma. Cuatrocientos oficiales del brillante Cuerpo, no queriendo ser dirigidos por el hombre al que acusaban de complicidad en los asesinatos de los oficiales en el cuartel de San Gil el año 1866, pidieron su retiro, y entonces el Gobierno decretó la reorganización del Cuerpo, quedando aquéllos privados de los derechos adquiridos en el ejercicio de su carrera. *La Epoca*, inspirada por su acendrado patriotismo, puso toda su fuerza en la difícil empresa de encontrar fórmula honrosa con que poner fin a tan peligroso conflicto. Para ello inició una suscripción con que auxiliar a los oficiales de Artillería que, separados de su carrera, carecían de

recursos, y se unió a la Junta de coroneles, cuyos acuerdos solucionaron al cabo patrióticamente tan espinosa cuestión.

Para colaborar personalmente en la obra de la Restauración hizo Escobar importantes trabajos y realizó difíciles gestiones, entre ellas la de celebrar conferencias con el general Serrano, a la sazón desterrado en Biarritz; visitar en París a la Reina Isabel y el viaje a Wiesbaden para avistarse con el antiguo caudillo carlista D. Ramón Cabrera. La actitud de estas altas personalidades en pro de la Restauración del Trono y los trabajos que en tal sentido practicaba en París el general López Domínguez, de acuerdo con el general Serrano, fueron eficazmente secundados por Escobar, que solicitó, y obtuvo, para tal fin el concurso de un su amigo, acaudalado capitalista.

En un notable artículo publicado en el *Diario de Barcelona* por D. Antonio Fabié, hijo del ilustre ministro conservador, recuerda aquél una página interesante de aquellos trabajos: «El 12 de marzo de 1872—escribe—se celebró en casa del marqués de Bedmar una reunión, convocada por Cánovas, para dar cuenta a sus amigos de haber aceptado el poder de Don Alfonso; asistieron a la reunión Bedmar, el conde de Iranzo, D. Saturnino Alvarez Bugallal, D. Francisco de Cárdenas, D. Agustín Esteban Collantes, D. Bernabé Morcillo, Fermín Lazala, los generales San Román y Soria, Santa Cruz, D. José España y Puerta, Enríquez, Moreno Nieto, Fabié y D. Ignacio José Escobar. Mi padre llevó la representación de D. Pedro Salaverría, que

se hallaba indispuesto. Cánovas del Castillo propuso se formara el Comité alfonsino, que llevaría los trabajos para hacer la Restauración, el cual nombró secretario a mi padre. Designadas las delegaciones en provincias, y puesto en marcha el organismo, Cánovas redactó el manifiesto que el Rey había de dirigir a la Nación y a las Potencias extranjeras, y entregó las cuartillas a mi padre para que las diera a conocer a Salaverría, a D. Manuel Silvela, incorporado ya al movimiento, y a dos o tres personas más; al sacar el portador del documento unos papeles del bolsillo en la Biblioteca del Congreso, dejó olvidadas sobre la mesa las dos cuartillas últimas del mismo, que no tenía firma ni fecha; alguien se apoderó de ellas y las llevó a la redacción de *El Diario Español*, que hubo de publicarlas al día siguiente. A Cánovas del Castillo produjo el suceso viva contrariedad, pues llevaba la labor con gran misterio, y para despistar impuso una ligera tregua, durante la cual redactó de nuevo el manifiesto. No fué posible encontrar medio de que éste llegara a manos del Rey, pues las Embajadas extranjeras acreditadas en Madrid, a quienes se acudió, negáronse a prestar el servicio. Dispuso Cánovas, a la vista del fracaso, salieran de la Corte para Francia, llevando cuidadosamente oculto el documento, D. Ignacio José Escobar por la frontera de Guipúzcoa y mi padre por la de Cataluña».

Al regresar Escobar de aquellas andanzas y entrar en España por la frontera de Navarra, trayendo documentos de importancia y cuantiosos valo-

res destinados al movimiento alfonsino, ocurrióle una aventura que puso en grave peligro su vida. La diligencia en que él viajaba hubo de detenerse en el sitio llamado «Venta de la Tejera», ocupada por varios oficiales carlistas. En compañía de éstos sentóse a la mesa Escobar, y uno de los mismos, que le había conocido, sin intención de perjudicarle, dijo a sus compañeros «que tenían el honor de comer con el director de *La Época*». El jefe de la fuerza procedió a detener inmediatamente al viajero, y una vez identificada su persona, dió orden de que se le pasara por las armas. Pidió entonces Escobar que se le permitiera presentarse al jefe a cuyo mando pertenecía aquella fuerza. Era éste el caballeroso marqués de Valdespina, el cual, sordo en sumo grado, le escuchó atentamente, y convencido de que con aquel fusilamiento sólo conseguiría manchar la causa carlista con un crimen inútil, le dió libertad. Los compañeros de viaje de Escobar, que no quisieron abandonarle en aquel trance, le esperaron, y sin más percance que un largo paseo a pie bajo los rayos de un sol abrasador, volvió a instalarse en la diligencia y continuó su viaje, salvando los documentos y valores confiados a su custodia y dando cuenta en Madrid de la misión que se le había confiado.

Al estallar el levantamiento de Martínez Campos en Sagunto y conocerse en Madrid la noticia, el Gobierno mandó detener a los individuos que componían el Comité alfonsino, los cuales fueron conducidos al Gobierno civil, que desempeñaba D. Juan Moreno Benítez. Éste sentó a su mesa

aquel día a Cánovas del Castillo, D. Ignacio José Escobar, D. Antonio María Fabié, al conde de Sepúlveda, Botella y otros políticos.

En un reciente artículo, ameno como todos los suyos, ha recordado Cristóbal Botella, *Juan de Becón*, el incidente de aquella prisión:

«Mientras todas las damas de la aristocracia española—escribe—desfilaban por el Gobierno civil, convertido en prisión política, para visitar a los allí detenidos, haciendo de este modo público alarde de su devoción por la dinastía destronada, Cánovas del Castillo y los hombres que le rodeaban sentían viva inquietud por el resultado de la empresa emprendida, que algunos de ellos consideraban temeraria.

Esperaban con creciente impaciencia que el general Primo de Rivera, que después había de ser marqués de Estella, a la sazón capitán general de Madrid, se uniese, con la guarnición que estaba bajo su mando, al movimiento iniciado por el general Martínez Campos.

Entrada la tarde del día en que había de triunfar definitivamente ese movimiento, Cánovas del Castillo escribió una carta al capitán general de Madrid, que vacilaba entre los deberes que le imponía la Patria y los que él consideraba que podía exigirle la disciplina militar, pidiéndole que decidiera, sin excitación alguna, la suerte de España.

Ofrecía serias dificultades el hacer llegar esa misiva a su destino sin despertar recelos entre los guardianes de los detenidos. Para eso serví yo, que

en nadie podía despertar sospechas. Recuerdo con viva emoción las palabras con que mi buen padre me hizo mil encargos y mil recomendaciones, al entregarme aquel papel, a fin de que cumpliera mi misión sin cometer ninguna torpeza.

La carta llegó, sin pérdida de tiempo, a manos del general Primo de Rivera, y pocas horas después la guarnición de Madrid proclamaba Rey de España a Don Alfonso XII.»

La noticia de la actitud adoptada por la guarnición de Madrid y de que el ejército del Norte hacía causa común con el de Martínez Campos, proclamando Rey a Don Alfonso XII, fué llevada al Gobierno civil por D. Cristino Martos. Entonces D. Antonio Cánovas exhibió el poder que había recibido del Rey, y él y todos sus compañeros quedaron en libertad.

Restaurada la Monarquía, D. Ignacio José Escobar fué uno de los miembros de la Comisión encargada de recibir al joven Monarca en Marsella y de acompañarle hasta Valencia a bordo del buque de guerra *Navas de Tolosa*, y desde Valencia a Madrid.

La política tuvo para el gran periodista merecidas recompensas, aunque las circunstancias impidieron que llegase a los Consejos de la Corona. Tuvo cruces y honores; fué muchas veces diputado a Cortes por Navalcarnero y en dos legislaturas vicepresidente del Congreso, consejero de Estado y gentilhombre de Cámara de S. M. con ejercicio, y el Rey se dignó otorgarle el título de marqués de Valdeiglesias... Pero estimó siempre como su más

hermoso galardón el de ser periodista y al periódico consagró la mayor parte de su vida y sus entusiasmos todos...

*

En el mes de febrero de 1887, cuando ya contaba sesenta y siete años de edad, murió aquel hombre bueno y noble, que con tan viriles arrestos y tan generosos entusiasmos trabajó y luchó por la Monarquía. Pocos meses después sucedíale en el cargo de director de *La Epoca* su hijo y heredero D. Alfredo Escobar y Ramírez, que aun continúa desempeñándolo. Como su periódico es el decano de la Prensa de Madrid, sin que ningún otro pueda disputarle con razón bastante este título, él es el decano de los directores de periódicos, pues no habrá otro que lleve treinta y dos años, como Escobar, laborando, sin descanso, día tras día. Y su más cumplido elogio, el que más habría de halagarle, podría hacerse con decir que en tan largo período se ha hecho dignísimo sucesor de aquel gran periodista, su progenitor y maestro.

No era pequeña la carga que la desgracia echaba de pronto sobre los hombros de Alfredo Escobar, ni escasas sus responsabilidades. Y a pesar de su juventud y de la natural inexperiencia, supo salir decorosamente del grave trance, venciendo las dificultades y los escollos en fuerza de voluntad, de constancia y de tenacidad, y ha continuado dignamente, y con honor para él, la historia de su periódico, manteniendo a éste en el puesto de pree-

minencia a que fuera elevado. Con lealtad acrisolada, sin vacilación ni desmayo, defendió la causa de la Monarquía y del partido conservador, y desde su puesto de combate prestó a la patria eminentísimos servicios. Esto bastaba, si no hubiese más, para dar honrosa ejecutoria al segundo marqués de Valdeiglesias.

Llegado en estas páginas el momento de hablar de Alfredo Escobar, hemos vacilado un punto, por temor a que pudiera considerarse interesado lo que dijéramos. ¡Vano temor!... En el lugar en que nos encontramos, aun siendo la misma modestia, ni el favor nos ha de producir beneficio ni granjería, ni el disfavor perjuicio. Podemos, pues, hablar sinceramente, ya que la propia conveniencia no nos lo estorba. ¿Por qué no ejercitar este derecho de ser sinceros, sin temor a los maldicientes ni a los envidiosos?...

Cuentan los biógrafos de D. José Ignacio Escobar que era un trabajador incansable, de una enorme capacidad de trabajo, y ante todo y sobre todo periodista. En el periódico y para el periódico trabajó constantemente, escribiendo el artículo de trascendencia, como las más humildes gacetillas. Desde los dieciocho años hasta la víspera de su muerte su mano incansable no dejó de laborar un solo día. Su pensamiento, sus entusiasmos, su alma y su vida entera fueron para el periódico. Dejó de escribir cuando dejó de existir. El poeta Carlos Coello lo dijo bellamente en un soneto, en el que trazó la silueta de Escobar después de muerto: «¡Hoy descansando está por vez primera!». Y le-

yendo estas líneas creíamos estar escuchando el elogio del actual director de *La Epoca*, porque así es también Alfredo Escobar: un trabajador infatigable, para quien no reza aquello de que a cada



D. José Ignacio Escobar,

hijo del director de «La Época» y redactor del periódico.

día le basta su propio afán, y un periodista de raza, que ha puesto en el periódico toda su pasión y que experimenta el mayor de los goces trabajando y escribiendo... y haciendo escribir a los demás.

Los años y los merecimientos fueron abriendo a

sus actividades diferentes cauces. Político de abolengo, fué muchas veces diputado a Cortes y secretario del Congreso, y es ahora uno de los decanos entre los senadores vitalicios nombrados por la Corona; hombre de sociedad, muy estimado y querido en ella, la frecuenta de continuo... Pero antes que eso, y sobre todo eso, ha sido y sigue siendo periodista; en el períodismo labró su fama y su posición; del periodismo nació y el periódico fué toda su obra y toda su vida; cuando actúa en la política, en la sociedad y en las finanzas es siempre el periodista el que actúa.

Desde que tenía dieciocho años viene trabajando Escobar en el periodismo, cultivando todas las secciones, desde la crónica a la gacetilla. Cuando joven colaboró en *El Imparcial* y en *La Ilustración* y otros periódicos; luego consagró todo su esfuerzo al suyo propio, y por la significación social y aristocrática de éste se dedicó con mayor asiduidad a la crónica de salones, popularizando el seudónimo de *Mascarilla*, como antes dió a conocer el de *Almaviva*. Y al cabo de los años, Valdeiglesias, Escobar o *Mascarilla*, decano y maestro de nuestros cronistas de salones, aunque un poco cansado y un poco viejo ya, sigue siendo un enamorado del periódico y del periodismo y trabaja con el entusiasmo y el cariño de los años mozos. Y así seguirá siempre, siendo ante todo y sobre todo periodista; un gran trabajador del periódico, de mucho amor propio, que quisiera hacerlo todo, y de un admirable golpe de vista, que descubre la noticia, el suelto, la crónica y el artículo donde otros ojos

no lograron verlo. Valdeiglesias morirá, como los buenos artilleros, al pie del cañón, ocupando su puesto en la mesa grande de redacción, entre sus compañeros, que son su familia.

Comenzó Valdeiglesias su carrera de periodista a la edad en que otros jóvenes sólo se preocupan de los divertimientos propios de muchachos, cuando tenía diecisiete años. Celebrábase entonces la gran Exposición de Filadelfia y fué enviado por su padre para hacer un viaje de instrucción y de estudio por los Estados Unidos. Joven inteligente y observador, deseoso de estudiar, quiso escribir sus impresiones y envió interesantes correspondencias a *La Época*, a *La Ilustración Española y Americana* y a *Las Provincias*, de Valencia, el periódico del gran poeta D. Teodoro Llorente. Como trabajo de principiante, eran incorrectos y minuciosos hasta el exceso, llenos de repeticiones, y el ilustre Pérez de Guzmán, que los corregía, tenía que trabajar no poco. Pero en aquellas cartas, llenas de observaciones y de vida, que luego formaron un interesante volumen, palpitaba un alma de verdadero periodista y ellas decidieron el porvenir de Alfredo Escobar.

Desde entonces el periodismo ha sido para él una verdadera pasión. A él consagra toda su inteligencia y toda su actividad, trabajando sin descanso muchas horas. Él dice, en una de sus peculiares hipérboles, que trabaja «treinta horas» cada día, y si se atiende a la intensidad del trabajo, puede que tenga razón. No se limita a las tareas directivas del periódico, que no es labor

despreciable, y a inspirar a unos y a otros artículos, sueltos e informaciones, sino que a su vez es también cronista y revistero de salones, y reporter y gacetillero. La noticia le enamora, lo mismo que la crónica, la información y el artículo. El dar en su periódico una noticia nueva, que ningún otro colega atrape, lo considera como un triunfo.

Si tuviéramos que establecer alguna distinción entre el padre y el hijo, diríamos que D. Ignacio José Escobar fué un gran periodista político, acomodado a su tiempo, como lo fueron los Lorenzana, los Borrego, los Coello, y que Alfredo Escobar ha sido sencillamente un periodista, un gran periodista a la moderna, lleno de iniciativas, de inventiva felicísima, un poco a la norteamericana, capaz de hacerlo todo y de intentarlo todo para lograr un *reportage*. Para hacer informaciones nuevas y originales, él ha sido el primer periodista español que ha hecho ascensiones en globo libre y en aeroplano; él ha entrado en una jaula de fieras, acompañado del domador, en pleno circo de Parish; ha realizado largos viajes, y sería capaz de intentar una expedición a la luna, o a los propios infiernos. A pesar de su edad, durante la guerra europea hizo dos visitas a los frentes de batalla, sin temor a la fatiga. Cuando la Infanta Doña Isabel hizo su viaje a la Argentina, en 1910, acompañaron a la augusta dama varios ilustres periodistas, y Escobar fué el único que sacó verdadera sustancia al viaje, escribiendo buena cantidad de crónicas y publicando luego un interesantísimo libro, como antes había publicado otro con las

crónicas de los viajes del Rey Don Alfonso XII.

No ha sido nunca el segundo marqués de Valdeiglesias un buen articulista político; no ha sido tampoco un escritor brillante; pero ha sido un buen periodista, un buen director y un escritor ameno. Muy aficionado a los viajes, a la lectura y al estudio, en los libros y recorriendo los países extranjeros se ha formado una cultura extensa, varia, no profunda; cultura a lo periodista, que permite saber de todo y hablar de todo, sin profundizar en nada, como el periódico requiere. Si se hubiera especializado en una materia cualquiera, sería en ella una eminencia, por lo mucho que ha leído, principalmente de arte, poesía y literatura. Pero es un temperamento inquieto y nervioso, incapaz de dominarse y de sujetarse a ninguna disciplina. Cualquier otro, con menos talento y menos condiciones, hubiera sido ministro, y académico y cuanto quisiera. Él se ha contentado con ser periodista, aunque alcanzó no pocos merecidos honores en España y en el extranjero, entre los cuales es el más preciado el de la Gran Cruz de Alfonso XII, que posee.

Trabajador infatigable, en la labor diaria constante, realizada con verdadero cariño y entusiasmo, aprendió el arte de dirigir. Y es tal su amor al oficio y tan incansable su actividad, que refleja sus iniciativas en el artículo político y en los estudios económicos; en la crónica literaria y en las revistas de actualidad, como en las informaciones callejeras, no obstante haber sabido rodearse siempre de escritores y periodistas distinguidos, mu-

chos de los cuales alcanzaron en las letras justa nombradía y en la política altas posiciones. Su especialidad periodística ha sido la crónica de salones. En este arte, ni el gran *Asmodeo*, que lo inventó, ni *Kasabal* luego, hicieron tanto como *Mascarilla*, porque si fueron más literatos, eran menos periodistas. Los cronistas que han venido luego no han inventado nada, y no han hecho más que seguir las huellas de *Mascarilla*. Con los millares de crónicas amenas que escribió Escobar, de descripciones de palacios y casas y de otros asuntos, se podría formar toda una biblioteca interesante y amenísima.

Tal es, en rápida y sincera síntesis, este gran periodista que se llama Alfredo Escobar. Así creemos que es esta ilustre figura de la Prensa madrileña.

*

En el periodismo no se han ofrecido casos frecuentes de «dinastías» como en la política, dentro de la cual formáronse en torno de muchos prohombres verdaderas cohortes de hijos, yernos y sobrinos. En la Prensa apenas conocemos más que dos casos de verdaderas «dinastías», ya que no se puede considerar así ni a los López Roberts, ni a los Suárez de Figueroa, ni a los Botella, ni a otros ilustres periodistas que pertenecieron a la misma familia. Uno de aquéllos es el que se nos ofrece en *El Imparcial*, popular colega, que después del inolvidable D. Eduardo Gasset y Artime han dirigi-

do su hijo D. Rafael Gasset y Chinchilla, ministro de Fomento en la actualidad, y su nieto D. Ricardo Gasset y Alzugaray, director en estos momentos, sin contar otros nietos que también alcanzaron envidiable nombre en las letras y en el periodismo. El segundo caso a que nos referimos es el de *La Epoca.*

Después del ilustre D. Ignacio José Escobar ha venido a dirigir el periódico su hijo D. Alfredo. Para descontar el porvenir, que Dios haga sea muy lejano, ya trabaja en la Redacción de *La Epoca* el tercero de los Escobar, un muchacho inteligente, estudioso y simpático, un poco inquieto aún y un poco incierto en las ideas por su juventud, pero que acusa todos los rasgos salientes de su casta. José Ignacio Escobar y Kirkpatrick es abogado, hizo sus estudios con brillantez y aprovechamiento; ganó por oposición una plaza en el Consejo de Estado, e hizo bizarramente la campaña de Marruecos como soldado de cuota. Es laborioso y escribe con soltura; sus primeros ensayos prometen de él que será un buen periodista y un buen director de *La Epoca.* Bajo su dirección el periódico de don Diego Coello podrá celebrar el centenario de su fundación. ¿Quién de nosotros podrá acompañarle?...

LOS REDACTORES JEFES

Don Eduardo Gómez de Baquero.— D. Jerónimo Bécker.—D. Mariano Marfil.—D. Salvador Canals.

A mantener las tradiciones, el buen nombre y el prestigio de *La Epoca*, sirviendo con toda lealtad al periódico y al partido conservador, contribuyeron sus redactores jefes, que compartieron la dirección con Valdeiglesias y sustituyeron a éste en ausencias y enfermedades. En este punto tuvo Escobar un gran acierto, que acaso fué mejor buena fortuna: el de rodearse de periodistas de talento, escritores de mérito y hombres leales y honrados, que defendieron sus ideales políticos con entusiasmo y desinterés admirables, ya que sus esfuerzos y sus méritos no fueron siempre recompensados en la política, y sirvieron al interés del periódico con un cariño y un buen deseo que no es fácil superar.

Tres redactores jefes llenan el período de veinticinco años que examinamos: Gómez de Baquero, el cultísimo literato y crítico; Jerónimo Bécker, el laborioso historiador, actual bibliotecario de la Academia de la Historia, y Mariano Marfil, que lo

es actualmente, y que Dios quiera lo sea por muchos años.

En el puesto de redactor jefe sustituyó Gómez de Baquero a D. Manuel Tello, a la muerte de éste. Antes llevaba la sección de crónica extranjera, ocupándose también de política interior. En la culta revista de D. José Lázaro, *La España Moderna*, se había hecho ya una envidiable reputación de crítico con sus notables crónicas literarias; años después, con su «Diario de un espectador», popularizó en *La Epoca* el seudónimo de *Andrenio*, con el que después ha colaborado en tantas publicaciones. Durante unos diez años fué un admirable redactor jefe, y cesó en este cargo por querer descansar de la vida activa del periódico, dedicándose a sus colaboraciones. Al morir Fernández Villegas, a fines de 1916, volvió Baquero a la Redacción de *La Epoca* para encargarse de la crítica teatral, según se hizo constar en otro sitio, y no ha mucho tiempo abandonó este trabajo para atender a más importantes colaboraciones.

La personalidad de Gómez de Baquero es harto conocida y prestigiosa en las letras contemporáneas para que necesite de nuestra alabanza. Todos saben que es un notable cronista, de una finísima ironía y de un escepticismo que no muchos advierten; su bello libro *Aspectos*, lleno de exquisitas sensaciones, en cuyos artículos laboró la pluma como un cincel, haciendo prosa de castiza filigrana, es la mejor representación que de Baquero puede ofrecerse como cronista. Pero antes que eso, el notable escritor es el primer crítico de nuestro tiem-

po, de una cultura literaria excepcional, de un buen gusto y de una corrección modelos, de una fina y rápida percepción, de un arte impecable. Sus libros



ILMO. SR. D. EDUARDO GÓMEZ DE BAQUERO,

ILUSTRE CRÍTICO LITERARIO, EX REDACTOR-JEFE DE «LA ÉPOCA».

Letras e ideas y *Novelas y novelistas* acreditan a un maestro.

Para muchos, antes de recopilados los trabajos que formaron esos libros, ya Gómez de Baquero gozaba la misma envidiable reputación como crítico. Cuando murió el gran *Clarín* y trató de sustituírle *El Imparcial* en la crítica literaria, buscó a

Baquero como digno sucesor del autor de *La Regenta*, y aquellas correctísimas crónicas llenaron cumplidamente el vacío que dejó la muerte.

El exquisito literato a quien todos conocen y admiran hoy, un tanto mundano, un poco excéptico, siempre independiente, pero amable y correcto, que escribe con guante blanco y maneja la ironía con la elegancia de un florete en un asalto académico, no es el Gómez de Baquero a quien nosotros conocimos en nuestro tiempo, el periodista infatigable, cartujo del periodismo, que pasaba la mayor parte de las horas del día escribiendo, leyendo y estudiando, con el cerebro siempre en actividad, apartado de toda clase de diversiones, sin frecuentar los Círculos, sin pasear apenas. Era entonces un hombre oscuro y retraído, un poco huraño, poco comunicativo y menos locuaz, que hacía una vida imposible para la salud del cuerpo y del espíritu. De su casa a la Redacción y de la Redacción a su casa, y en ambos sitios laborando siempre, para reservar al descanso el menor número de horas posible.

En su cargo de redactor-jefe trabajaba mucho y descansaba poco. Escribía sueltos, el artículo político cuando era necesario o alguna crónica; revisaba los originales ajenos y corregía pruebas. Manejaba siempre la pluma con soltura y elegancia, no con rapidez, y las cuartillas salían de sus manos impecables, casi sin tachaduras, como obra de un pensamiento firme y seguro. Cuando escribía no gustaba de que le distrajeran, y llegaba hasta incomodarse, abstrayéndose por completo en la la-

bor. Por las tardes, a última hora, cuando el trabajo amainaba, en los momentos en que se cerraba la edición de Madrid, se descansaba y se charlaba un rato, y el redactor-jefe se convertía en un ameno camarada. Si se le consultaba sobre algún tema literario, Baquero contestaba con sencillez y claridad, y burla burlando, sin pretensiones, daba una conferencia amenísima, llena de interés, que encerraba una sabia lección de ideas, de cosas y de hombres.

¡Oh, aquel exquisito *Diario de un espectador!* No lo olvidaremos nunca. ¡Con qué justeza, con qué corrección y con qué exquisita sensibilidad daba el maestro la emoción de cada día!... El *Diario de un espectador*, revelación de un magno cronista, marca en la vida de Gómez de Baquero una época nueva. El periodista empieza a dejar de serlo, por hastío acaso, por desengaños de la política quizás, y el redactor-jefe se eclipsa luego. Entonces queda solamente el buen literato, el cronista y el critico, cuya colaboración se solicita de todas partes, porque es una firma que honra.

La política ha sido con Gómez de Baquero ingrata e injusta, ¿por culpas ajenas acaso? ¿por algo de culpa propia quizás? No nos toca a nosotros inquirirlo, ni ello tiene aquí lugar adecuado. Solamente es ocasión de decir que la política, por lo que fuera, ha sido injusta con él. El ilustre escritor fué juez municipal, tiene un destino en Gracia y Justicia y ha sido consejero de Instrucción pública y presidente de su Comisión permanente. No ha desempeñado cargos en la política, después

de haberla servido tantos años; no ha sido diputado, ni senador; no es todavía académico... Convengamos en que para un hombre de tan alto valimiento todo eso es una gran injusticia.

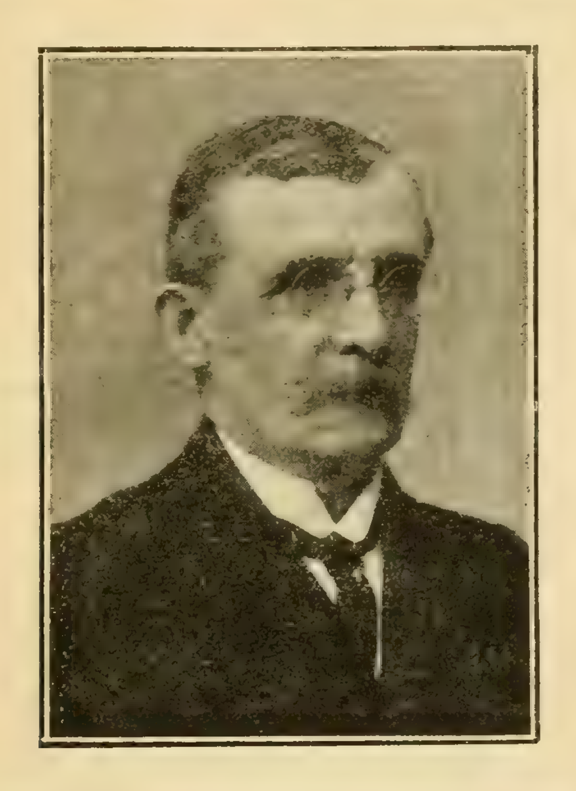
*

Como redactor-jefe sustituyó a Baquero don Jerónimo Bécker, periodista político y erudito historiador, en cuyo bagaje figuran muchos interesantes libros, que le llevaron a la Academia de la Historia. Bécker era ya redactor de *La Epoca* desde hacía algún tiempo. Cuando Cristóbal Botella marchó a París, venía durante los veranos, y luego entró de redactor fijo, como articulista político. Por espacio de cinco o seis años fué redactor-jefe, demostrando su competencia y una gran honradez profesional.

Era entonces D. Jerónimo un verdadero veterano del periodismo, en el cual trabajaba desde la juventud, sin lograr las merecidas recompensas. Había nacido en 1857, en Salamanca, y fué redactor de *El Globo* y director de *La Regencia* y de *El Clamor*, en los que se acreditó de buen polemista. Gran trabajador, laboraba desde la mañana a la noche, sin fatiga aparente; escribía despacio y muy correctamente, con una letra menudita, como de patas de mosca, cubriendo pulcramente la cuartilla, para no mancharla, con otra doblada. Y cuando parecía que aun estaba en el comienzo de su artículo, porque sólo tenía dos cuartillas o poco

más, resultaba que había hecho lo suficiente para llenar una columna de *La Epoca.*

En la apariencia era Bécker un sujeto severo, malhumorado, casi irascible, pero en el fondo era



EXCMO. SR. D. JERÓNIMO BÉCKER Y GONZÁLEZ,

EX REDACTOR-JEFE DE LA ÉPOCA», ACADÉMICO BIBLIOTECARIO DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA.

un hombre bonachón, a quien fácilmente se halagaba y complacía. Fué un luchador honrado y laboriosísimo, que prestó buenos y leales servicios, dando cuanto podía, y no alcanzó las debidas compensaciones. Así, era un amargado de la vida, que

fué madrastra para él y le abrumó con sus amarguras, a cambio de muy escasas satisfacciones. ¿Qué extrañar, pues, que apareciera malhumorado y casi irascible quien ocultaba en el fondo de su alma tan hondos dolores?

Pertenecía D. Jerónimo al cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios, prestando sus servicios, como los sigue prestando, en el Ministerio de Estado, y con el periodismo alternaba los estudios históricos, a los que debe la única verdadera compensación alcanzada en su vida: la de haber sido llevado a la Academia de la Historia, premiando su extensa y útil labor. Trabajador constante, metódico y tenaz, gran buceador en los archivos, escribió numerosos libros y llevó a la docta casa un buen bagaje científico. Recientemente designóle la Academia para ocupar el puesto de bibliotecario, en el que prestará los mejores servicios.

Dentro de la historia cultivó Bécker la especialidad de los estudios diplomáticos y comerciales. Es también muy competente en los geográficos y un buen africanista. Entre sus numerosas obras recordamos las tituladas *Historia política y diplomática*, *La tradición política española*, *Bodas reales en España*, *Historia de Marruecos*, *España e Inglaterra*, *Acción de la Diplomacia española*, *Los estudios geográficos en España*, *La vida local en España*, *España y Marruecos*, *Relaciones comerciales entre España y Francia*, *Relaciones diplomáticas entre España y la Santa Sede*, *La política española en las Indias* y *La independencia de América*. Últimamente ha dado a luz el libro *La reforma cons-*

titucional en España, que es una interesante aportación para el importante problema que en la actualidad se debate.

*

En marzo de 1910 ingresó en la Redacción don Mariano Marfil, para llevar la sección de extranjero (en la que había cesado Augusto Barrado para ocuparse solamente de la crítica musical) y tratar también asuntos políticos y militares. Procedía de *El Ejército Español*, y era entonces un mozo de poco más de veinticinco años, pero de aspecto serio, grave y reflexivo, como si tuviera muchos más; su recia barba negra contribuía a aumentar la palidez y la severidad de su semblante de asceta. Pronto descubrió todo lo que llevaba dentro, mostrando excepcionales condiciones de cultura, laboriosidad y talento. Aquel mozo grave y sesudo era de la cantera de los grandes periodistas, y venía a *La Epoca* a continuar las tradiciones de los buenos escritores políticos, figurando dignamente en la serie de los Coello, Escobar, Cos-Gayón, Maldonado, Pérez de Guzmán y Gómez de Baquero.

Pertenece Marfil a la carrera de las armas, pero sus amigos casi se olvidan de ello; al menos no lo advierten por las insignias exteriores, ni aun por el carácter, que si puede parecer autoritario cuando se incomoda, es constantemente franco y jovial en las horas de camaradería. En Avila siguió los estudios de Administración militar, con tan singular aprovechamiento que fué constantemente el núme-

ro uno, y con el mismo salió en su promoción. Destinado a Zaragoza como oficial, cualquier otro, joven, militar, sin grandes obligaciones, se hubiera dedicado a holgar y a divertirse, después de cumplidos sus deberes. Pero siendo estudioso por temperamento e incapaz de estar ocioso, Marfil hizo allí brillantemente los estudios de la carrera de Derecho, que terminó en Madrid con el doctorado. Y sobre la base de estas dos grandes ramas de conocimientos, la militar y la jurídica, leyendo y estudiando de continuo, formó una cultura enorme, no solamente en aquellas disciplinas, sino en política, en historia, en sociología y aun en literatura. En estas condiciones, natural era que el militar-abogado derivase hacia el periodismo, en el que había de ser por razón de sus méritos una personalidad.

Dentro de su doble profesión cultivó Marfil la especialidad de los estudios jurídico-militares, y ha llegado a ser una autoridad en la materia, por lo cual ha figurado mucho tiempo en la Comisión de Codificación. Siendo un mozo antes, y ahora siendo todavía joven, ostentando las insignias de capitán, es una de las capacidades del Cuerpo de Intendencia. Le consultan los compañeros y los jefes, y en toda cuestión grave y trascendental el consejo de Marfil es decisivo. Con Benítez de Lugo fundó la Biblioteca Jurídica de Guerra y Marina, y en ella ha publicado libros importantes, como los titulados *Penas militares*, *Penas comunes del Código militar* e *Influencia de la educación militar en la civilización de los pueblos*. Además ha publicado muchos notables trabajos en diversas revistas pro-

fesionales y en el *Boletín* de su Cuerpo, así como en otras de carácter político y literario, cual *Nuestro Tiempo* y *La Lectura.*

Modesto y sencillo, enemigo de toda ostentación, no hace jamás gala del caudal de sus conocimientos; pero cuando llega la ocasión oportuna para demostrar la cultura y erudición que posee, lo hace cumplidamente. Ejemplo de ello es su magnífico libro *Relaciones entre España e Inglaterra desde la paz de Utrech*, que logró un importante premio único, en un gran concurso internacional, al que concurrieron notables escritores de distintos países.

Al abandonar D. Jerónimo Bécker, ya académico de la Historia, el puesto de redactor-jefe de *La Epoca*, ocupólo por derecho propio D. Mariano Marfil, que durante algún tiempo ha sido también director efectivo del periódico, y en ese cargo ha seguido demostrando brillantemente sus dotes de talento, reflexión, prudencia y ecuanimidad, y con ellas las de una lealtad y caballerosidad sin tacha, Tales dotes le conquistaron el afecto, la estimación y la confianza de los jefes del partido conservador, y antes el inolvidable D. Eduardo Dato, y ahora el Sr. Sánchez Guerra, han visto en él un hombre de cualidades excepcionales, leal y prudente en el consejo, que puede y debe tener un brillante porvenir en la política, y que es seguro que lo alcanzará.

En la última etapa de gobierno conservador, el Sr. Sánchez Guerra ofreció al entonces novel diputado puesto de tanta confianza como el de subse-

cretario de la Presidencia. En ese cargo ha sido un auxiliar eficacísimo del ilustre jefe conservador, al que ha prestado muchos y valiosos servicios, de los que se recompensan con más altos premios. Tenemos por seguro que este gran periodista renovará la tradición de aquellos ilustres escritores, como Alvarez Bugallal, Cos-Gayón, Navarro Rodrigo y otros, que salieron de la redacción de *La Época* para ser ministros de la Corona.

Pero subsecretario antes, mañana ministro, Marfil seguirá siendo escritor y periodista. Esto de escribir en los papeles es un vicio que una vez metido dentro, no se desarraiga jamás. Y mañana, como ayer, el periodista-político será un buen amigo jovial y un excelente camarada, incapaz de sentir los estímulos del engreimiento.

*

Al hablar de los que han sido y son verdaderos directores de política en *La Época*, no fuera justo olvidar al gran periodista D. Salvador Canals, que tanto ha contribuído con el prestigio de su nombre y de su pluma al del periódico que se honra contándole entre sus redactores. Durante muchos años, no recordamos ya cuántos—doce, quince, veinte quizás—, ha venido enviando al órgano conservador sus admirables artículos de fondo, y bastante tiempo, especialmente en la época de don Antonio Maura, la pluma de Canals era la que definía, en la primera columna del periódico, la política del partido.

En ese lapso de tiempo a que hacemos alusión el magno periodista prestó eminentísimos servicios, entre ellos, y muy principal, el de la publicación de su notable libro sobre los sucesos de Barcelona y de Marruecos de 1909, y fué uno de los primeros y más eficaces auxiliares del Sr. Maura. El ilustre jefe conservador no hizo justicia a los grandes méritos y servicios de Canals, recompensándole debidamente, y no le ascendió a ministro. Bien es verdad que de esa injusticia, que es también ingratitud, han participado otros. Porque Canals, al cabo de tantos años de brillante lucha, cuando tantos merecimientos y títulos le sobran, no ha sido aún ministro. ¡Y lo han sido tantos que son casi en absoluto insolventes dentro de la vida intelectual!...

Nosotros guardamos a Canals devoción y reconocimiento desde hace justamente veinticinco años; nuestra admiración data de más larga fecha. Cuando veníamos de tierras andaluzas, con nuestro hatillo de periodistas noveles y un buen zurrón de ilusiones, él fué el primero que nos tendió una mano de cariño y de aliento. Era entonces redactor-jefe de *El Nacional*, que estaba casi en sus postrimerías, pero que aun conservaba su personalidad de gran periódico; de director continuaba D. Adolfo Suárez de Figueroa, y uno de los redactores políticos principales era el veterano Diego Gálvez, que luego fué también un excelente camarada en *La Epoca*. Acudimos a Canals con la pretensión de ingresar en aquella Redacción, y el maestro nos habló con simpática franqueza:

—Mire usted, amigo: entrar aquí no le tiene nin-

guna cuenta, porque aquí no hay dinero. Del poco que entra, Adolfo se lleva la parte principal; yo me llevo otro poco; para los demás apenas queda... Pero como a usted lo que le conviene es escribir, y firmar y darse a conocer, mándeme todos los artículos que quiera y yo se los publicaré.

No hablamos más. Desde entonces comenzamos a enviar a *El Nacional* modestísimos trabajos, todos los cua'es aparecieron firmados con nuestro flamante seudónimo. Algunas crónicas de la calle, algún cuentecillo, algún artículo político... Aquellos trabajos fueron nuestra fe de vida en el periodismo madrileño, y pocos meses después nos servían como tarjeta de presentación y como ejecutoria para ingresar en *La Epoca*, de donde ya no habíamos de salir nunca... He aquí porqué guardamos a D. Salvador Canals tan añeja devoción y tan justo reconocimiento, que siempre vivirán con nosotros.

El nombre de Canals, verdadero maestro de periodistas, vivirá siempre en la historia de la Prensa madrileña, unido a la época de sus mayores progresos, quieran o no quieran sus enemigos y detractores. Para dar relieve a ese apellido, famoso en periodismo, no es necesario que a él se una ningún adjetivo ni epíteto relumbrante, que tanto se han prodigado entre currinches y medianías. Porque Canals no es un periodista más o menos ilustre; puede decirse que es «el periodista» por antonomasia. Desde que se reveló en el *Heraldo* y en el *Nuevo Heraldo*, con Augusto Figueroa y Julio Burell, Canals apareció como un maestro; los periodistas jóvenes de aquel tiempo copiaban en

él el modelo que más les seducía. Sin quitar nada a la gloria de aquellos grandes escritores periodistas, todos sabemos que aquel admirable *Heraldo de Madrid* de los tiempos de D. José Canalejas, era principalmente fruto de la inspiración, del talento y del amor al trabajo de Canals, que por sí solo realizaba la labor de muchos periodistas.

Como ha dicho uno de sus biografos, en Canals hay siempre dos preponderantes cualidades que rara vez se encuentran juntas: una, nativa, hija de la contextura cerebral, que es el genio de escritor, las ideas, el estilo, la rapidez para concebir y para producir un gran artículo en cuarenta minutos de trabajo; y otra, hija de la voluntad y de la fuerza, la capacidad para la labor, las doce horas de tarea, el no cansarse de los demás ni de sí mismo —hombre de genio, injerto en fuerte obrero.

Canals no es solamente el escritor de gran inspiración que traza el artículo magnífico, que horas después ha de llamar la atención, siendo comentado por todo el mundo. Es el periodista que lo hace todo y todo bien; que se cuida de todos los detalles de redacción y confección; que dispone las informaciones de actualidad y destaca sus huestes como un general en jefe, para reunir luego en un haz armónico y bello el fruto de la labor de todos; que coge la información de un suceso, mal hecha, y la reviste de interés y amenidad; y quita los títulos disparatados, sustituyéndolos con los propios y sugestivos; y compone artísticas «cabezas», para dar mayor relieve a los artículos e informaciones; que ilustra, como sólo saben hacer

los grandes dominadores del periodismo, con quince o veinte líneas rápida y vibrantemente escritas la noticia del extranjero, convirtiendo así un sencillo telegrama de *Fabra* en una de las partes más interesantes del periódico; y saca de un casi analfabeto un buen *reporter;* y termina la labor del día junto a las platinas, confeccionando el periódico con arte y elegancia, como el más consumado regente.

Dentro del periódico Canals ha hecho cuanto hay que hacer en él, con arte, con primor; desde el artículo doctrinal, nutrido de ideas, al telegrama y la gacetilla; la crónica literaria, ligera y amena; la nota de actualidad, rápida y vibrante, recogiendo en diez renglones la sensación de cada día; el artículo de polémica, enérgico y contundente, lleno de punzante ironía, que con una frase graciosamente cruel destroza al adversario; la crítica teatral, de fina observación y recta imparcialidad; el suelto político, la información... Pero en Canals siempre domina sobre el literato y sobre el crítico el periodista. Sus notables libros, obras de información y de lucha, de las cuales no hemos de hacer inventario, son libros de periodista principalmente.

Sobre las cualidades apuntadas resaltan en Canals otras muy importantes. Una de ellas es una capacidad de trabajo extraordinaria, casi inverisímil. Se levanta con el sol, para aprovechar bien el día, y en unas horas de la mañana despacha rápidamente su labor periodística de *La Epoca*, de *El Universo*, de su revista *Nuestro Tiempo*, de sus co-

laboraciones de provincias... Escribe ligero, con gran seguridad, sin tachaduras, y en las cuartillas de su letra microscópica mete una columna. Después le queda el día libre para maniobrar en la política y en las finanzas, a las que es tan aficionado. Tiene, además, una voluntad ferrea y una tenacidad inquebrantable; hace cuanto se propone hacer y consigue cuanto quiere. ¿Hay nada más refractario para un periodista y un literato que los números? Pues Canals se ha empeñado en domeñarlos y lo ha conseguido. Maneja la estadística como pocos; domina el arancel; escribe artículos llenos de cálculos, que aterran, y hace verdaderas diabluras con los números...

Lo único que hasta ahora no ha conseguido Canals es ser ministro. Se ha quedado en subsecretario. Y es que el gran periodista no ha querido contar con la injusticia, con la ingratitud y con la envidia de las gentes...

LOS REDACTORES DE AYER Y LOS DE HOY

En un lapso de tiempo tan dilatado como el de los cinco lustros que examinamos, y tratándose de periódico tan hospitalario, natural era que por su Redacción desfilara gran número de periodistas, ilustres los unos, conocidos los más, modestos muchos. Nosotros conservamos en el deficiente archivo de nuestra memoria un puñado de nombres simpáticos, de camaradas que merecen grata recordación. Pero sentimos olvidar otros muchos más, y los involuntariamente omitidos habrán de perdonarnos la falta de que, en salud, queremos curarnos.

Entre los redactores que ingresaron en los primeros tiempos recordamos al veterano Eusebio Montes, casi contemporáneo de Espartero, que aun sigue haciendo la información de la Presidencia y que nos asombra con sus florecimientos juveniles; al notable cronista y poeta Cristóbal de Castro, actual gobernador de Teruel, cuyo hermano Luis, inspirado poeta y novelista también, estuvo recientemente en nuestra casa; a Emilio Dugi, periodista excelente y de gran cultura, que se ha especializado en las cuestiones de Marruecos; Miguel Mora-

les, cronista de Tribunales, conocido por su seudónimo *Uno del Foro*, y Angel Torres del Alamo, el gran sainetero, que aun figura en la Redacción, un tanto platónicamente, publicando de vez en cuando las graciosas anécdotas «Del ingenio ajeno», en los descansos de sus envidiables éxitos.

Sumamos en esta lista a los laboriosos e inteligentes hermanos Alberto y Arturo García Carraffa, periodistas y escritores de varias aptitudes, que ahora están publicando una utilísima *Enciclopedia heráldica;* el excelente Arturo Humanes; el malogrado doctor D. Eduardo Toledo, a quien sustituyó como redactor-colaborador médico D. Francisco Massip; Manuel Luengo, Diego Borrajo, Mariano Sánchez de Enciso, escritor distinguido; Artemio Precioso, Eduardo Quiñones, un simpático periodista asturiano, que trabaja con fruto en la Habana; José Juan Sanchiz, Rodolfo Pérez del Prado, que ha abierto ancho campo a sus talentos y actividades en la explotación de la publicidad; Rafael Solís, un buen poeta festivo, que figuró en la Redacción de *El Tiempo*; Juan de Dios Iturriaga, inteligente reportero, ahora redactor de *La Acción;* Manuel Ruiz Ormaechea, recientemente fallecido; Manuel Jiménez Moya, periodista ingenioso y de notables aptitudes; Román Martínez, José Toral, que luego ha conquistado justo renombre como novelista; José María Arellano, un bilbaíno listo y de suerte, que llegará lejos; Francisco Belmonte, un periodista extremeño, inteligente y simpático, que en la abogacía está alcanzando merecido éxito, y Rodríguez Echagüe, el malogrado oficial avia-

dor y admirable jinete, que tantos triunfos lograra en los concursos hípicos con su famoso caballo «Longinos».

Más adelante pertenecieron también a nuestra Redacción el notable periodista Diego Gálvez, que figuró en *El Nacional* con Adolfo Figueroa y con Salvador Canals; Enrique López Alarcón, el admirable poeta y aplaudido autor dramático; José Bethencort, *Angel Guerra*, notable escritor y diputado a Cortes; Pepe Zahonero, el culto literato y eterno y simpático bohemio; Ramón López Montenegro, periodista enciclopedia, que de todo hace y de todo bien; Eugenio Sellés, hijo del ilustre marqués de Gerona; Eduardo Palacio Valdés, insustituíble secretario de la Asociación de la Prenta y actual redactor de *A B C;* Julio Romero, el excelente reportero de *El Imparcial;* Manuel Alfonso Acuña, Francisco de Torres, aplaudido autor dramático; Luis de Terán, distinguido escritor y simpático camarada, que da tres y raya al caballero Tho Rama en los trabajos de adivinación del pensamiento; Luis Sallés de Toledo, Diego López Moya, uno de los hombres que han hecho más extraordinarios juegos malabares con la hipérbole; el canario Benítez Usaola, Tomás de Elizondo, un desgraciado bohemio; Jorge de la Cueva, cultísimo periodista y notable autor dramático; José Hevia, excelente escritor militar; José Tellaeche, redactor actualmente de *El Imparcial* y autor aplaudido también; Edmundo González Blanco, notable y simpático escritor, de una enorme cultura; el distinguido crítico de arte Ceferino Palencia Tubau, Vicente Calvo Acacio,

notable periodista valenciano; José Rodríguez de la Peña, Leandro Cerón y Sebastián Larceguí.

Entre los que fueron nuestros compañeros durante el decenio último debemos contar también al malogrado ingeniero D. José Igual; a Emilio Llasera, el elocuente letrado, ex gobernador de Segovia; al cronista Miguel de la Cuesta; al veterano periodista D. Angel Murciano; Alberto de Segovia, culto literato; Guillermo Perrín, excelente traductor y aplaudido autor cómico; Cristino Fernández Villegas, hijo del inolvidable *Zeda;* Rafael Beltrán, redactor de *La Correspondencia de España;* el deportista Sánchez de León, el malogrado Alfonso Villalba, José Avello y Benjamín Marcos, con algunos otros más, de cuyos nombres no podemos acordarnos.

A propósito de antiguos redactores, hemos de recoger una nota curiosa, que no hemos visto en ningún otro artículo. Se refiere al ilustre actor, ya retirado de la escena, Mariano de Larra, que perteneció a la Redacción anterior a 1898, colaborando en la sección de «Sucesos». Ya por entonces trabajaba con gran éxito en las funciones de aficionados, y de aquí salió para actuar en el teatro de Lara, donde pronto alcanzó envidiable reputación y un merecido puesto entre los actores cómicos más eminentes de nuestro teatro.

Como este popularísimo actor, pasaron por nuestra casa, en rápida estancia, ilustres personalidades de las letras. Entre ellas, honraron nuestra mesa de trabajo el gran novelista Ricardo León y el eminente crítico Julio Casares, ambos académicos de

la Española; el malogrado y notable escritor y políglota Julián Juderías y el catedrático Quintiliano Saldaña. Quisieron éstos, como otros muchos, actuar en el periodismo, y a nuestra hospitalaria Redacción vinieron para hacer sus ensayos periodísticos, cuando ya estaban ahitos de laureles. Pero hubieron de desistir a poco, por no considerarse con vocación suficiente. Y es que este oficio nuestro, tan modesto y humilde, que no exige ciencia ni grandes talentos, requiere aptitudes especiales y, sobre todo, un amor y un entusiasmo sin límites por el periódico.

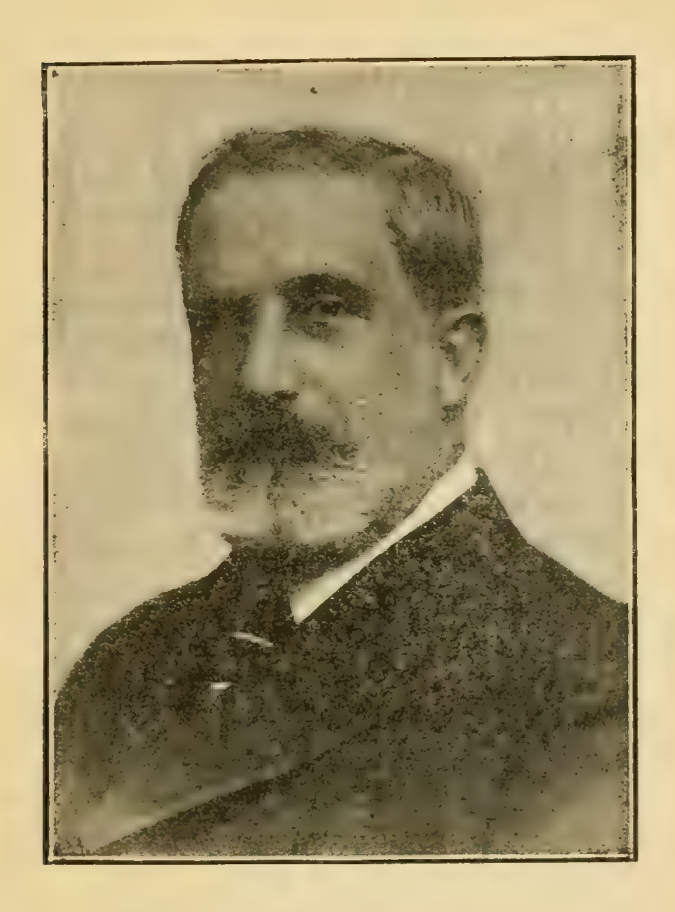
Al último período pertenecen muchos de los redactores que actualmente figuran en la plantilla de *La Epoca*, y que por sus excelentes condiciones de periodistas o escritores han conquistado justa estimación. El más antiguo de este grupo es Anselmo Alarcón, un buen reporter, bien conocido en el gremio, a quien auguramos merecido éxito en más altas empresas literarias, si la fortuna le ayuda. Le sigue en antigüedad Luis Benavente, periodista de buena cepa, activísimo, inteligente y de pluma agil, pero de más agil lengua; habla por los codos, discute a todas horas y grita como un condenado; el hombre-cañón es a su lado un infeliz. El polo opuesto a Benavente en este respecto es Luis Rubio Hidalgo, que apenas habla; es periodista y escritor de agudo y cáustico ingenio, y el día en que se decida a trabajar de veras y con método hará grandes cosas.

La economía y las finanzas están a cargo de don Angel Illana, hombre de múltiples y envidiables

aptitudes, que es a la vez uno de los jefes más jóvenes del Cuerpo jurídico militar, director de *La Semana Financiera* y secretario de la Sociedad general de Tranvías, todo lo cual viene a confirmar la gran competencia del distinguido escritor en las materias de su jurisdicción. Parecería natural que un hombre dedicado a tan importantes menesteres y a tan trascendentales estudios tuviese un carácter grave y seriote, un tanto huraño, inaceesible e «intransitable», y no hay nada de eso. Illana es una de las personas más joviales y uno de los camaradas más dicharacheros que han desfilado por *La Epoca*. Naturalmente, es joven aún, soltero y aficionado a las verbenas; pero no hay quien le «cace» ni con galgos.

La crítica literaria está encomendada desde hace algunos años a un notable y cultísimo escritor, que en breve tiempo ha conseguido para su firma una sólida y merecida reputación entre los doctos. Nos referimos a D. Luis Araujo-Costa, literato de varias aptitudes y de copiosa lectura, que en sus libros y en sus artículos viene cimentando un porvenir envidiable. Téngase en cuenta que Araujo-Costa, a pesar de sus muchos y profundos estudios, es joven todavía y tiene largo camino por delante. Pocos escritores logran a su edad reunir caudal tan considerable de cultura, y especialmente en literatura y en historia francesas contemporáneas. Además escribe con soltura y muy correctamente, sin hacer alardes enfadosos de erudición. Sus varios libros y conferencias en el Ateneo acreditan a un buen literato, cuyos merecimientos premiará en su

día, que no debe ser lejano, la Academia Española. Nosotros hacemos cariñosos votos porque así sea.



ILMO. SR. D. SALVADOR CANALS,

EX SUBSECRETARIO DE LA PRESIDENCIA DEL CONSEJO Y ARTICULISTA POLÍTICO DE «LA ÉPOCA».

Entre los libros y estudios más notables de Araujo-Costa figuran los titulados *La Edad Media considerada como Edad cristiana; El escritor y la literatura*, al que puso prólogo la insigne escritora

doña Emilia Pardo Bazán, que estimaba en mucho las dotes del excelente literato; *Las cartas de Pepe Albocácer, El «Quijote» y sus notas*, y *Una tesis de Dumenil: La evolución filosófica y literaria*. Próximo a publicarse tiene el libro *Francia, el noble país*, con extenso prólogo de M. Maurice Legendre, en el que recopila Araujo algunos de sus más interesantes estudios sobre literatura y literatos franceses contemporáneos.

Conferencias muy notables de Araujo, que merecieron la más favorable acogida, son las tituladas «El arte, la literatura y el público»; «Los interiores, objeto de la pintura»; «El romanticismo de Watteau»; «Rembrandt»; «El siglo XVIII en España. Su literatura», curso de tres lecciones, y «Don Juan Valera», conferencia dada en la Universidad de Oviedo por invitación especial, y que es fragmento de un libro en preparación acerca de aquel ilustre maestro, cuya personalidad y cuya obra ha estudiado profundamente el culto conferencista.

Ha gozado siempre *La Epoca* justa fama de tener buenos críticos musicales. En el curso de estas páginas se citan diversos nombres que lo justifican cumplidamente. Primero, el ilustre Peña y Goñi, ingenio felicísimo, que tan rudas batallas riñó en pro del wagnerismo; luego el eruditísimo Rafael Mitjana, músico y literato de cuerpo entero; más tarde el académico y culto musicógrafo Cecilio de Roda... Después de éste desempeñó la crítica musical Augusto Barrado, periodista y escritor muy distinguido, celebrado traductor del novelista inglés Wells, que durante tantos años fué redactor

de *La Epoca*. Crítico severo y de sólida cultura, escritor ingenioso y músico de notables condiciones para la enseñanza, Barrado sostuvo admirablemente la tradición.

Cuando por cansancio o por hastío abandonó la crítica aquel excelente compañero para refugiarse en Prensa Gráfica, volvió a *La Epoca*, con gran satisfacción de todos, para encargarse de la sección musical, el antiguo redactor D. Víctor Espinós, que durante varios años compartió los trabajos del periódico, haciendo admirablemente la información palatina. Quiere esto decir que hemos conocido a Espinós como periodista antes que crítico, y como periodista le consideramos ante todo y sobre todo. En los días, ya un poco lejanos, de *El Español*, en *La Epoca* y *El Universo* luego, en los curiosos y notables artículos del *Alrededor del Mundo*, en las mismas críticas teatrales de *La Lectura Dominical*, sobresale siempre la personalidad del periodista, que es a la vez un delicioso literato, de ingenio feliz, como lo prueban sus delicados cuentos para niños.

Desde la primera juventud tuvo este fraternal camarada grandes aficiones a la dramática, y de ello pudieran recordarse, como ensayos felices, algunos juguetillos, graciosamente hilados, que se representaron con buen éxito en veladas de cultas Sociedades. Estas aficiones teatrales de Espinós han cristalizado en los últimos tiempos en una especialidad, que él solo cultiva hasta ahora y que ha contribuído a abrillantar su reputación. Nos referimos a la modalidad de los retablos. Desde que estrenó en la villa y corte, hace algunos años, el

magnífico y artístico retablo histórico-religioso *Un Corpus viejo en Madrid*, que alcanzó un éxito extraordinario y muy merecido, hasta el titulado *¡Salve!...*, que los valencianos aplaudieron recientemente con entusiasmo en las fiestas de la coronación de su excelsa Patrona, la Virgen de los Desamparados, ha escrito ya Espinós una interesante serie, que le ha dado verdadera personalidad.

Como crítico musical, Espinós es culto y hasta erudito, y tiene tanto gusto como competencia; si de algo peca es de benévolo, y ello no merece censura, porque la sana crítica no está reñida con la corrección y la benevolencia. El «palo» airado y violento es señal de mal gusto o de mala educación, y a veces representa quizás algo peor. De su cultura y erudición está dando buenas pruebas en la organización de la utilísima Biblioteca musical circulante, unida a la Hemeroteca municipal, y en otros interesantes trabajos de ordenación de interesantísimas colecciones, que le valdrán justo aplauso.

A continuar las tradiciones de los buenos escritores de *La Época* llegó recientemen a la Redacción del colega el joven y brillante escritor granadino D. Melchor Fernández Almagro, de quien hace acertado elogio en su notable artículo el Sr. Araujo-Costa. Ha poco tiempo su nombre era completamente desconocido en Madrid. Ingresó en *La Epoca* hace un año, encargándose de la crítica teatral, y ya tiene formada una reputación envidiable y bien merecida, porque Almagro es un literato de gusto exquisito, de cultura amplia y sólida, de pro-

sa flúida y correcta, y de limpio y claro estilo. En la crítica es severo, pero de una corrección impecable, porque tiene de ella un alto concepto educativo, y la dignifica, cultivándola como un sacerdocio. En estos trabajos nos hace recordar, con su imparcialidad, su corrección y buen gusto y su castizo estilo, a nuestro ilustre y llorado compañero Fernández Villegas.

Como consagración justa para sus calidades de literato, Fernández Almagro acaba de alcanzar un honrosísimo trofeo literario: el premio de la fundación Charro-Hidalgo, otorgado por el Ateneo en el concurso para 1923. Consideramos el triunfo como verdadera obra de justicia. El tema del concurso era «Ganivet y su obra», y parece muy natural que en él triunfase quien, como Almagro, es granadino, paisano de Ganivet, y admirador de su genio y de su obra desde la infancia. El notable escritor ha formado y perfeccionado su espíritu en el ambiente en que se formó aquel poeta filósofo, y casi en sus mismas disciplinas. Ha estudiado profundamente su obra y su vida, y ha tratado de desentrañar los misterios de su muerte. ¿Qué tiene de extraño, como en otra parte hemos dicho, que al trazar el estudio de Ganivet, ganara Almagro el honroso trofeo?

La victoria del premio Charro-Hidalgo no es más que el comienzo de una carrera, que promete ser brillante. Fernández Almagro es aún muy joven, y en el camino que ha de recorrer alcanzará otras muchas legítimas recompensas. Así sea.

Del crítico de arte de *La Época* conservamos

una vaga memoria. ¡Hace tantos meses que no muestra en la Redacción su fisonomía sonriente, de hombre satisfecho y sin preocupaciones! ¡Ha tanto tiempo también que no leemos su crítica reposada, seria y correctísima!... Recordamos de aquel buen crítico que lleva el nombre de Enrique Vaquer; que es mallorquín, y como mallorquín artista; que hizo sus primeros ensayos críticos en *El Globo*, y que es un grabador formidable, laureado con primera medalla en nuestras Exposiciones nacionales y enaltecido con otros galardones. Como crítico, mereciera otra primera medalla, por su cultura, su dominio del arte, su estilo pulcro y su gran mesura. Pero desde hace tiempo tiene en olvido la pluma, requerido por los importantes trabajos que como primer grabador de la Casa de la Moneda está realizando en ésta para contribuír a remozarla y a ponerla a la altura de las extranjeras. También es grabador del Banco de España, y lo ha sido y lo es de importantes casas inglesas, que figuran entre las primeras. Obras suyas son muchos de esos despreciables billetejos que corren por ahí, codiciados por todo el mundo, y algunos nuevos primorosos sellos de correos, con los que viene Vaquer a modernizar y ennoblecer nuestro atrasado arte filatélico.

Otra joya de nuestra casa de *La Época* es el joven escritor Guillermo Fernández Shaw, hijo del ilustre poeta y autor dramático D. Carlos, nuestro admirado paisano. Estamos por decir que la mejor obra de Fernández Shaw es su dignísimo heredero en este oficio. Como su padre, Guillermo Fernán-

dez Shaw es buen periodista y buen literato, poeta de gran inspiración y autor dramático de admirables condiciones. De ello dan fe obras tan aplaudidas como la famosa *Canción del olvido*, la delicada *Sonata de Grieg* y otras producciones estrenadas con brillante éxito y escritas en colaboración con Federico Romero. Pero el joven literato está aún casi en los comienzos de su carrera, y le quedan muchos triunfos que alcanzar y muchos laureles que recoger.

Tan estimable y digno de admiración como el escritor es el hombre. Fernández Shaw es un encanto de bondad y de sencillez; un modelo de delicadeza, de corrección y caballerosidad; la modestia y la complacencia personificadas. Así, sus compañeros de *La Época* le adoran, y en todas partes le quieren y admiran. Por eso y por lo demás hemos dicho que el autor de *La canción del olvido* es la obra mejor de aquel gran literato gaditano que se llamó D. Carlos Fernández Shaw.

Entre la juventud florida de *La Época* figuran dignamente también Joaquín Gallardo Rúa, abogado, periodista y profesor, autor de *El hidalgo del negro coleto*, que ha merecido el honor de ser premiado en varios certámenes; D. José Mélida, distinguido médico, hijo del ilustre arqueólogo; Francisco Casares, inteligente reporter, encargado de la información palatina; Luis Ardila, buen informador también, a cuyo cuidado corren los «Sucesos», y que no tiene más defecto conocido que el de ser poeta ultraísta; el cronista deportivo y médico D. Fernando de la Fuente, y Luis García de Valdeavella-



LA REDACCIÓN D

(GRUPO FOTOGRÁFICO OBTENIDO EN EL MES DE ABRIL, EN EL QUE



POCA» EN 1923.

LGUNOS REDACTORES POR MOTIVOS DE ENFERMEDAD O AUSENCIA.)

Fot. Ortiz.

no, el Benjamín de la casa, que promete ser un buen periodista y un buen literato.

*

La Redacción actual de *La Epoca*—consignámoslo a modo de documento—está constituída en la forma siguiente:

Director-propietario, D. Alfredo Escobar, marqués de Valdeiglesias; redactor jefe, D. Mariano Marfil; D. Salvador Canals, articulista político; don Gabriel Briones, redactor político y decano de los redactores; secretario de Redacción, D. Francisco Pérez Mateos; D. Luis Araujo-Costa, crítico literario; D. Melchor Fernández Almagro, crítico teatral; D. Víctor Espinós, crítico musical; D. Enrique Vaquer, crítico de arte; D. Angel Illana, redactor financiero; D. José Ignacio Escobar, D. Eusebio Montes de Ayala, D. Guillermo Fernández Shaw, D. Anselmo Alarcón, D. Luis Benavente, D. Miguel Morales, D. Nicolás Jordán de Urríes *(Tomillares)*, don Eduardo Montesinos, D. Angel Torres del Alamo, D. José Mélida, redactor médico; D. Luis Rubio Hidalgo, D. Fernando de la Fuente, cronista deportivo; D. José Luis Pascual de Zulueta, redactor corresponsal en Barcelona; D. Francisco Casares, don Joaquín Gallardo Rúa, D. Luis Montes Linares, don Luis Ardila, D. Eduardo Montesinos (hijo) y don Luis García de Valdeavellano.

La Administración tiene como jefe a D. Manuel Mihura; el personal de talleres y máquina, al regente D. Julián Téllez, y el personal de reparto, al conserje D. Constantino Asuero.

DON JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

Y LOS COLABORADORES DE "LA ÉPOCA,,

En esta verídica relación de cosas y personas debe el cronista consignar un homenaje de consideración y aprecio a cuantos con los prestigios de sus nombres y el brillo de sus plumas contribuyeron al honor y enaltecimiento de *La Epoca.* Muchos de los nombres que hemos de mencionar merecieran algunas páginas para la sola enumeración de sus méritos y obras; mas como el espacio no nos permite realizar tan justiciera labor, reducimos a la cita aquel tributo de admiración y afecto. Una sola excepción nos hemos de permitir, por motivos de devoción y cariño, a favor de este gran obrero de la pluma, luchador infatigable, oscuro y abnegado, insigne español y patriota generoso, que lleva el nombre inmaculado de D. Juan Pérez de Guzmán.

Las nuevas generaciones no han estudiado la obra de este ilustre escritor político, historiador eruditísimo y magno periodista; pero su nombre y su fama no son desconocidos para nadie, como no

lo son sus grandes bondades y sus extraños rasgos de desprendimiento y altruísmo. Algunos preguntarán, sabedores de que Guzmán logró su fama en tiempos tan lejanos, ¿pero vive todavía?... Ciertamente que el insigne escritor no parece hombre de nuestro tiempo, ni siquiera de la pasada centuria. Por su indomable energía, por su tenacidad inquebrantable, su entereza berroqueña y su voluntad de hierro, es más bien hombre de otras edades, de aquella cepa de los conquistadores de Indias y de los capitanes de Flandes y de Italia. El temple de su alma, de su cuerpo y de su entendimiento es cosa ya poco corriente.

Es Pérez de Guzmán, como historiador eminente, investigador concienzudo y escritor político de alto sentido y gran patriotismo, un verdadero prestigio entre los españoles contemporáneos. Durante cerca de sesenta años ha trabajado sin descanso, contribuyendo a aumentar poderosamente el caudal de nuestros conocimientos históricos con sus personales investigaciones y sus originales escritos. Su obra histórica, política y literaria es tan abundante como notable. Su labor ha sido copiosísima y tan valiosa, tan fundamental en el terreno histórico-literario, como en la esfera histórico-política.

En el copioso bagaje literario, histórico y político de Pérez de Guzmán, figuran libros y estudios tan notables como *Las llaves del Estrecho*, que demuestra su conocimiento de la política internacional, y particularmente de la de Marruecos, la obra famosa *Carlos IV* y *María Luisa*, rehabilita-

dora de las figuras de aquellos Soberanos y de la del Príncipe de la Paz; el magistral estudio sobre los *Dogmas de la política de Fernando V «el Católico»*, que constituye fundamental lección de política internacional española; el *Cancionero de Príncipes y Señores*, recogido de poetas, en su mayor parte inéditos, desde el siglo XVI al XIX; su *Cancionero de la Rosa*, primera antología de poetas castellanos, españoles y americanos, que se ha publicado en los dos Mundos; *Rimas del abad Antonio de Maluenda*, uno de los grandes poetas de la época de los Felipes de Austria, cuyo nombre se había borrado por completo de la memoria de los eruditos; el estudio *Los retratos de Colón*, que tan entusiastas elogios mereció al insigne Fernández Duro; *La insigne orden del Toisón de oro*, las Historias de la *Gaceta de Madrid* y de la *Guía Oficial de España; La Casa del Rey Moro en Ronda, La prisión de Fernando VII en Valençey, La misión diplomática de Machado en Viena, Los héroes y las víctimas del Dos de Mayo en Madrid*, obra monumental que le valió la honrosísima recompensa honorífica que con tan justo orgullo ostenta; *El Principado de Asturias*, libro que suscitó grandes discusiones; *El matrimonio de Estado, La Orden de la Jarretiera, El conde de Fuentes*, la biografía documentada del poeta Vicente Espinel, paisano de Pérez de Guzmán, pues ambos nacieron en la histórica ciudad de Ronda, en la que una calle lleva el nombre del anciano y meritísimo historiador, y entre otras docenas de estudios más, el libro *Versos de varia edad*, el último de la serie, en el que

el ilustre escritor se muestra como poeta de altos vuelos y gran inspiración, con todo el arte y toda la riqueza de sentimiento de los líricos más celebrados, en algunas composiciones; con toda la sobriedad y todo el vigor de los amantes de la antigüedad clásica, en otras, cual sus notables sonetos.

El ilustre bibliófilo y académico de la Historia, duque de T'Serclaes Tilly, que posee una de las más notables y curiosas bibliotecas que existen en España, ha dado a luz recientemente, costeándola generosamente a sus expensas, una excelente edición de un notable estudio de Pérez de Guzmán. Forma un libro de cerca de 150 páginas, en 4.°, y sobre su cubierta blanca campean estos títulos: «Bajo los Austrias.—La mujer española en la Minerva española literaria castellana».

No se trata de ninguna nueva obra del anciano historiador, aunque lo parecerá a casi todos los que lean el culto, ameno y eruditísimo trabajo. Es uno de los infinitos y notables estudios que Pérez de Guzmán publicó en aquella benemérita revista *La España Moderna,* de D. José Lázaro, que tan buenos servicios prestó a las letras españolas, y en otras revistas y periódicos. Esos estudios, cuidadosamente coleccionados por su autor en varios tomos, formarán una valiosa colección de notables libros históricos, hechos sobre la base de una concienzuda investigación personal. ¡Bien merecieran esos admirables trabajos encontrar un Mecenas generoso, que los exhumase de las colecciones de periódicos en que yacen casi olvidados, y les diese nueva y más perenne y provechosa vida!...



Excmo. Sr. D. Juan Pérez de Guzmán y Gallo,

secretario perpetuo de la Real Academia de la Historia,
ex redactor y ex director de «La Época».

Pero aun ha sido más copiosa, más enorme y para nosotros, periodistas, más admirable, la labor que como obrero infatigable del periodismo ha realizado Pérez de Guzmán, que, en su parte principal, estuvo consagrada a *La Epoca.*

Fué Guzmán muchos años redactor del periódico, desde los primeros tiempos de D. Ignacio José Escobar; director en alguna época, colaborador hasta que su mano manejó la pluma, maestro de muchos periodistas que por la Redacción pasaron y prudente consejero de los demás. En aquel medio siglo corrido de trabajo realizó labor abrumadora, con la cual se hubieran podido formar reputaciones de varios periodistas ilustres. Agil su pluma como su entendimiento, rápido en la concepción, fácil para todo trabajo, llenaba columnas con una celeridad pasmosa. Millares de ellas han quedado en las colecciones de *La Epoca*, con firma o sin firma, en artículos políticos, literarios, históricos, económicos; en sueltos y gacetillas, en cartas del extranjero, en fáciles crónicas y en estudios profundos. Era de la madera de los Coello y Escobar; ni su inteligencia ni su cuerpo conocieron el cansancio. ¡Hombre extraordinario en verdad este formidable luchador, a quien si admiramos mucho por su gigantesca labor, aun le admiramos más por su entereza, su energía y su fiera independencia, que no se doblegó más que ante la Patria!...

Este carácter independiente y enérgico le perjudicó de un modo enorme en su carrera. La ingratitud y la injusticia se conjuraron contra él, y mientras otros compañeros lograban destinos, preben-

das y honores, y llegaban a los altos puestos de la gobernación del Estado, Guzmán seguía siendo periodista y escritor, y luchaba oscuramente, pero lleno de legítimo orgullo, sin obtener ninguna recompensa, sin alcanzar los galardones que tanto se prodigaban a otros que valían infinitamente menos. Así llegaba Pérez de Guzmán a la senectud, sin poseer renta ni sueldo, teniendo que trabajar para vivir como en los años mozos, y viejo y dolorido y enfermo, trabajaba diariamente, como un titán, para ganar el sustento. Así fueron de ingratos para él los hombres de la política.

Por razón de los cargos de confianza que desempeñamos en *La Epoca*, hemos tratado nosotros más íntimamente al anciano maestro, mereciendo su confianza y su afecto. Le hemos visto en las breves horas triunfales, rebosante de legítimo orgullo, pero sencillo y modesto, con alegrías y regocijos infantiles; porque este hombre enérgico, que admira por su vigor y su entereza, tiene un corazón de niño, y su alma es de blanda cera para los que piden y necesitan. Nadie llamará a su puerta que no sea socorrido con generosidad de gran señor; y si en su casa no queda más que la última peseta, él partirá con el pedigüeño la peseta y la capa, o se las dará enteras... Le hemos visto también muchas veces, infinitas veces, en las largas y negras horas de la ingratitud, del abandono y de la enfermedad, cuando en su casa faltaba hasta lo más indispensable, y le hemos admirado siempre digno y entero, abroquelado en su santo orgullo, muriéndose de hambre como un hidalgo, sin lum-

bre en el fogón ni en el brasero, envuelto en su capa como un ciudadano romano en su túnica, pero sin doblegarse ni transigir ante nadie, manteniendo la integridad de sus convicciones y sintiéndose siempre, en su honrada pobreza, fuerte, noble y generoso como un gran señor... De la cantera de este hombre extraño y bueno, pobre y orgulloso, humilde y espléndido, que todo se lo debe a sí mismo, a su inteligencia y a su trabajo, han salido muchos héroes y muchos santos...

Tenía Guzmán sesenta y siete años, cuando alcanzó la primera alta recompensa de su vida, siendo elegido académico de la Historia. Poco después, en mayo de 1906, ingresó en la docta casa, leyendo su magistral discurso acerca de «La política exterior del Rey Católico». Si le hubiérais visto como nosotros, rebosante de júbilo, con su gozo de niño grande satisfecho, os hubiérais sentido contagiado de la misma infantil alegría; pero en lo hondo palpitaría, al mismo tiempo, una gran pena, ante la cruel injusticia que el destino había cometido con aquel nobilísimo español.

Desde que ingresó en la Academia de la Historia, que más tarde le nombró su secretario perpetuo, Guzmán se fué apartando de la labor del periódico, pero aun tuvo que seguir trabajando para sustentarse, manteniendo algunas colaboraciones, entre ellas la de *La Epoca*. Luego continuó solamente sus trabajos históricos y literarios, con los propios de la Academia, que no ha abandonado hasta después de cumplido los ochenta años. Una grave dolencia, que puso en peligro su vida, le

obligó a abandonar todo trabajo, y desde entonces descansa, por prescripción facultativa. ¡Bien ganado tiene el descanso que las circunstancias le imponen, el noble escritor y periodista. Pronto cumplirá ochenta y cuatro años de edad el señor Pérez de Guzmán, y en ese tiempo, obligado siempre a trabajar para vivir, apenas tuvo día de reposo, más que en las enfermedades. En el periódico, en la revista y en el libro laboró sin descanso, día tras día, con una energía y un entusiasmo que no decayeron ni aun en su ancianidad, y siempre llevando por norma de su recta conciencia los más altos ideales de patriotismo. Aun se conserva fuerte y animoso, ágil de cuerpo y de entendimiento, después de vencida la grave dolencia, el anciano y glorioso luchador; pero la prudencia impone el forzado descanso, y de hoy en adelante permanecerá en reposo y callada la pluma que trazó tantas viriles y eruditas páginas. Algunas veces nos da la grata sorpresa de visitarnos en nuestra casa, donde siempre se le quiere y respeta, considerándole aún, por tradición, como de los nuestros en activo, de la familia, y nos sorprende y admira su extraordinario vigor. ¡Dios quiera conservar aún muchos años la vida del anciano y glorioso maestro!

*

Si fuéramos a citar aquí los nombres de cuantos alguna vez colaboraron en *La Epoca*, haríamos una lista interminable, porque los colaboradores espontáneos que «salen» a los periódicos forman legión. En esto ocurre una cosa singular. Todo el

mundo habla mal de los periódicos y de los periodistas, y todo el mundo siente la sugestión, y aun mejor la fascinación, del periodismo, y se perece por escribir o porque se le cite en estas calumniadas hojas volanderas cotidianas. Habláis con cualquiera de estas cosas de los periódicos, y aunque no haya escrito nunca más que cartas a la familia, y aunque sea analfabeto, os dirá, muy rozagante: «¡Ah!... También yo en mi juventud escribí cuartillas para los periódicos...» Y resulta que todos somos periodistas.

Nos limitaremos, pues, a recordar a ilustres profesionales de la pluma y a los que con mayor asiduidad honraron nuestras columnas, comenzando por las damas. Es fuero de galantería. Y puestos ya en este prudente terreno, el primer recuerdo que acude a nosotros es el de la ilustre poetisa Carolina Coronado. Aun vivía, en los primeros años de este período, la eminente mujer, en su poética residencia de Poço d'Obispo, en Portugal. Tenía más de ochenta años y aun nos enviaba muestras felices de su ingenio. Los últimos versos que mandó a *La Epoca* fué en los comienzos de 1900. Acababa de lucir la primera alborada de la nueva centuria, y la pluma de Carolina Coronado, firme todavía, escribió un canto inspirado y vibrante, saludando al siglo XX.

Otra insigne escritora que favoreció a *La Epoca* con su predilección, fué la excelsa novelista condesa de Pardo Bazán. En nuestras colecciones se guardan, como joyas, muchos cuentos y artículos, y en el folletón del periódico se dieron a luz algu-

nas de sus notables novelas, que ella cedía generosamente. Anónimamente, sobre cosas del momento, nos enviaba asimismo muchas cuartillas, escritas con aquella su letra menudita, tan característica. Para no molestar a Valdeiglesias, se dirigía generalmente a nosotros y nos llamaba el «señor secretario general». En las notas que a ella misma se referían, advertíamos algunos comprensivos claros, que nosotros nos apresurábamos a llenar discretamente.

También han colaborado en *La Epoca,* entre otras damas escritoras, la marquesa de Ayerbe, la condesa de Yumuri, la del Castellá, Salomé Núñez Topete, Aurora Coello de Gallostra, de la familia del fundador de *La Epoca;* María de Echarri y Josefina de Ranero.

De los primeros tiempos recordamos a D. Angel Vallejo Miranda, conde de Casa Miranda, que en su época fué conocidísimo en París y en Madrid. Era hombre de gran ingenio y D. Antonio Cánovas del Castillo, de quien fué secretario, le tuvo en estima. Residía entonces en la capital de Francia, donde había casado con la famosa cantante Cristina Nilson, que aun vive, en compañía de la condesa de Casa Miranda, hija del primer matrimonio de Vallejo. Este enviaba desde París crónicas interesantes, que firmaba con el seudónimo *Pico de la Mirándola.* Después fué corresponsal de *La Epoca* en aquella capital Pedro Coll y Rataflutis, a quien luego sustituyó el ilustre *Juan de Becón.*

Otro antiguo colaborador fué el distinguido diplomático marqués de Prat de Nantouillet, Perico

Prat, como le llamaban sus amigos, que representó a España, como ministro, muchos años en Constantinopla. Tenía su residencia de descanso en Biarritz y firmaba sus cartas con el seudónimo *Pierre qui sait.* Este recuerdo nos trae a la memoria el de otro distinguido diplomático colaborador, también difunto, D. Arturo de Baguer, hermano del conde de Baguer. Retirado de la carrera, había fijado su residencia en la población austriaca de Goërz, y desde allí enviaba interesantes cartas, que firmaba con el seudónimo *Werbinick.*

Muchos han sido los diplomáticos y cónsules que en todo tiempo han colaborado en *La Epoca*; mas no fuera discreto ni prudente citarlos ahora a todos. Recordamos al difunto conde de Casa Valencia, a D. Pablo Bosch, coleccionista inteligente y culto, que donó al Museo del Prado unas valiosas colecciones de medallas, monedas y cuadros; al novelista D. Alfonso Danvila, a D. Ramón Piña y Millet, a D. Ramón Alvarez Tubau, hermano de la gran actriz, y al marqués de Dos Fuentes. También creemos recordar que colaboró en el periódico el famoso novelista D. Enrique Gaspar, que fué muchos años cónsul de España en Marsella.

De aquellos tiempos lejanos recordamos también al famoso poeta cordobés Antonio Grilo y a los ilustres costumbristas hermanos D. Enrique y don Ricardo Sepúlveda. El primero de éstos fué secretario en la representación de la Compañía Trasatlántica, y el segundo, padre del notable actor Pedro Sepúlveda, del Banco de Castilla.

El decanato de los colaboradores del periódico,

después de Pérez de Guzmán, corresponde al académico barón de la Vega de Hoz, que durante muchos años nos favoreció con sus eruditos trabajos sobre cuestiones de arte. Entre otros académicos han colaborado, o colaboran aún, en *La Epoca* el ilustre director de la Real Academia de la Historia, D. Francisco de Uhagón, marqués de Laurencín; el malogrado D. Vicente Lampérez, el marqués de Foronda, el gran genealogista Bethencourt, Juan Antonio Cavestany, Llanos y Torriglia, Beltrán y Rózpide, el conde de Cedillo, D. Elías Tormo, D. Manuel de Sandoval, D. Rafael Altamira, el rector que fué de la Universidad Central don Rafael Conde y Luque, conde de Leyva, D. Luis Redonet, el conde de Casal, que tan justa autoridad ha logrado en materia de arte, y especialmente en la cerámica, y el gran pintor Moreno Carbonero, que en sus viajes por Europa constantemente escribió interesantes cartas.

Entre los colaboradores extranjeros recordamos al ilustre político francés M. André Tardieu, al notable escritor argentino Manuel Ugarte, al gran cervantista cubano José de Armas, tan erudito y tan amante de España; al abate Lugan, a M. Legendre, a M. Albert Mousset y al cronista de sociedad René Halphen. En esta interesante materia de las revistas de sociedad, tan cultivada por *La Epoca*, fué algun tiempo nuestro colaborador Rodríguez Escalera, el popular *Monte-Cristo*, que en nuestras columnas usaba el seudónimo de *Monte-Amor*. También fué colaborador antaño el ilustre *Kasabal*.

Como colaboradores distinguidos hemos de citar también al general D. Federico de Madariaga, al actual capitán general de Cataluña, D. Miguel Primo de Rivera, que hace honor al título de marqués de Estella, heredado de su tío; al magistrado del Supremo D. José María de Ortega Morejón, ex rector de la Universidad de Salamanca D. Luis Maldonado; catedráticos D. Eloy Bullón, D. Obdulio Fernández, D. Ignacio Suárez Somonte y don Luis Subirana; ingenieros D. Emilio Gonzalez Llana y D. Horacio Bentabol; el ilustre director de la Biblioteca de Palacio, conde de las Navas, escritor erudito y castizo; el cultísimo coleccionista D. José Lázaro Galdiano, que publicó y dirigió *La España Moderna;* el malogrado crítico de arte D. Jacinto Felipe Picón, hijo del ilustre novelista; el marqués de Olivart, el difunto marqués de Paraleja, D. Juan Comba, D. Eduardo Navarro Salvador, D. Manuel Mesonero Romanos, el marqués de Villaviciosa de Asturias, el actual de Casa Laiglesia D. Emilio Rancés; D. Manuel Monjardín, el culto marino don Manuel de Mendívil y Elio, el marqués de Zafra, D. Ramón de Soraluce y D. José Carlos Bruna.

Más modernamente recordamos al crítico de arte Angel Vegue y Goldoni, al poeta Luis Barreda, el notable escritor granadino Luis Seco de Lucena, cuyas obras sobre la Alhambra son tan apreciadas; Cándido Lobera, Pacheco y de Leyva, Rivas Moreno, Adrián de Loyarte, Rogelio de Madariaga, Angel Conde, Carlos Albert Despujol, Manuel Granzow de la Cerda, Andrés Garrido, Luis Gómez de Mendoza, Ignacio Bauer, Alberto Cam-

ba, Enrique Ordóñez, Gómez de Mercado, Vilaplana, Alvaro Giráldez, Antonio Díaz, Julio Cavestany, Edgardo Neville, José María del Busto, César Peman y Antonio Weyler.

Merecen también un afectuoso recuerdo como colaboradores en provincias y en el extranjéro, el ex gobernador D. Fernando González Regueral, cobardemente asesinado en León; el conde Antamoro, guardia noble de S. S., que fué mucho tiempo corresponsal en Roma; D. Arturo Baldasano, corresponsal en Londres; el veterano Tomás Camacho, director de *El Nervión*, de Bilbao; D. Marcial Meruéndano, alto funcionario de Correos, recientemente jubilado; el malogrado Eduardo Estrada, hermano del elocuente diputado por Ronda; el antiguo periodista alicantino Enrique Ferré Bernabeu, el donostiarra Luis Guinea, el sevillano Tomás de la Vega, el ex gobernador D. Luis Grande Bandesón, el reputado abogado alcarreño Bravo y Lecea, el excelente poeta Juan Antonio Salido, Félix Latre, Antonio Villegas Murcia, Carlos Arias, el inteligentísimo *Españita*, Emilio Baldomero Muñoz; José María Palacios, Pablo M. de Córdoba, Villanueva y tantos y tantos más que es imposible recordar y que merecieron y merecen justa estimación, ya que todos contribuyeron con cariño al enaltecimiento del periódico.

LA PRENSA MADRILEÑA Y SUS PROGRESOS

Al hacer detallada reseña de la vida de *La Epoca* en el último cuarto de siglo, parece natural que algo se apunte respecto de la Prensa madrileña en general, con la que aquel periódico convivió siempre en amistosa unión. Con todos sus colegas, fueran o no afines en ideas, mantuvo siempre *La Epoca* cordiales relaciones de compañerismo. Para todos tuvo las consideraciones debidas al camarada, inspirando su línea de conducta y procedimiento en la corrección y en la templanza. Aun en las más recias discusiones políticas, jamás fueron traspasados los linderos del decoro profesional. A su vez, el decano de la Prensa madrileña siéntese honrado por el respeto, la consideración y el afecto de sus colegas.

Dentro de la vida periodística madrileña, hemos asistido en el último cuarto de siglo a una honda transformación de la Prensa. Sin duda, han perdido eficacia los periódicos como instrumentos políticos, como órganos de opinión; en este punto se ha llegado a una lamentable decadencia, acaso por abuso del extraordinario poder que la letra de molde re-

presentaba. Pero, en cambio, han adquirido el más alto grado de adelanto, y han llegado a la máxima eficiencia como instrumentos de cultura y progreso. ¡Oh, gloriosos manes de Lorenzana, de Santa Ana, de Borrego, de Escobar...! ¡Qué enorme diferencia entre esta Prensa madrileña de nuestros días y aquellos periódicos de los años 30 al 70...

Cuando se examinan antiguas colecciones de los viejos diarios políticos, no podemos reprimir un gesto de extrañeza y pensamos al par: ¡Cómo se hacían aquellos periódicos...! Pero estas diferencias, aunque más atenuadas conforme avanzamos en el tiempo, se aprecian siempre. Porque el progreso de la Prensa es constante, y sin cesar cambian la fisonomía de los periódicos, su manera de ser confeccionados y hasta su contenido espiritual.

La gran transformación de la Prensa madrileña se inicia en el último cuarto del siglo XIX. Rápidamente desaparece el formato de los antiguos periódicos, con sus planas amazacotadas y columnas y columnas llenas de sueltos y gacetillas, sin que un sólo título interrumpiera la monotonía de la confección. Empiezan a surgir entonces las grandes titulares y las cabezas a doble columna; se clasifica el texto en variadas secciones, la confección cambia por completo, y el periódico adquiere su fisonomía moderna. A compás del tiempo y del progreso, *La Época* se transforma también, aunque conservando su formato actual, de gran tamaño, como asimismo cambiaron de aspecto los dos periódicos contemporáneos que aun subsisten: *El Diario Español* y *La Correspondencia de España.*

Conocida es la frase de D. Antonio Cánovas, cuando el ilustre marqués de Santa Ana realizó la gran transformación de *La Correspondencia*, el periódico más popular y más rico de su tiempo: «Santa Ana está deshaciendo ahora con la cabeza lo que antes hizo con los pies...»

Realmente, es *La Correspondencia* el periódico madrileño que más reformas ha tenido en la época moderna, como también ha sido el que mayor popularidad gozó. En su tiempo alcanzó tiradas enormes, que entonces pudieron considerarse como fabulosas. Después han podido aventajarle en esto otros periódicos; pero ninguno podrá acaso vanagloriarse de haber llegado a su popularidad, que fué merecidísima, sin duda.

Ha querido recientemente el simpático y estimado colega recabar para él la consideración de ser el periódico decano de los de Madrid, que tiene *La Epoca*. Pero en esto no le acompaña la razón ciertamente. Invoca para ello *La Correspondencia* la circunstancia de tener su antecedente en las famosas *Hojas autógrafas* que el ilustre Santana escribía para servir sus noticias a los diarios; pero aquellas hojas no tenían carácter de periódico, ni mucho menos, como no lo tienen las que confeccionan otras Agencias noticieras. Es lo mismo que si la benemérita *Agencia Fabra* empezara cualquier día a publicar un periódico, y al cabo de unos años quisiera recabar para él el decanato de la Prensa madrileña, invocando como razón que tenía su antecedente en las hojas de la *Agencia Havas*, muy anteriores a las de D. Manuel María

de Santana. Esto no es una razón de peso, y hay que respetar el decanato a quien en verdad puede ostentarlo.

En el orden material, en cuanto afecta a las artes de la impresión, el progreso ha sido aún más extraordinario. La moderna tipografía, tan rica en detalles de arte, ha realizado una admirable revolución, que es aún más sorprendente en lo que afecta a la maquinaria. Desde las viejas máquinas planas sencillas y de doble reacción, movidas a brazo, a las modernas máquinas rotativas, que parecen como monumentos levantados al genio humano, hay un mundo de distancia. Y este enorme camino se ha recorrido en medio siglo, ya que la primera rotativa, creación del insigne Marinoni, no alcanza más allá del año 1872. Nuestros abuelos periodistas no pudieron sospechar siquiera que las artes de la reproducción, entonces limitadas a la tipografía, a la litografía y al grabado en madera, aparte el daguerreotipo, llegaran a tan singulares perfeccionamientos, a tan grandes maravillas como son la moderna fotografía, el fotograbado, la fototipia, la cromotipia, la oleografía, el hueco grabado y otros procedimientos. ¿Qué revoluciones presenciarán en las artes que tuvieron por padre creador a Gutenberg, nuestros nietos, cronistas y reporteros?...

*

La transformación de la Prensa madrileña se inicia en el último cuarto del siglo XIX, y aun algunos años antes. Desde el año 1860, los periódi-

cos empiezan a cambiar su fisonomía; siguen siendo instrumentos de lucha, barricadas espirituales, desde las que los políticos riñen incruentas batallas, pero la literatura va alcanzando preponderancia en ellos, y con los artículos de polémica y las secciones de política, van alternando los históricos y literarios, las curiosidades y los trabajos de divulgación de la cultura.

Entre los periódicos anteriores al 60 se destacan *El Pensamiento Español*, de Gabino Tejado y Navarro Villoslada, cuyo título reprodujo recientemente Vázquez de Mella en su fracasado ensayo; *El Contemporáneo*, *La Verdad*, *El Constitucional*, *El Reino*, de D. Nicolás Quintana, y *La Discusión*, famoso periódico que dirigieron D. Nicolás María Rivero, D. Pablo Nougués y D. Francisco Pi y Margall. Redactores del mismo fueron la ilustre poetisa Carolina Coronado, hermana política de don Alejandro Groizard; Castelar, Eusebio Blasco, Ramón Chíes, Fernández Cuesta, Fernández y González, Romero Girón, Estanislao Figueras, Luis Rivera, Roberto Robert, el bohemio que dió aquel famoso salto «desde el almuerzo de un lunes a la comida de un jueves, sin tropezar en un garbanzo»; D. José María Orense, Ortiz de Pinedo y Mariano Vallejo.

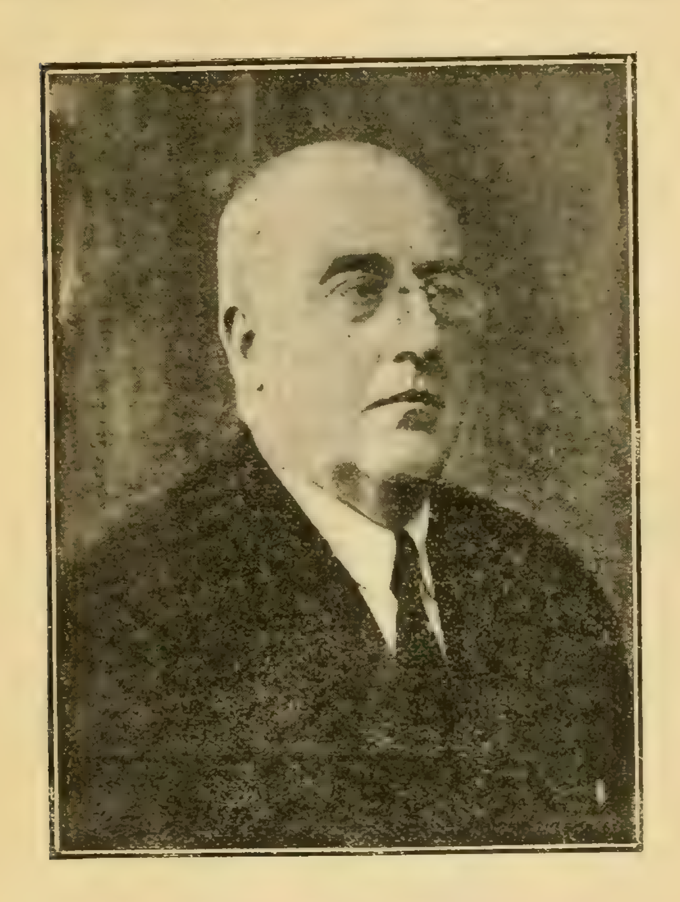
De *La Discusión*, que se publicó desde el año 56 al 70, se separó Castelar para reñir, desde las columnas de *La Democracia*, sus grandes batallas con Pi y Margall y sus otros antiguos compañeros. Dirigió el periódico el insigne orador y fueron compañeros suyos D. José María Orense, D. José

Fernando González, D. Julián Sánchez Ruano, Roque Barcia y Eusebio Blasco. *La Democracia* comenzó a publicarse en enero del 64 y terminó en junio del 66.

Desde noviembre del 63 a fines del 70 se publicó *La Política*, que dirigieron D. Salvador López Guijarro, Enrique Hernández, periodista intencionado, a quien hemos podido conocer, como redactor de *El Imparcial*, ya viejo, muchos que entonces no habíamos nacido aún, y D. Antonio Mantilla de los Ríos, luego marqués de Villamantilla, que fué redactor de *La Epoca* y ministro de España en Wáshington. Este distinguido escritor estuvo casado con una ilustre dama, que llegó a gozar gran popularidad: doña Pilar de León y de Gregorio, que más tarde fué señora de Larios y luego marquesa de Squilache. De *La Política* fueron redactores D. Pedro Antonio de Alarcón, el académico de Bellas Artes D. Angel Avilés, Navarro Rodrigo, Ricardo Zamacois, el hacendista D. Joaquín González de la Peña, el poeta Núñez de Arce, Julio Nombela y D. José Ferreras, que luego dirigió *El Correo.*

Posterior a *La Política*, del 65, fué *La Reforma*, que dejó de salir a luz el 68. Lo dirigieron D. Joaquín María Ruiz, D. Manuel Fernández Martín, que fué oficial mayor del Congreso, y el catedrático D. Miguel Morayta. Entre sus redactores figuraron Vallejo Miranda *(Pico de la Mirándola)*, D. Francisco de Bona, Nicolás Díaz Pérez, Río y Mora y Fragoso. Por los mismos años, del 65 al 68, apareció *El Español*, que dirigió D. Francisco Botella, re-

dactor luego de *La Epoca*, y del que fueron redactores el antes citado Enrique Hernández y el notable periodista y escritor D. Manuel Ossorio y



D. GABRIEL BRIONES,

REDACTOR POLÍTICO DE «LA ÉPOCA» Y APLAUDIDO AUTOR DRAMÁTICO

Bernard, padre del ex ministro D. Angel Ossorio y Gallardo y del también notable periodista don Carlos.

Del 67 al 70 apareció *El Universal*, que dirigió

D. Eduardo Arquín, y del que fué redactor el gran poeta y crítico D. Federico Balart, y en enero y febrero del último año citado se publicó *El Tiempo*, del conde de Toreno y del marqués de Bedmar, más efímero que el que, andando los años, había de ser órgano de la disidencia silvelista.

Tales fueron, entre otros menos notorios, los periódicos que antecedieron inmediatamente a los que en el último cuarto del siglo XIX habían de realizar el gran progreso de la Prensa madrileña. La escasa duración de aquellos batalladores diarios, la inconsistencia de sus empresas y la escasez de sus medios, revelan bien a las claras su carácter. Eran aquellos periódicos no más que instrumentos de lucha y vehículos de ambiciones políticas, creados ocasionalmente para servir a una causa pasajera y muchas veces a bastardas pasiones, y desaparecidos luego, apenas realizado el propósito o la ambición que con ellos se perseguía. El periodismo, por tal causa, no era aún una verdadera profesión, como ha venido a ser luego, sino medio fácil de realizar aspiraciones políticas o de conseguir destinos.

Los periódicos de empresa aparecidos después tienen más consistencia y alcanzan mayor duración, aunque sin dejar de ser armas de pelea. Poco a poco, la Prensa se va convirtiendo en una industria, separándose del servilismo personal y político para servir más amplios intereses. Los grandes progresos de las artes gráficas y la aparición de las rotativas, contribuyen a la transformación, imponiendo a la vez grandes gastos. Para crear un pe-

riódico requiérense ya capitales de importancia, y para defender éstos hay que procurar condiciones de estabilidad, persiguiendo también la natural ganancia. Así, los periódicos dejan de escribirse para grupos y banderías políticas, y se escriben para todo el mundo, sirviendo a los intereses del «gran público», a las conveniencias generales, aunque alguna vez, por ofuscaciones pasajeras, por ambición o por codicia, hayan derivado los nobles anhelos y las ambiciones generosas hacia campañas lamentables, que el país pagó tan caras...

*

Por esta época se introdujo en la Prensa madrileña una feliz innovación, que constituyó a poco una de las manifestaciones más interesantes de su transformación. Nos referimos a la publicación en los periódicos diarios de dibujos y grabados de actualidad, que hasta entonces habían sido privativos de las revistas ilustradas, cual el famoso *Semanario Pintoresco* y *El Museo de las Familias*, antecedentes simpáticos y gloriosos de nuestra moderna Prensa ilustrada. Antes de aquella innovación, que entonces fué justamente celebrada, y hoy merece ser recordada con aplauso, fué el periodista, político y aristócrata que lleva el título de conde de Esteban Collantes.

No obstante pertenecer a familia ilustre y de posición, D. Saturnino Esteban Collantes tuvo siempre a la Prensa un gran cariño y fué un verdadero periodista, de gran entusiasmo y de feliz in-

genio. En su juventud concurrió a la tribuna de la Prensa en el Congreso, en unión de otro simpático periodista y aristócrata, fraternal camarada y amigo suyo, D. Carlos Frígola y Palavicino, luego barón del Castillo de Chirel, fallecido hace algunos años, que era entonces redactor de *El Tiempo*, del conde de Toreno; con Nilo Fabra, fundador de la Agencia de su nombre; el ingenioso Leandro Pérez Cossío, de la famosa «cuerda granadina», que había estado en *La España* y a la sazón escribía en *La Correspondencia*, y otros distinguidos periodistas. Era entonces Esteban Collantes redactor de *El Eco de España*, que más tarde dirigió. Fué también director de *La Integridad de la Patria*, diario, como aquél, y colaboró en los semanarios satíricos *El Mosquito*, *La Gorda* y *El Tío Caniyitas*, lo cual le valió alguna vez cierta cariñosa predilección de la célebre «partida de la porra», que le tundió a polpes.

La etapa de su vida de periodista que más envanece a D. Saturnino es la de *Las Ocurrencias*, diario político que dirigió y en el cual implantó aquella feliz innovación de los «monos» o ilustraciones, que tanta trascendencia había de tener. Realmente puede estar orgulloso de ella el conde periodista, porque la invención tuvo gran fortuna. Toda la Prensa madrileña imitó al ejemplo y las ilustraciones fueron desde entonces y siguen siendo elemento indispensable del periódico moderno. Los que menos, las utilizaron para embellecer sus suplementos literarios y números extraordinarios.

También *La Epoca* introdujo las ilustraciones en

sus columnas, y durante algún tiempo las intercaló en su texto, usando, como todos, los grabados en madera primero, la zincografía después, y por último, el fotograbado. Después los empleó en los números extraordinarios que publicó con frecuencia, como los dedicados a conmemorar bodas Reales, los centenarios del Dos de Mayo, de Zaragoza y de Trafalgar, los de las bodas de oro y de diamante y otros acontecimientos. En los comienzos del año 1909, durante varios meses, publicó *La Epoca* unos suplementos de arte, profusamente ilustrados, como ahora publica sus hojas literarias de «*La Época* del domingo».

El ilustre conde periodista, a pesar de los años transcurridos y de su posición en la sociedad, no ha perdido su cariño y entusiasmo por el periodismo y los periódicos. Después de aquellas andanzas juveniles, colaboró en *La Epoca* y en *Gente Vieja*, el popular semanario de D. Juan Valero de Tornos, y entonces y siempre tuvo a los periodistas por sus mejores amigos. Buena prueba de ello aquellas grandes comidas con que obsequiaba el día de San Saturnino a los que fueron sus compañeros, las cuales se suspendieron hace pocos años por la muerte de la bondadosa esposa de Esteban Collantes.

Por la mesa de éste desfilaron en aquellas comidas, que el ingenio, el talento y la gracia de los comensales hicieron inolvidables, D. José Echegaray, el insigne dramaturgo; D. José Canalejas, el malogrado político, villanamente asesinado; Castro y Serrano, el ingenioso poeta Manuel del Palacio,

Antonio Grilo, el cantor de las ermitas; el culto cronista *Kasabal*, D. Francisco Silvela, el maestro Ferreras, el amenísimo Lustonó, el ilustre don Isidoro Fernández Flórez, *Fernanflor;* D. Andrés Mellado, el conde de Casa-Sedano, Ricardo de la Vega, el gran sainetero; el periodista cocinero Angel Muro, el barón del Castillo de Chirel, Miguel Moya, Valero de Tornos, Alfredo Vicenti, Rodríguez Correa, Ortega Munilla, Julio Burell, Eusebio Blasco, Miguel de los Santos Alvarez, Julio Vargas, Javier Betegón, Luis Morote y muchos más. Todos éstos han desaparecido ya. Aun viven de entre los comensales de Esteban Collantes, el ex ministro Francos Rodríguez, el octogenario D. Juan Pérez de Guzmán, D. Eugenio Sellés, el marqués de Valdeiglesias, D. Leopoldo Cano, Luca de Tena, López Ballesteros, Rodríguez Escalera, Angel María Castell, Leopoldo Romeo y algunos más.

El ilustre e ingenioso político, que fué subsecretario de la Presidencia, con Cánovas del Castillo, y al cabo de tantos años de batallar en la Prensa y en el Parlamento, logró, al fin, su aspiración legítima de ser ministro de la Corona, sigue mereciendo el afecto y la simpatía de los periodistas, en justa correspondencia al cariño que él conserva al periodismo, su gran pasión de los años mozos.

*

Entre los periódicos que iniciaron la gran transformación moderna de nuestra Prensa, debe ser citado en primer término *El Imparcial*, fundado el 16 de marzo de 1867 por D. Eduardo Gasset y

Artime, y del que fueron redactores D. José Echegaray, Mariano Araus, Isidoro Fernández Flórez, Castro y Blanc, Manuel Fernández Martín, Julio Vargas, Rafael García Santisteban, Ortega Munilla, Mariano de Cávia, Manuel Troyano y otros insignes escritores y periodistas. Desde sus primeros tiempos, *El Imparcial* ofrece la fisonomía de un gran periódico moderno, nutrido de información nacional y extranjera y de excelente colaboración. Sus hojas literarias de los lunes, que dirigió *Fernanflor* y luego Ortega Munilla, representaron una innovación interesantísima para los literatos.

Una grave escisión en la Redacción de *El Imparcial* dió lugar, hace cuarenta y cinco años, al nacimiento de *El Liberal*, que fundaron Fernández Flórez, Mariano Araus y otros compañeros, y por cuya Redacción pasaron también tantas prestigiosas figuras del periodismo, como el inolvidable don Miguel Moya. Para el periódico de Gasset y Artime fué aquel un momento difícil, en el cual *La Epoca* y algún otra colega le prestaron la valiosa ayuda de sus elementos. Pero el ilustre D. Eduardo Gasset, muerto el 20 de mayo de 1884, pudo tener la satisfacción de ver consolidada su obra y alcanzando una tirada hasta entonces no conocida en la Prensa madrileña.

Merecen ser citados también en los anales de nuestro progreso periodístico *El Tiempo*, de Silvela, que dirigió Guillermo Rancés, marqués de Casa Laiglesia; *El Nacional*, que dirigió el gran periodista Adolfo Suárez de Figueroa, y *El Globo*, fundado por Castelar hace cuarenta y nueve años,

y en el que hicieron sus primeras armas tantas personalidades eminentes del periodismo y de las letras, como el malogrado Navarro Ledesma. En sus últimos tiempos dirigieron *El Globo*, adquirido entonces por el conde de Romanones, los ilustres periodistas Francos Rodríguez y Baldomero Argente, que han sido luego directores del *Heraldo* y ministros de la Corona.

De la Prensa de aquel tiempo han desaparecido *La Iberia*, el famoso periódico de Sagasta y Calvo Asensio, que fué un ideal para los periodistas de la época y que aun se oye pregonar en los días de sorteo, con la lista de la Lotería. Recientemente fué resucitada *La Iberia* en un lamentable y doloroso ensayo, para explotar la causa alemana durante la guerra europea. También desaparecieron *El Correo*, que dirigió tantos años el inolvidable maestro Ferreras, y que murió en manos de Urzáiz; *El Correo Español*, órgano de los carlistas, y *El País*, órgano republicano, que fundó D. Antonio Catena y que dirigió últimamente el gran periodista Roberto Castrovido.

Los radicales no han tenido nunca buena mano para fundar periódicos, lo cual demuestra el escaso arraigo de sus ideas en el país. Cuantos ensayos hicieron han fracasado. Al dejar la dirección de *El País*, Alejandro Lerroux fundó, con el doctor Ezquerdo, entonces jefe del partido progresista, *El Progreso*, y aquel periódico desapareció al poco tiempo. Después creó Lerroux su semanario *Progreso*, especie de barricada, desde la cual realizó la conquista del Paralelo. Más recientemente fun-

dó el jefe radical sus periódicos *El Intransigente* y *El Radical*, que tuvieron vida efímera. No tuvo mejor fortuna Rodrigo Soriano con su *España Nueva*, muerta a los pocos años, reaparecida ha poco



D. VÍCTOR ESPINÓS MOLTÓ,

CRÍTICO MUSICAL DE «LA ÉPOCA»

con el título de *Vida Nueva* y vuelta a desaparecer.

Asimismo hay que citar, entre los periódicos desaparecidos, a *La Justicia*, órgano de D. Nicolás Salmerón, que dirigió D. Rafael Altamira; *El Día*, del marqués del Riscal, resucitado, como *La Iberia*, en un desdichado ensayo para explotar la genero-

sidad de la propaganda alemana; *El Estandarte*, del conde de Casa Sedano; *La Monarquía*, que dirigió Javier Betegón; *La Unión Católica*, tribuna periodística del maestro Ortí y Lara, que lo dirigió, y *El Resumen*, otro buen periódico en el que laboraron Adolfo Suárez de Figueroa, antes de fundar *El Nacional*; el cronista *Kasabal*, D. José Gutiérrez Abascal, que luego dirigió el *Heraldo de Madrid*, y Joaquin Dicenta.

De la Prensa contemporánea de *El Imparcial* existe el *Diario de la Marina*, que tiene cincuenta y cinco años y ha pasado por muchas vicisitudes. Como periódico militar más antiguo sigue a éste *La Correspondencia Militar*, de Julio Amado, que antes perteneció a D. Diego Fernández Arias, fundado hace cuarenta y siete años, y más modernos son *El Ejército Español*, de Rafael Esbry, que tiene treinta y seis años, y *Ejército y Armada*, con veinte.

Marcó nueva y brillante etapa en el progreso de la Prensa *Heraldo de Madrid*, creado por el insigne Canalejas, que ya tiene treinta y dos años de vida. Al aparecer este periódico, con su forma modernísima, su primorosa confección, sus ilustraciones y sus numerosos colaboradores, alcanzó una popularidad extraordinaria, no igualada hasta entonces. Fué la obra feliz de tres grandee periodistas: Augusto Suárez de Figueroa, Julio Burell y Salvador Canals. Pero no se debe despojar al fundador de su parte de gloria, porque Canalejas era también un gran periodista. Los plumíferos de aquel tiempo veían en el *Heraldo* el más bello modelo, y

y muchos periódicos de provincias imitaron su forma.

Al separarse del *Heraldo* Figueroa, fundó, con el conde de Romanones, hace veintiún años, el *Diario Universal;* pero en éste no nos enseñó el maestro nada nuevo. Julio Burell fundó el *Nuevo Heraldo*, que tuvo efímera vida, y Salvador Canals pasó a *El Nacional.*

Más adelante hizo un feliz ensayo de diario ilustrado el insigne periodista Julio Burell, que publicó *El Gráfico;* pero la simpática empresa no tuvo éxito. Otro ensayo malogrado fué el de *Las Novedades*, de Domingo Blanco, como lo fueron luego el diario *La Noche*, fundado por el malogrado compositor Vicente Lleó, entonces en pleno esplendor de su empresa de Eslava, y el *Hoy*, un periódico de grato y moderno aspecto, obra del buen periodista Gómez Hidalgo.

De la Prensa madrileña actual, figuran entre los periódicos más antiguos, después de los citados, *El Socialista*, también modernizado, al convertirse en diario, que tiene treinta y ocho años, y *El Universo*, dirigido por el ilustre maestro D. Rufino Blanco, fundado hace veinticuatro. Merecen un grato recuerdo el periódico *España*, aparecido el 21 de enero de 1904, que dirigió D. Manuel Troyano, al separarse de *El Imparcial*, y en el que *Azorín* conquistó su máxima popularidad, haciendo su peor literatura, y *El Español*, creado en 1900, y que dirigió Sánchez Guerra.

El ilustrado colega *A B C*, que sigue en antigüedad, con sus diecinueve años de existencia, se-

ñala otro gran progreso de la Prensa madrileña. Su forma manuable y cómoda fué una *trouvaille* de D. Torcuato Luca de Tena, después del primer ensayo. Pero su crédito y popularidad se deben también a sus ilustraciones, a una confección esmerada y a una copiosa colaboración. La buena fortuna que con él tuvo Luca de Tena, como también en *Blanco y Negro*, la notable revista, que fué su primer ensayo, no se repitió con *Ecos*, diario de la noche, desaparecido a poco de nacer.

La obra periodística fundamental de Luca de Tena, que tendrá que ser recordada siempre con elogio y admiración, es el *A B C*. Jamás periódico alguno llegó en la Prensa madrileña a alcanzar tiradas tan fabulosas, ni publicidad tan enorme, que lleva a las cajas de aquel periódico millones de pesetas en un año. Tampoco logró ningún periódico tan grandes perfeccionamientos en el arte gráfico. *A B C* estudió en España y en el extranjero todas las novedades, todas las invenciones, cual la modernísima del huecograbado, y todos los perfeccionamientos, y los implantó en su casa, sin reparar en gastos, hasta lograr el triunfo. Así se ha hecho el *A B C*, por la voluntad tenaz de un hombre, con el concurso de muchos periodistas y escritores ilustres, y *A B C* es un periódico que honra y enaltece en alto grado a la Prensa española. Cuantas personalidades eminentes del globo pasan por Madrid, van a visitar aquel pequeño mundo de *A B C*, en el que se agita un ejército de inteligentes obreros, y todos reconocen que el gran periódico español está a la altura de los primeros

periódicos de París, de Nueva York, de Buenos Aires y de Londres.

En el orden cronológico siguen al periódico de Luca de Tena *El Siglo Futuro*, que en su segunda época ha cumplido dieciséis años; *El Mundo*, fundado por Santiago Mataix, y *La Prensa*, de Ramón Melgares, que han entrado en el diecisiete, y *El Debate*, que lleva trece.

*

Página interesante de la vida periodística madrileña, que merece ser recordada, porque representa una modalidad sin precedente, fué la creación de la Sociedad Editorial de España, fundada el 30 de abril de 1900. En ella entraron *El Imparcial*, *El Liberal* y *Heraldo de Madrid*, que acababa de aquirir la empresa de este último, y los *Liberales* de provincias, siendo los factores principales D. Miguel Moya y D. Antonio Sacristán. Pero la Sociedad así constituída fracasó pronto, retirándose de ella *El Imparcial*. La entidad continuó funcionando con el mismo nombre y los demás componentes, algunos de los cuales desaparecieron o se disgregaron más tarde.

Este recuerdo nos hace evocar otra página muy interesante de nuestra vida periodística, la más importante acaso de los últimos tiempos en el orden social y profesional. Nos referimos al movimiento sindicalista que estalló en diciembre de 1919 y que produjo sus más graves daños en los dos grandes diarios que quedaban a la Sociedad

Editorial de España *El Liberal* y *Heraldo de Madrid.* El movimiento sindicalista, con los graves disgustos que ocasionó, fué la causa de la muerte del ilustre Moya en 19 de agosto del año siguiente, a la que han seguido otras vicisitudes de los dos grandes diarios. La huelga sindicalista abortó como desmedrado fruto un periodiquito que se tituló *Nuestro Diario*, y que duró, por fortuna, muy pocos días.

Como consecuencia de la huelga sindicalista se produjeron dos graves escisiones en la redacción de *El Liberal* y *Heraldo de Madrid.* El grupo separado del primero—he aquí como la historia se repite—, con Luis de Oteyza a la cabeza, fundó el periódico *La Libertad*, que alcanzó un gran éxito, y que en los cinco años que tiene de existencia ha consolidado su posición. No acompañó la misma fortuna al grupo de redactores separados del *Heraldo*, cuyos ensayos, resucitando el *Nuevo Heraldo* y luego *Hoy*, fueron completos fracasos. Recientemente un pequeño grupo separado de *La Libertad* hizo un lamentable ensayo periodístico, fundando el *Diario del Pueblo*, que resultó un feto con vida para tres días.

Durante los últimos años se publicaron otros muchos periódicos de vida efímera, especialmente en la época de la gran tragedia europea, en la que se crearon algunos para defender a Alemania. Merecen grata recordación *La Mañana*, de D. Luis Silvela, el actual alto comisario en Marruecos; *El Fígaro*, un excelente diario ilustrado, que dirigió Ibáñez de Ibero; *La Jornada* y *El Pensamiento Es-*

pañol, que fundó el Sr. Vázquez de Mella, recordando el de Navarro Villoslada. También pertenece a los últimos tiempos *La Nación*, que dirigió Polavieja, creado únicamente para defender la causa alemana durante la gran guerra. Más reciente es la nueva y fracasada resurrección de *El Tiempo*, por D. Fernando Melgarejo. También fracasó el diario militar *Marte*, creado por D. Diego Fernández Arias.

Los últimos jalones de la moderna transformación de la Prensa diaria madrileña fueron sentados por *La Tribuna*, el periódico fundado por Milá y Camps, y dirigido por Salvador Cánovas Cervantes, que ha sufrido distintos cambios y suspensiones, y ha entrado en el año 12 de su publicación, dirigido ahora por Gallo de Renovales; *La Acción*, el periódico de Delgado Barreto, que ya cuenta ocho años; *El Sol*, fundado por el ilustre ingeniero D. Nicolás María de Urgoiti, y dirigido ahora por el notable periodista Félix Lorenzo, que ha cumplido siete años y representa una nueva modalidad en el arte de hacer y confeccionar periódicos; *La Voz*, otro admirable periódico, con cuatro años de existencia, fundada también por Urgoiti y dirigido por el buen periodista y escritor *Fabián Vidal*, e *Informaciones*, creado por Leopoldo Romeo, comprado por D. Rafael Barón y dirigido ahora por el notable periodista Augusto Vivero, que ya ha cumplido su primer año.

Los últimos ensayos periodísticos realizados son *El Noticiero*, fundado el martes 19 de junio de 1923, y que rápidamente ha desaparecido, y *La Opi-*

nión, periódico de agradable aspecto, que apareció fundado por el Sr. García Revenga y dirigido por D. Manuel Aznar, bajo la gerencia de D. Julio Romeo, y que actualmente dirige el concejal D. Antonio López Baeza.

No hemos de poner término a estos párrafos sin consignar otro hecho de gran interés para la vida de la Prensa, y digno de eterna recordancia y gratitud para los periodistas. Queremos referirnos a la aplicación de la ley del Descanso dominical a los periódicos; reforma justiciera y benéfica, que ha permitido a los «chicos de la Prensa», a los humildes, a los que trabajan de verdad, descansar un día, después de seis jornadas de rudo y molesto trabajo. El 15 de enero de 1920 fué firmado el decreto correspondiente, y el ministro de la Gobernación que lo refrendó fué el ilustre catedrático D. Joaquín Fernández Prida, para quien todo periodista, agradecido al bien que recibiera, tendrá siempre un recuerdo grato y una alabanza justa. Más de tres años han transcurrido de la implantación de la reforma, y arraigada ya ésta en las costumbres periodísticas, difícil será que desaparezca o se modifique, aunque haya algunos tenaces elementos que lo procuren. Los periodistas deben oponerse con energía y decisión a todo intento de modificación en el descanso dominical, con el firme propósito de que permanezca intangible su «conquista». Gracias a ésta descansan un día cada semana los obreros intelectuales del periódico, que no deben ser de peor condición que los demás; de otro modo, descansarían quizás algunos, pero

otros muchos, los más acaso, seguirían amarrados a su galera, sin gozar un solo día de libertad material y espiritual.

*

El gran progreso realizado en no largo espacio de tiempo por la Prensa madrileña se advierte más rápidamente y en más alto grado en las revistas ilustradas, en las cuales se refleja admirablemente la revolución operada en las artes gráficas. En unos cuantos años esta Prensa artística se ha colocado a la altura de la de los países más adelantados del mundo, y nada tiene que envidiar a las buenas revistas inglesas, francesas y americanas.

En el período a que nos referimos, la Prensa festiva y satírica estuvo dignamente representada por *Madrid Cómico*, el semanario de Sinesio Delgado, que alcanzó tan extraordinaria popularidad, y *Gedeón*, la revista famosa, creada por ingenios tan peregrinos como Navarro Ledesma, Antonio Palomero, Royo Villanova y José de Roure, los cuatro desaparecidos en edad temprana, y el admirable caricaturista *Sileno*. *Madrid Cómico*, en el que lograron justa fama dibujantes tan graciosos como el malogrado *Mecachis*, Cilla y *Melitón González* y tantos escritores de ingenio, fué el ideal para los literatos jóvenes de su tiempo y el semanario predilecto del público. Otros periódicos festivos excelentes hubo, como el *Don Quijote*, de Eduardo Sojo, que dirigió luego un literato tan exquisito como Miguel Sawa, pero ninguno logró

alcanzar el éxito y la popularidad de *Madrid Cómico* y de *Gedeón*, excepto *El Mentidero*, la famosa revista de Delgado Barreto.

Pasó la época de aquellas revistas, porque cambiaron los gustos del público, señor y tirano de artistas y plumíferos, siempre olvidadizo e ingrato, y los semanarios festivos y satíricos desaparecieron para no volver más. A sustituírles vino en la preferencia del público la moderna Prensa gráfica, que ha realizado una transformación completa y admirable. Tan completa, que hasta la tradicional y venerable *Ilustración Española y Americana*, la prestigiosa revista de D. Abelardo de Carlos, pereció en el naufragio de las cosas viejas.

En la historia de la Prensa gráfica española, *La Ilustración* ha de ocupar un capítulo de honor. Representó en su tiempo, sobre el *Semanario Pintoresco* y el *Museo de las Familias*, un gran paso de avance y llenó un largo período de transición entre aquellas viejas revistas y la moderna Prensa ilustrada. Todo el arte de la época estuvo representado en las páginas de *La Ilustración*, y fuera ingrato negar a ésta la gran influencia que ejerció en la educación y en la cultura del público. En ella publicaron sus dibujos los más notables artistas de aquel tiempo. y colaboraron los literatos, los historiadores, los críticos y los poetas más famosos. Merced a ello logró el extraordinario crédito y la verdadera popularidad que gozó en España y en América. En los últimos años de su publicación, sus números corrientes y los extraordinarios de primeros de año, que constituían interesantísimos

libros, eran una digna representación de los progresos de las artes gráficas.

Dos popularísimas revistas iniciaron la transformación: *Blanco y Negro*, fundada por el Sr. Luca de Tena, y *Nuevo Mundo*, creada por el ilustre pedagogo y periodista D. José del Perojo. La primera, verdadera ilustración popular, después de varias reformas, fué como una revelación, que en un momento alcanzó extraordinario éxito, extendiéndose por todas las provincias. La segunda, que también ha experimentado muchas reformas y no pocas vicisitudes, fué la revista popular por excelencia, y alcanzó, como *Blanco y Negro*, tiradas enormes. El Sr. Perojo publicó también la revista mensual *Por Esos Mundos*, verdadero *magazin*, muy interesante, que vivió algunos años.

La actual Sociedad «Prensa Gráfica», que edita *Nuevo Mundo*, publica también la popularísima revista *Mundo Gráfico*, la magnífica titulada *La Esfera*, ilustración artística de singulares méritos, y *Elegancias*, otra revista admirable, que ha empezado a publicarse recientemente y que merece alcanzar un gran éxito. Todas estas revistas, cada una en su clase, como también *Blanco y Negro*, son títulos de honor de la Prensa española y una gran ejecutoria de progreso para las artes gráficas de nuestra Patria, y las personalidades que las dirigen y confeccionan, el ilustre Francisco Verdugo, Mariano Zavala, el hombre de confianza del llorado Perojo; el gran fotógrafo Campúa, el buen periodista Augusto Barrado, y algunos más, merecen ser admirados por el colosal esfuerzo que realizan.

Al mismo tiempo que se publicaban, en pleno éxito, esas magníficas revistas, se hicieron otros admirables ensayos, que no lograron la misma fortuna. Merecen ser citadas por su esmero, su arte y su lujo, *Mundial*, hermosa revista, que nada tenía que envidiar a las mejoras extranjeras; *Voluntad* y *Salud*, magníficas también, que representaban un extraordinario alarde; *Gran Mundo*, que dirigió el simpático Jordán de Urríes *(Tomillares)*, *Actualidades*, *Gente Menuda*, primera revista para niños, que también dió a luz el Sr. Luca de Tena. Las revistas teatrales no lograron nunca alcanzar el éxito; se hicieron ensayos notables por el ilustre Perojo, por Antonio Asenjo, el admirable sainetero; Contreras Camargo y alguno más; pero todos ellos resultaron fracasados. La misma mala fortuna acompañó a las revistas de salones aristocráticos; todos los ensayos que se hicieron fracasaron dolorosamente, y solamente una publicación de esta índole ha logrado el éxito y se ha consolidado: la revista *Vida Aristocrática*, que publica y dirige el notable cronista D. Enrique Casal *(León Boyd)*, tan estimado en la sociedad madrileña, y de la que es redactor-jefe el distinguido escritor y poeta don Guillermo Fernández Shaw. *Vida Aristocrática* es también una publicación que enaltece a nuestra Prensa ilustrada. Recientemente ha comenzado a publicarse *La Ilustración Universal*, admirablemente editada y confeccionada a todo lujo, con planas en color, que es un verdadero primor.

No hemos de hablar aquí de las revistas profesionales, que se publican en extraordinario número

y son una digna representación de nuestra Prensa semanal, porque esto nos llevaría demasiado lejos; ni de las revistas mensuales de carácter literario, en las que se hicieron ensayos tan interesantes como *La Lectura*, de Francisco Acebal, que vivió algunos años, y *Cosmópolis*, de Gómez Carrillo, que solamente existió algunos meses. Tampoco las revistas de este carácter lograron fortuna en nuestro mercado periodístico. Actualmente se publican *Nuestro Tiempo*, que dirige el ilustre Salvador Canals; *Raza Española*, notabilísima revista, dirigida por la admirable escritora doña Blanca de los Ríos, y *Revista de Occidente*, que ha empezado a publicar el sabio catedrático D. José Ortega y Gasset.

Por nuestro natural dulce y benévolo, al cerrar este trabajo, deseando salud y paz a nuestros colegas actuales, lamentaríamos la pérdida de los que desaparecieron. Pero a la par somos un poco fatalistas, y creemos que cuanto sucede ocurre porque debe suceder. En esto, como en todo, los hechos se imponen con su fuerza irresistible y lógica. Dejemos, pues, que los muertos descansen...

EFEMÉRIDES Y RECUERDOS

El último cuarto de siglo ha sido dolorosamente fecundo en sucesos importantes y trascendentales, así en el extranjero como dentro de nuestro país. De algunos de ellos hemos de apuntar el recuerdo, por lo que tiene de interesante y curioso, ya que a evocaciones de ese lapso de tiempo está consagrado este libro, al mismo tiempo que recordamos otros hechos que sólo afectan a España y a nuestras particulares afecciones.

En la vida exterior, el hecho más extraordinario y terrible, sin precedente de tan trágica grandeza en la historia de la Humanidad, ha sido la guerra europea de 1914, acaso la más espantosa conflagración que vieron los siglos. De ella se derivaron consecuencias de extrema gravedad y trascendencia para todos los pueblos, tan importantes como las gigantescas batallas libradas, y aun más dolorosas y horribles porque no tuvieron la grandeza de aquélla.

Dentro del limitado círculo de la vida nacional, se han registrado las varias campañas de Marruecos, que culminan en la espantosa tragedia del de-

rrumbamiento de la Comandancia de Melilla, en julio de 1921; las luchas sanguinarias del terrorismo barcelonés, que con distintos aspectos y caracteres se extienden a casi todo ese tiempo; las campañas antipatriotas del catalanismo, que es otro terrorismo incruento, con sus etapas de la solidaridad, la Mancomunidad y la Asamblea de parlamentarios; huelgas revolucionarias, la más importante de las cuales fué la de 1917, vencida con gran energía por el Gobierno de Dato y Sánchez Guerra; las campañas de desprestigio de las Juntas de defensa y atentados brutales y trágicos. El más espantoso y emocionante de éstos fué el del 31 de mayo, en la calle Mayor, en la ocasión solemne de las bodas del Rey Don Alfonso XIII.

He aquí algunos de los recuerdos y efemérides que tenemos anotados:

Año de 1898:

19 de mayo.—Muerte del gran político inglés Gladstone.

10 de diciembre.—Firma del Tratado de paz entre los Estados Unidos y España.

1899:

16 de febrero.—Muerte del Presidente de la República francesa M. Félix Faure.

25 de mayo.—Muere el insigne orador español D. Emilio Castelar.

1900:

29 de julio.—Asesinato del Rey Humberto de Italia por el anarquista Bresci.

23 de septiembre.—Muerte del insigne capitán general D. Arsenio Martínez de Campos.

1901:

22 de enero.—Muerte de la gran Reina Victoria de Inglaterra.

11 de febrero.—Muerte del ilustre poeta D. Ramón de Campoamor.

14 de febrero.—Boda de la Princesa de Asturias Doña María de las Mercedes, hermana del Rey Don Alfonso XIII, con el Infante Don Carlos de Borbón-Sicilia.

11 de agosto.—Muerte del famoso político italiano Francisco Crispi.

6 de septiembre.—Atentado contra el Presidente de los Estados Unidos, Mackinley, muerto el día 13.

28 de noviembre.—Muerte del ilustre repúblico D. Francisco Pi y Margall.

1902:

17 de abril.—Muerte del Rey Don Francisco de Asís, en Epinay.

17 de mayo.—Declaración de la mayoría de edad del Rey Don Alfonso XIII.

23 de mayo.—Creación de la Orden civil de Alfonso XIII.

1903·

5 de enero.—Muerte del famoso político don Práxedes Mateo Sagasta, jefe del partido liberal.

8 de febrero.—Muerte del ex ministro conservador duque de Tetuán.

28 de febrero.—Muerte de D. Laureano Figuerola, ex Presidente de la República española.

2 de junio.—Muerte del ilustre poeta D. Gaspar Núñez de Arce.

11 de julio.—Asesinato del Rey Alejandro de Servia y de la Reina Draga.

20 de julio. — Muerte del insigne Pontífice León XIII.

21 de diciembre.—Muerte del ex ministro y ex redactor de *La Epoca* D. Carlos Navarro Rodrigo.

1904:

1.° de enero.—Muere el ilustre periodista Augusto Suárez de Figueroa.

7 de febrero.—Se rompen las hostilidades entre Rusia y el Japón, en la sangrienta guerra de la Mandchuria.

15 de marzo.—Entrevista del Emperador Guillermo II de Alemania con el Rey de España, en Vigo, a bordo del acorazado *Príncipe Federico.*

9 de abril.—Muerte de la Reina Isabel II, en París.

11 de agosto.—Muerte del famoso político francés M. Waldeck Rousseau.

17 de octubre.—Muerte de la Princesa de Asturias Doña María de las Mercedes, hermana del Rey Alfonso XIII.

1905:

18 de marzo.—Homenaje nacional al insigne

dramaturgo D. José Echegaray, por haberle sido concedido el premio Nobel de 1904.

8 de abril.—Catástrofe del hundimiento del tercer depósito del Canal de Isabel II.



D. GUILLERMO FERNÁNDEZ SHAW,

REDACTOR DE «LA ÉPOCA» Y APLAUDIDO AUTOR DRAMÁTICO

29 de mayo.—Muerte del insigne político conservador D. Francisco Silvela.

31 de mayo.—Atentado contra el Rey Don Alfonso XIII de España, en la rue de Rivoli de París.

23 de octubre.—Visita del Presidente de Francia, M. Loubet, a Madrid.

1906:

12 de enero.—Boda de la Infanta María Teresa, hermana del Rey Don Alfonso XIII, con el Infante Don Fernando de Baviera, hijo de la Infanta Doña Paz.

16 de enero.—Se reúne la Conferencia de Algeciras sobre Marruecos, que terminó sus trabajos con la firma del Acta de 31 de marzo.

17 de enero.—Elección del Presidente de la República francesa, M. Fallières.

3 de marzo.—Muere el ilustre político conservador D. Francisco Romero Robledo.

12 de marzo.—Visita de los Reyes Don Carlos y Doña Amelia de Portugal a Madrid.

30 de abril.—Se crea la Sociedad Editorial de España, entrando en ella *El Imparcial*, *El Liberal* y *Heraldo de Madrid*.

31 de mayo.—Bodas de los Reyes Don Alfonso XIII de España y Doña Victoria Eugenia de Battemberg, y atentado de Mateo Morral, en la calle Mayor.

23 de junio.—Muere el político liberal D. Juan Manuel Sánchez y Gutiérrez de Castro, duque de Almodóvar del Río, iniciador de la Conferencia de Algeciras.

(En este año le fué concedido el premio Nobel para las Ciencias al insigne sabio español doctor D. Santiago Ramón y Cajal.)

1907:

20 de marzo,—Visita del Rey de Sajonia, Federico Guillermo, a Madrid.

8 de abril.—Entrevista del Rey Eduardo VII de Inglaterra y el Rey de España en Cartagena.

10 de mayo.—Nacimiento de S. A. R. Don Alfonso de Borbón y de Battemberg, Príncipe de Asturias.

1908:

10 de febrero.—Asesinato en Lisboa del Rey Carlos de Portugal y del Príncipe heredero Don Felipe.

23 de junio.—Nace S. A. R. el Infante Don Jaime, hijo de los Reyes.

5 de octubre,—Proclamación de la independencia de Bulgaria.

28 de diciembre.—Terribles terremotos en Italia, con la destrucción de Reggio y Mesina.

1909:

22 de junio.—Nace S. A. R. la Infanta Doña Beatriz, hija de los Reyes.

18 de julio.—Muerte del Pretendiente D. Carlos de Borbón.

8 de noviembre.—Visita a Madrid del Rey Don Manuel de Portugal.

17 de diciembre.—Muerte del Rey Leopoldo de Bélgica.

1910:

1.° de mayo.—S. A. la Infanta Doña Isabel emprende su viaje a la República Argentina.

6 de mayo.—Muerte del Rey Eduardo VII de Inglaterra.

1911:

8 de febrero.—Muerte del insigne sabio español D. Joaquín Costa.

25 de junio.—Se celebra en Madrid el Gran Congreso Eucarístico.

12 de diciembre.—Nace S. A. R. la Infanta Doña Cristina, hija de los Reyes.

1912:

30 de septiembre.—Muerte de la malograda Infanta Doña María Teresa, hermana del Rey Don Alfonso XIII.

12 de noviembre.—Asesinato del jefe del Gobierno D. José Canalejas, por el anarquista Pardiñas.

1913:

17 de enero.—Elección del Presidente de la República francesa M. Raymond Poincaré.

28 de enero.—Muerte del ilustre político y elocuente orador español D. Segismundo Moret.

19 de marzo.— Asesinato del Rey Jorge de Grecia.

13 de abril.—Atentado contra el Rey de España, por el anarquista Sancho Alegre, en la calle de Alcalá.

20 de junio.—Nace S. A. R. el Infante Don Juan, hijo de los Reyes.

7 de octubre.—Visita del Presidente de la República Francesa, M. Poincaré, a Madrid.

19 de octubre.—Muerte del insigne orador, di-

rector de la Real Academia Española de la Lengua, D. Alejandro Pidal y Mon.

1914:

28 de junio.—Es asesinado en Sarajevo el archiduque Francisco Fernando, heredero de la Corona de Austria-Hungría, dramático suceso, del cual se derivan a poco los horrores de la tragedia europea.

20 de agosto.—Muerte del Pontífice Pío X.

24 de octubre.—Nace S. A. R. el Infante Don Gonzalo, hijo de los Reyes.

1915:

30 de mayo.—Muerte del ilustre político conservador, capitán general D. Marcelo de Azcárraga.

1916:

14 de septiembre.—Muerte del ilustre dramaturgo español D. José Echegaray.

21 de noviembre.—Muerte del Emperador Francisco José de Austria-Hungría.

1917:

14 de diciembre.—Muerte del ilustre catedrático D. Gumersindo de Azcárate.

17 de diciembre.—Muerte del ex ministro conservador D. Fermín de Lasala, duque de Mandas.

1918:

26 de junio.—Asesinato del Zar de Rusia y de la familia Imperial.

11 de noviembre.—Firma del armisticio para la paz, después de la trágica guerra europea.

15 de diciembre.—Asesinato del Presidente de la República portuguesa, Sidonio Paes.

1919:

21 de febrero.—Muerte del ilustre periodista y político D. Julio Burell.

3 de junio.—Muerte del inolvidable político conservador D. Augusto González Besada.

17 de junio.—Muerte del ex ministro conservador D. Javier Ugarte.

28 de junio.—Firma del Tratado de paz de Versalles.

1920:

2 de enero.—Muerte del insigne novelista español D. Benito Pérez Galdós.

17 de enero.—Elección del Presidente de la República francesa M. Paul Deschanel, que poco después sufre un ataque de locura y tiene que abandonar el puesto.

5 de abril.—Estalla la revolución en Irlanda.

12 de julio.—Muere en Madrid la Emperatriz Eugenia, condesa de Teba, viuda del Emperador Napoleón III de Francia.

14 de julio.—Muerte del gran periodista español Mariano de Cávia.

4 de agosto.—Es asesinado en Valencia por los sindicalistas el ex gobernador de Barcelona don Francisco Maestre Laborde, conde de Salvatierra.

19 de agosto.—Muere en San Sebastián el ilus-

tre periodista D. Miguel Moya, director de *El Liberal.*

23 de septiembre.—Elección del Presidente de la República francesa M. Millerand.

29 de noviembre.—Embajada del Infante Don Fernando María de Baviera a Chile.

1921:

15 de enero.—Se declara la famosa huelga de los empleados de Hacienda en España.

31 de enero.—Visita a Madrid de los Reyes Carlos e Isabel de Bélgica.

8 de marzo.—Asesinato del ilustre político don Eduardo Dato Iradier, jefe del Gobierno y del partido conservador.

12 de mayo.—Muerte de la insigne novelista doña Emilia Pardo Bazán, condesa de Pardo Bazán.

23 de mayo.—Muerte del ilustre general D. Fernando Primo de Rivera, marqués de Estella.

21 de julio.—Primeros sucesos del trágico derrumbamiento de la Comandancia de Melilla con el desastre de Annual.

14 de noviembre.—Reunión de la Conferencia del Trabajo en Wáshington.

15 de noviembre.—Muerte del ex ministro conservador marqués de Portago.

1922:

23 de enero.—Muerte del Pontífice Benedicto XV y del cardenal español D. Enrique de Almaraz, arzobispo de Toledo.

7 de febrero.—Elección de S. S. el Papa Pío XI.

1.° de abril.—Muerte del destronado Emperador Carlos de Austria.

9 de abril.—Homenaje nacional a los ilustres actores María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza.

13 de mayo.—Muerte gloriosa del heroico teniente coronel González Tablas, jefe de los Regulares de Ceuta.

1.° de agosto.—Visita a España del Presidente de la República Argentina D. Marcelo de Alvear.

2 de agosto.—Muerte del sabio inventor Graham Bell.

22 de agosto.—Muerte del ilustre político y hombre de ciencia marqués de Cerralbo.

28 de agosto.—Abdicación del Rey Constantino de Grecia, arrojado del Trono por la Revolución, y proclamación del Rey Jorge.

10 de octubre.—Visita del Shah de Persia a Madrid.

9 de noviembre.—Se concede el premio Nobel al ilustre dramaturgo español D. Jacinto Benavente.

16 de diciembre.—Asesinato del Presidente de la República de Polonia, Narutowiez.

30 de diciembre,—Muerte del ilustre periodista y novelista español D. José Ortega Munilla.

1923:

3 de enero.—Muerte del Patriarca de las Indias y obispo de Sión, D. Jaime Cardona y Tur.

11 de enero.—Muere el Rey Constantino de Grecia.

13 de enero.—Muerte del ilustre historiador y arquitecto D. Vicente Lampérez y Romea.

15 de enero.—Muerte del ilustre político francés M. Ribot.

27 de enero.—Son puestos en libertad los cautivos españoles de Axdir.

2 de febrero.—Muerte del ilustre historiador gallego D. Manuel Murguía.

13 de febrero.—Muere el sabio Roentgen, descubridor de los rayos X.

22 de febrero.—Muerte del famoso político francés M. Delcassè.

13 de marzo.—Muerte del ilustre político conservador D. Manuel Allendesalazar, ex presidente del Consejo de Ministros.

26 de marzo.—Muere la insigne trágica francesa Sarah Bernhardt.



D. FRANCISCO PÉREZ MATEOS,
SECRETARIO DE REDACCIÓN DE «LA ÉPOCA».

UNA MEDALLA CONMEMORATIVA

Y UN RASGO DEL REY

Entre las cultas devociones artísticas del director de *La Epoca* figura una gran afición a las medallas, de las cuales posee una interesante colección, que poco a poco va ampliando y completando con sus adquisiciones. De esta colección forman parte no pocos ejemplares antiguos e históricos de completa autenticidad. Muchas medallas son francesas, pues sabido es que en este arte, rama exquisita de la escultura, llegaron los artistas de Francia al más alto grado de perfección.

No podían ser adquiridas en el mercado artístico muchas medallas antiguas y famosas, conmemorativas de insignes hechos históricos, y para poder seguir completando su colección incipiente tuvo el marqués de Valdeiglesias que recurrir a las reproducciones. Al efecto, entró en relaciones con un notable artista, que cultiva esta especialidad con singular acierto, el Sr. D. Tomás Bezares y Teullet, cuyos trabajos son ya bien conocidos y estimados.

La labor del medallista Bezares es sencillamente prodigiosa. Reproduce admirablemente todas las medallas que se le encargan, con el mismo exacto tono de color, con la pátina que en ellas imprimiera la acción del tiempo. Y llega al punto el prodigio de que las medallas reproducidas por Bezares se confunden con el original. ¿Puede darse mayor acierto?

De esta noble af'ción a las medallas de Valdeiglesias y de las relaciones de éste con el artista Bezares surgió la idea de acuñar una medalla de bronce conmemorativa de las Bodas de Diamante de *La Epoca,* La grata y honrosa efemérides bien lo merecía, y el pensamiento, que el artista no ha tardado en llevar a la práctica, fué indudablemente acertado.

De modelar la medalla se encargó el joven y notable escultor D. Enrique Cuartero y Huerta, artista de gran inspiración, que tiene singulares aptitudes como medallista. La medalla conmemorativa del LXXV aniversario de la fundación de *La Época,* de la que ofrecemos aquí una reproducción, es un feliz acierto del escultor por la originalidad de la idea y por el arte de la primorosa ejecución. El Sr. Cuartero, que tiene como escultor un brillante porvenir, lo aseguraría rápidamente en Francia como medallista.

El vaciado y galvanización de la medalla corrió a cargo de D. Tomás Bezares, y su trabajo ha tenido el mismo completo éxito que en toda su labor alcanza. No hay el menor reparo que señalar en él, y el efecto que produce es realmente admirable.

Mide la medalla 10 centímetros y 7 milímetros de diámetro, y la composición del *Anverso* es verdaderamente feliz, como original es su pensamiento. Muestra la figura del Periodismo, representado



MEDALLA CONMEMORATIVA
DE LAS BODAS DE DIAMANTE DE «LA EPOCA».

(ANVERSO)

por un robusto arquero, que dobla la rodilla izquierda y apoya ésta con firmeza en un pedestal inconmovible, que es la Prensa. El brazo izquierdo, extendido, sostiene el arco tenso, dispuesto para disparar vigorosamente los dardos, y en él apo-

ya la mano derecha, la mano que escribe y prepara las nobles flechas, impulsada por la justicia y el progreso, y dirigida por la inspiración, el talento y la prudencia. La mirada del arquero está fija en un blanco invisible, pero de existencia real, que es la conciencia de la Humanidad. Al costado del arquero pende el carcaj, lleno de dardos. Estos dardos que el Periodismo dispara sin descanso, para cumplir su misión providencial, son las verdades universales: la Justicia, el Derecho, la Libertad, el Amor, la Patria, la Caridad...

La figura del arquero, representativa del periodismo, es de noble y gallarda apostura. Está trazada con singular vigor y corrección, y hace honor al feliz pensamiento que le da vida. Alrededor de ella corre la siguiente inscripción:

PVBLICOSE · EL · I · N.° EL · I · DE · ABRIL ·
DE · MDCCCXLIX · BODAS · DE · DIAMANTES · ABRIL ·
MCMXXIII ·

En el pedestal que sostiene la firme figura del arquero se lee: LA ÉPOCA, y debajo MCMXXIII.

En el *Reverso* ostenta la medalla el busto-retrato, en bajo relieve, del director de *La Epoca*, marqués de Valdeiglesias. El trabajo escultórico está hecho con verdadero arte, y el retrato tiene gran parecido. La inscripción que rodea el bajo relieve dice:

ALFREDO · ESCOBAR · Y · RAMÍREZ · MARQUÉS · DE ·
VALDEIGLESIAS

*

Para poner término a estas páginas deseamos recoger en ellas un simpático y amable rasgo de S. M. el Rey, de los que son en él tan frecuentes, para con *La Época*. El Monarca, que profesa gran



MEDALLA CONMEMORATIVA
DE LAS BODAS DE DIAMANTE DE «LA ÉPOCA».
(REVERSO)

estimación al órgano conservador, el periódico que con más constancia y entusiasmo defendió las instituciones monárquicas de nuestra Patria, y que es uno de los que lee con más atención y asiduidad, quiso honrarle con aquél, dándole una nueva prueba de su consideración y afecto.

Con motivo de la publicación del número extraordinario conmemorativo del LXXV aniversario de la fundación de *La Época*, el jefe superior de Palacio, marqués de la Torrecilla, dirigió la siguiente grata carta al director del periódico:

«Excelentísimo señor marqués de Valdeiglesias.

Mi querido amigo: Cumpliendo el encargo que me hacía usted en su amable carta tuve el honor de entregar a Su Majestad el número extraordinario publicado por *La Época* con motivo de sus «Bodas de Diamante».

El augusto Señor lo examinó muy complacido, y tuvo frases de sincero elogio para ese periódico, que en su larga vida se ha inspirado siempre en los más nobles ideales, siendo constante y decidido defensor de las ideas monárquicas.

Su Majestad me manda que, al transmitirle su afectuoso saludo, haga a usted presentes sus sinceros votos porque en lo porvenir pueda continuar *La Época* prestando tan relevantes servicios a la Patria, y me encarga remita a usted, y así lo hago con el mayor gusto, la adjunta fotografía, que dedica a ese periódico en el LXXV aniversario de su fundación.

Sabe usted soy siempre suyo afectísimo y buen amigo, q. l. b. l. m., *Torrecilla.*»

Con la carta anterior enviaba, en efecto, el jefe superior de Palacio al marqués de Valdeiglesias un

magnífico retrato del Soberano, de buen tamaño, con cuya dedicatoria honraba Su Majestad a *La Época.*

Viste Don Alfonso en el retrato uniforme de Infantería, con las insignias de capitán general, sosteniendo con la mano derecha sobre el cuerpo el casco, con penacho de plumas. Sobre el pecho ostenta el collar de la insigne Orden del Toisón de Oro, la banda y placa del Mérito militar, con distintivo rojo; la placa de San Hermenegildo, la venera de las Ordenes militares y pasador con varias medallas.

Al pie del retrato aparece la siguiente dedicatoria, de puño y letra del Monarca:

«A *La Época* en el LXXV aniversario de su fundación.—*Alfonso XIII.*—1923.»

INDICE DE ARTÍCULOS

Páginas

INDICE DE RETRATOS Y GRABADOS

Páginas

Se acabó de imprimir este libro el día
31 de agosto de MCMXXIII años,
en la Tipografía de Ramona
Velasco, Libertad, 31, Madrid.
Fotograbados de los
talleres «Fragma»
(Palma, 51).



LIBROS DEL AUTOR

Varios:

ELLAS Y ELLOS (semblanzas en verso); 1893, agotado.
PÓLVORA EN SALVAS (cuentos); 1895, agotado.
GRAJEAS (cantares y coplas); 1898, agotado.
LA TRISTEZA DE VIVIR (crónicas y cuentos); 1900.
LOS TRISTES DESTINOS (novela); 1901.
AIRE DE MI TIERRA (cantares); 1904.
75 AÑOS DE PERIODISMO. Con motivo de las Bodas de Diamante de *La Época*. Aportaciones para la historia del periodismo madrileño; 1923.

Viajes:

EL MONASTERIO DE PIEDRA; 1911.
POR TIERRAS DE ÁVILA; 1912.
UNA VISITA A LEÓN; 1916.
VISTAS DE SEGOVIA; 1921.

En preparación:

PERIODISMO ANDANTE.
POSTALES DE CASTILLA.
PERIODISMO SENTIMENTAL.